

A serene winter landscape featuring a rustic wooden cabin with a snow-covered roof and balcony, nestled among snow-laden evergreen trees. The scene is set against a backdrop of misty mountains under a dark, starry sky with falling snow. The overall atmosphere is peaceful and evocative of a quiet winter retreat.

LA
VIDA
DESPUÉS DE
ELLA

ABRIL CAMINO

La vida después de ella
Abril Camino

© Abril Camino.

1ª edición, febrero de 2020.

Imagen de portada: Shutterstock.

Diseño de cubierta: Abril Camino.

Ilustraciones interiores: [Almendrame Design](#).

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

A Altea Morgan,
por estar siempre ahí, desde el primer día, escuchando, apoyando, corrigiendo y animando.
Haciendo mis novelas un poco tuyas y las tuyas, un poco más.

«Ya no nieva.

Ya no duele».

El día que dejó de nevar en Alaska, Alice Kellen

Sinopsis

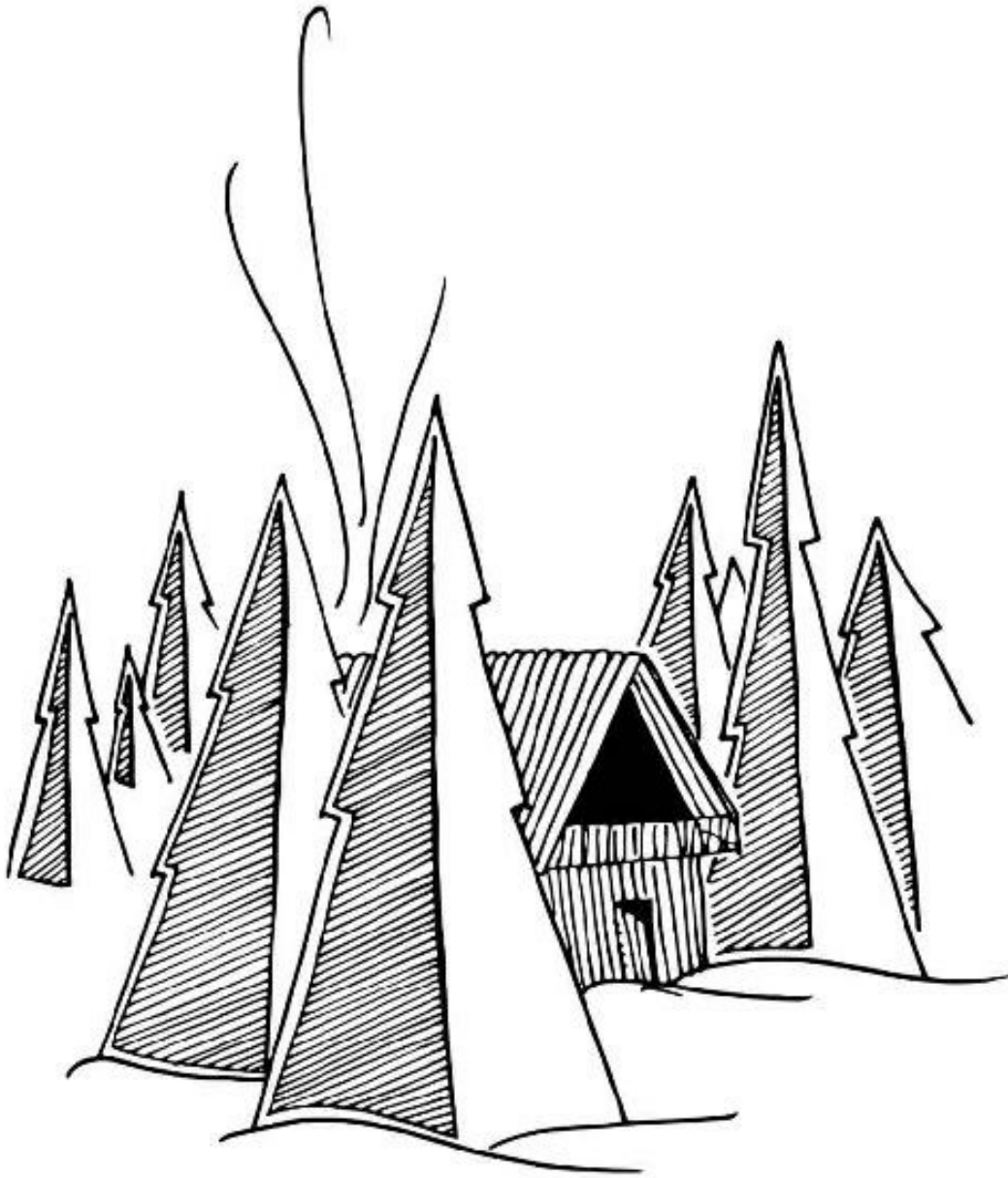
Esta es la historia de un encuentro que no tendría que haberse producido.
Es la historia de cuatro días en una casa en las montañas.
La historia de dos personas que ya no tienen ninguna razón para ser familia. O quizá sí.

Esta es la historia de un duelo.
De un amor roto.
De una vida que se acabó demasiado pronto y dejó otras dos partidas por la mitad.

Es una historia de secretos que se desvelan al calor de una chimenea.
De recuerdos que se clavan en el alma.
De rencor, culpa y pena.

Esta es la historia de la vida que queda después de que a alguien se le acabe la suya.
Es una historia de supervivencia. De familia. Y de amor.

Jueves, 7 de diciembre



1

David

La nieve me había acompañado, implacable sobre las lunas del coche, desde poco después de salir de Madrid, pero al pasar Astorga caía ya a borbotones, como si al invierno se le hubiera desgarrado la arteria femoral y se estuviera desangrando sobre las montañas de León. Los limpiaparabrisas redoblaban esfuerzos para deshacerse de aquella capa blanca mientras recorría el último tramo de autovía antes de coger el desvío que me llevaría al pueblo. Me quedaban aún unos treinta kilómetros de carretera de montaña y sabía que allí la situación sería peor, pero no me importaba.

Nada lo hacía ya. Nada me importaba desde hacía veintitrés días. O quizá eran ocho meses. Tal vez... tal vez llevaba toda la vida con los sentimientos anestesiados.

Maldita la gracia que me hacía aquel viaje. De buena gana me habría acercado a cualquier tienda de deportes a comprarme unos esquís y el resto del equipamiento, pero Blanca se había empeñado en que me pasara por la casa del pueblo a recogerlo y a comprobar que la vivienda no hubiera sufrido los rigores de las lluvias del otoño... y yo llevaba veintitrés días cumpliendo a rajatabla todas las peticiones que ella me había hecho antes de irse.

El último tramo de carretera fue el peor. Casi me parecía ver al final del camino aquella construcción diminuta y, si cerraba los ojos, hasta me la imaginaba con una columna de humo ascendiendo desde la chimenea. Pero desviar la vista de la carretera no parecía una idea demasiado buena, como tampoco lo era perderse en fantasías que ya no volverían.

Cuando aparqué delante de la casa, un escalofrío me recorrió la espina dorsal. No es una frase hecha; fue una sensación tangible, que comenzó en los pelos de la nuca y me atravesó el cuerpo entero, sin que pudiera echarle la culpa al frío, pues no había abierto aún la puerta y el coche llevaba más de cuatro horas con la calefacción a máxima potencia.

No, no fue el frío. Fue la pena. La culpa. La añoranza. La pérdida. Los recuerdos.

Cerré los ojos con fuerza y me preparé para enfrentarme a lo que me esperaba en cuanto atravesara la entrada. Porque aquella fachada que parecía la de una casa de muñecas me recordaba tanto a Blanca que casi ni podía mirarla de frente, pero el interior... Allí dentro hasta me parecería estar a punto de encontrármela, bajando las escaleras de la planta de arriba con el culo resbalando por el pasamanos o peleándose con la vieja cocina de butano para preparar algún plato de aquellas recetas que había aprendido de su abuela.

Busqué en el maletín del ordenador las llaves que aún conservaba de la casa y dejé de posponer lo inevitable. La nieve, que arreciaba con fuerza, me hizo correr en el trayecto entre mi coche y la puerta de entrada, y lo agradecí para obligarme a abrir aquella puerta de madera que nunca habíamos conseguido que dejara de chirriar del todo.

Y cuando lo hice, me llevé una sorpresa que no esperaba. Sentada en un sillón, junto a la chimenea apagada y con una manta sobre el cuerpo, estaba Elisa. Una de las personas a las que más había querido en mi vida. Una mujer que me había retirado el saludo ocho meses atrás y había jurado no volver a mirarme a la cara jamás.

Mi suegra. Mi *exsuegra*.

Si desde que había salido de Madrid tenía claro que aquella visita a la casa del pueblo me iba

a romper el corazón, la presencia de Elisa allí amenazaba con hacer que jamás pudiera reconstruirmelo.

2

Elisa

Me había quedado dormida en cuanto la claridad había empezado a escasear en el cielo. El sueño me era esquivo por las noches desde hacía veintitrés días; a mí, que siempre había tenido fama de remolona y no había conocido el infierno del insomnio en mis cincuenta y tres años de vida. Pero eso, la vida tal como la conocía, había saltado por los aires veintitrés días antes y ya había asumido que debía conformarme con pequeños ratos robados al sueño cuando el agotamiento me vencía en el sofá.

Me había parecido escuchar el motor de un coche en medio de aquella quietud que envolvía las montañas de León. Un silencio que siempre tenía la capacidad de hacerme sentir incómoda. La pasión por aquel lugar se había saltado una generación, la mía, a pesar de que yo me había criado en aquella casa y Blanca no pasaba en ella más que las vacaciones de verano y algunos fines de semana de invierno. Pero ella la adoraba, y yo había conducido hasta allí en medio de la primera gran nevada del invierno para envolverme en aquella atmósfera que soñaba que aún oliera a ella.

Había creído que el sonido del coche era parte del sueño inquieto que siempre me acompañaba en las últimas semanas, pero, cuando escuché la puerta de la entrada, con sus bisagras chirriantes, y el crujir de la madera bajo unos pasos apresurados, el corazón amenazó con parárseme. No porque pensara que una banda organizada de asaltadores de viviendas fuera a reparar precisamente en la vieja casa de mi familia, en la que no había nada de valor, sino porque llegué a creer que había perdido ya del todo el juicio y estaba imaginando a Blanca regresar de pasar la tarde en el monte, con las manos cargadas de manzanas del árbol que había junto al camino o con unas cuantas piñas para encender la chimenea.

Ni siquiera me sobresalté. Había perdido la capacidad para el sobresalto, como para tantas cosas. Me quedé inmóvil, esperando que la cordura me abandonara del todo. Casi ensayé el saludo que le dedicaría a mi hija, como si ella no hubiera muerto veintitrés días antes, de forma inesperada y cruel.

Pero no era ella. Claro que no. La locura no iba a ser tan generosa conmigo como para llevarme a vivir a universos de fantasía en los que mi alma no estuviera desgarrada en mil pedazos.

Era la última persona a la que había pensado ver en aquel momento y lugar. David. El hombre al que había odiado con sordina durante ocho meses, con la sensación de incredulidad que me provocaba que un chico al que vi crecer y amar a mi hija le hubiera roto el corazón de aquella manera. El hombre al que llevaba veintitrés días odiando ya sin reservas, con la ira ardiéndome dentro porque, al final, resultó que se lo había roto de verdad.

Mi yerno. Mi *exyerno*.

3

David

En los veinte años que hacía que la conocía, si alguien me hubiera pedido un único adjetivo para definir a Elisa Ferrer, siempre habría dicho «fuerte». Era muchas más cosas, por supuesto. Era cálida, divertida, bondadosa, inteligente, moderna, culta y una madre increíble. Los últimos ocho meses no iban a hacer que olvidara todas las virtudes de una mujer a la que había llegado a conocer mejor que a mi propia madre.

Pero, sobre todo, era fuerte. Yo conocía su historia y sabía cuánto había tenido que bregar para sacar a Blanca adelante sola, con su familia lejos y muchos prejuicios puestos sobre ella. Elisa había nacido en el pueblo, en aquella misma casa en la que yo acababa de encontrármela por sorpresa, y a los dieciocho años se había marchado a Madrid a estudiar Enfermería. A sus padres, agricultores que apenas habían salido de la provincia, les costó romper el cordón umbilical, pero siempre habían confiado en su buen juicio. En Madrid, Elisa conoció las mieles de la *movida*, de aquellos años locos en los que la ciudad se había llenado de pelos de colores e imperdibles en las orejas, y supo que nunca volvería a su pueblo. Pero las cosas no iban a ser fáciles.

Cuando le faltaba poco para acabar la carrera, Elisa se quedó embarazada. Su novio desapareció antes de que el Predictor acabara de mostrar nítidamente las dos rayas paralelas que condenaban a Elisa a tomar la decisión más difícil de su vida. Después de casi tres años en la facultad de Enfermería, conocía varios lugares donde hacer que aquel embarazo quedara como un mal recuerdo fruto de unos cuantos encuentros irresponsables. Pero los años ochenta habían sido una época bipolar, en la que una España quemaba las noches de Malasaña mientras otra rezaba el rosario... y Elisa estaba a medio camino entre una y otra. Tenía miedo a ser madre, pero tuvo más a verse señalada, a convertirse en una paria, a que la vida la castigara sin poder tener hijos en el futuro, al rechazo de sus padres si algún día llegaban a saberlo. Así que una tarde de viernes, con las náuseas atenazándole la garganta y el miedo provocando que le temblaran las manos, cogió el autobús de camino al pueblo con una confesión que hacer.

Sus padres habían acogido la noticia con disgusto, con un punto de vergüenza también; que su hija fuera la única chica que había salido de la aldea para estudiar en la capital y volviera con un embarazo no deseado era duro. Seguro que respondía a la pregunta de los más malpensados, los que no habían entendido que se fuera tan lejos cuando podía labrarse un futuro en León o en Valladolid, y habían interpretado que eran aires de grandeza, en lugar de ansias de volar, los que la habían llevado a Madrid. «¿Qué andaré haciendo?», habían preguntado en voz no tan baja algunas veces, y aquella imagen de su hija llorando mientras confesaba el embarazo imprevisto parecía responder a la cuestión.

Fueron unos días duros, pero acabaron marcando la senda de lo que sería el futuro. Su madre no tardó en ablandarse, el padre siguió el mismo camino y Elisa regresó a Madrid con la misión de acabar la carrera en junio, volver al pueblo para el final del embarazo y trazar un plan para que su vida no se interrumpiera demasiado por aquella sorpresa que acabaría convirtiéndose en lo mejor que les había pasado a todos en la vida.

Elisa pasó separada de Blanca los tres primeros años de la niña, que se quedó en el pueblo con los abuelos, rendidos ya a ella, mientras Elisa redoblaba esfuerzos para encontrar un trabajo

como enfermera que le permitiera mantenerse en Madrid, y mantener a su hija, antes de que la niña empezara el colegio. Habían sido años de añoranza, de muchas mañanas de estudio, muchas tardes entregando currículums y muchas noches trabajando turnos imposibles de sustituciones. Cuando Blanca tenía dos años y medio, consiguió un trabajo fijo como enfermera en una maternidad privada del centro y, con la ayuda de sus padres, pudo dar la entrada de un pequeño apartamento en San Blas, donde aún continuaba viviendo treinta años después.

Fuerte, sí. Elisa era fuerte. Yo la había conocido más de veinte años atrás y nunca la había visto flaquear. Ni siquiera cuando sus padres habían muerto. Él, cuando Blanca era apenas una adolescente; ella, poco después de que nos casáramos.

Pero sentada en aquel sillón, veintitrés días después de perder a su hija, no quedaba nada de la Elisa que recordaba. Incluso su físico había cambiado. Siempre había sido delgada como un junco, pero ahora estaba consumida; su pelo largo, aquella melena negra que era casi su seña de identidad, se veía apagada, con las canas asomando por las raíces y una falta de vida que probablemente se correspondía con la de su propietaria. Las arrugas marcadas, los ojos hinchados, el frío que la devoraba...

Hablé, porque seguir mirándola dolía.

—Elisa...

Y ella me observó como si en realidad no me hubiera visto antes. Como si mi sola presencia clavara otro puñal en un corazón que no podría soportar ya no un desgarró más, sino ni siquiera un arañazo.

4

Elisa

—¿Qué estás haciendo aquí?

Lo dije con furia, con ira, con odio. No quería ver a nadie. Mucho menos a él. A él sería a la última persona a la que habría nombrado si alguien me hubiera obligado a elegir compañía.

—Elisa, yo... he venido a...

—¿Por qué tienes llaves?

Quería acusarlo de cualquier cosa. Allanador de moradas me parecía una opción válida.

—Nunca le devolví a... a Blanca las mías. Y tenía... que recoger algunas cosas. Y... comprobar que esté todo bien en la casa.

Titubeaba. Titubeaba al decirme que quería recoger sus cosas del único lugar en el que aún quedaba algo del recuerdo de su matrimonio con mi hija. No había titubeado ocho meses antes al cerrar la puerta para no volver y robarle la sonrisa a la chica más alegre de todo Madrid.

—¡Lárgate de aquí!

Se lo grité porque no pude escupírselo. Porque no pude convertir las palabras en puñales y arrojárselos.

—Yo... ¿puedo recoger mis cosas antes de marcharme?

No se atrevía a levantar la mirada. Y yo quería ensañarme. Quería hacerle daño. Quería gritarle. Quería repetirle todas las cosas que le había dicho la tarde del funeral, aquel día en que sentía que las gotas de lluvia que caían en el cementerio de La Almudena eran aceite hirviendo que me arrancaba la piel. Que él la había destrozado. Que la había roto. Que la había matado.

—Haz lo que te salga de los cojones.

Escuché que se perdía escaleras arriba y reconocí cada sonido con el que la casa me hablaba. Aunque hiciera treinta y cinco años que no vivía en ella y apenas hubiera vuelto de visita. Aquella casa era el orgullo de mis padres y el refugio favorito de mi hija, pero yo siempre había preferido el bullicio de Madrid a la tranquilidad de la montaña. Y aun así la conocía. Sabía que David estaba abriendo el gran armario de castaño de la habitación principal. Es más, sabía que estaba abriendo la hoja de la izquierda. También que tardó más de un cuarto de hora en cerrarla, que se acercó a la ventana a comprobar que estuviera bien anclada y que entró en el otro dormitorio, el que pensaba usar yo aquellos días, pero apenas permaneció en él más de dos o tres minutos. Y también supe cuándo pisaba el primer peldaño de las escaleras de madera y empezaba a descender hacia la planta baja.

Me arrebujé en mi manta, dispuesta a ni siquiera mirarlo cuando saliera por la puerta, enfilando el camino de regreso a aquella nueva vida en la que mi hija ya no había tenido cabida, pero un estremecimiento me traicionó. Podría haber dicho que lo provocó la tensión del momento. O el recuerdo de todo lo que David y yo habíamos compartido desde que era apenas un niño que miraba a Blanca con adoración. Pero no era eso. Yo había recubierto mis sentimientos hacia él de piedra ocho meses antes, cuando se había marchado. Y la verdadera razón de que me estremeciera era que la temperatura exterior era bajo cero y la vieja estufa de butano que tenía encendida junto al sillón apenas me calentaba.

—Elisa, yo... —Lo miré—. ¿Quieres que te deje la chimenea encendida?

No, no, no. No quería su amabilidad. No quería siquiera recordar que él siempre había sido así. Amable, servicial, preocupado por los demás. Por la gente a la que quería. Yo no deseaba ya formar parte de ese grupo; que quisiera a sus padres, que habría sido lo natural desde el primer día.

—No hace falta. —Tragué cristales—. Gracias.

—Hace mucho frío aquí. —No se movía. Seguía de pie, como congelado, aunque sospeché que más por mi actitud que por la temperatura ambiente, que no podía negarle que era gélida—. En unas horas será peor.

—Tengo la estufa, gracias.

—¿Has abierto bien la válvula del gas?

—¿Qué?

—Elisa... —Tomó aire y supe que estaba a punto de decir algo que dolería; hasta ese punto había llegado a conocerlo—. No me voy tranquilo si no dejo esto un poco más caldeado. La noche va a ser muy fría.

—Haz lo que te dé la puta gana.

Casi me pareció ver aparecer a mi padre por detrás de mí para darme una colleja merecida; nunca había soportado que fuera tan malhablada. Me di la vuelta en el sillón, en una posición inverosímil, porque no quería verlo. No quería que estuviera encendiendo una chimenea que llevaba allí desde que mis bisabuelos habitaban la casa ni que conociera el truco —que yo había olvidado— por el cual le llegaba el gas suficiente para caldear el ambiente a una estufa que Blanca había comprado para que la planta de arriba estuviera más cálida en los duros días de invierno. Preferí apoyar la mejilla en el respaldo y cerrar los ojos.

5

David

Una de las muchas cosas que había aprendido en años de terapia era que las rutinas memorizadas me ayudaban a lidiar con la ansiedad. Aquella había sido la razón por la que me había dado en una época por montar maquetas de barcos, en otra por restaurar muebles antiguos y, más recientemente, por la cocina experimental. Eso y el deporte. Cualquier cosa era válida para ayudar a que disminuyera la sensación de ahogo en el pecho que me provocaban las horas muertas para pensar.

Así que me puse manos a la obra con la chimenea. Y no pude evitar reparar en lo curioso que era que, cuando mi alma ya había dejado de pertenecer a un lugar, mi cuerpo aún siguiera conociendo todos sus misterios. Yo ya no pintaba nada allí. Mi vínculo con aquella casa era Blanca. Blanca y Elisa. Una estaba muerta y la otra me dejaba claro que no era bien recibido. Pero había pasado muchos fines de semana de mi vida, muchas vacaciones, en aquella casa. Y sabía que la leña seca estaba junto a la chimenea, las piñas en una cesta de mimbre detrás de la mecedora y las cerillas en el cajón de debajo de la tele.

La mente me voló a la última ocasión en que había encendido aquella chimenea. Había sido durante las navidades anteriores, casi un año atrás, la última vez que Blanca y yo habíamos estado en la casa del pueblo como pareja. Como familia. Yo ya sabía que serían nuestras últimas navidades juntos y me costaba creer que Blanca se mantuviera tan ajena a la gigantesca crisis que habitaba nuestra casa como una inquilina más. Yo ya estaba enamorado de otra persona cuando nos comimos las uvas, abrigados por una manta polar y diciéndonos que nos queríamos. Que no fuera mentira no impidió que me sintiera una mierda. Estaba enamorado de otra persona, pero aún la quería. Siempre la querría.

Las primeras llamas dieron algo de luz a un salón que se había quedado ya completamente en penumbra. El regreso a Madrid iba a ser complicado y me lamenté por haberme retrasado en salir del trabajo. Había llegado al pueblo demasiado tarde y me iba a tocar conducir de madrugada. Pero no me importaba perder un rato más en asegurarme de que Elisa disfrutara de un mínimo de confort después de que yo me marchara. Esa fue la excusa que me puse para afanarme en dejar la chimenea con suficiente leña a mano, en abrir bien la válvula de la estufa y en comprobar, de paso, que la bombona de la cocina tuviera suficiente gas. Siempre había tenido fama de ser un chico servicial, pero en aquel momento... no era eso. Estaba siendo egoísta. Quería prolongar, aunque solo fuera unos minutos, mi estancia en la casa. En aquel lugar había sido más feliz que en ningún otro, porque mi felicidad había dependido durante años del tamaño de la sonrisa de Blanca; y Blanca sonreía más allí que en Madrid. Y el estómago me había dado un vuelco al ser consciente de que, con toda probabilidad, aquella sería la última vez en mi vida que vería a Elisa. Y la quería. Aunque ella me odiara.

6

Elisa

El calor de las llamas me invadió casi de inmediato. Aunque yo siempre me había quejado de que era un peligro tener aquel sillón tan cerca de la chimenea, ni mi madre en toda su vida ni Blanca en los últimos años me habían hecho caso. Así que el calor me llegó tan pronto que tuve que deshacerme de la manta que había sido mi única compañera desde que había entrado en la casa aquella mañana.

—Si vas a quedarte todo el puente —David me hablaba sin mirarme, como si estuviera explicándole a un cliente las instrucciones de uso de una tostadora—, tienes butano suficiente en la estufa, en caso de que no te veas capaz de encender la chimenea. No la dejes encendida de noche, por favor, que esa alfombra está llena de agujeros por algo. ¿Quieres que te suba la estufa a la planta de arriba para que esté caldeado el dormitorio?

—No.

—Elisa... Acabo de estar arriba y te juro que hay pingüinos. —Si aquello quiso ser una broma, su cara no lo reflejó.

—Dormiré en el sofá. No te preocupes. Y, si pude bajarla, también podré subirla.

—No con la bombona llena. —Parecía un duelo verbal. Quizá lo era.

—Pues dormiré en el sofá, repito.

Aparté la mirada porque me dolía su presencia. Me dolía él.

—Bien, entonces... ¿Necesitas algo más?

—Que te largues de una vez.

—Está bien... Adiós, supongo.

Nuestros ojos establecieron contacto visual y volví a estremecerme. Aunque ya no hiciera frío. No, esa ya no era una buena excusa. Y no podía permitir que fuera otra cosa. Corazón de piedra.

—Deja las llaves en el mueble de la entrada.

—De acuerdo.

Oí el tintinar del llavero cayendo sobre la repisa de mármol y, a continuación, el chirrido de la puerta y los pasos que se alejaban por el sendero de entrada.

Y, entonces, me eché a llorar.

7

David

Fui capaz de contener las lágrimas dentro durante unos cinco minutos. Cogí los esquís y la bolsa que usaba siempre cuando Blanca y yo nos acercábamos a Pajares, y metí todo en el maletero, apartando la enorme capa de nieve que lo cubría. Iba bien abrigado, porque la última semana en Madrid había sido muy fría y me había acostumbrado a ir a trabajar con la parka técnica que Blanca me había traído de un viaje a Edimburgo, pero, aun así, sentí el frío calándome hasta el tuétano. Podría haber estado en bañador en una playa del Caribe que no habría sentido ni un grado más de calor. Aquello no era una sensación térmica; era una emoción.

Me subí al coche y rompí a llorar. No es que fuera una novedad. Había llorado más en el último año que en los treinta y tres anteriores, incluidos todos los llantos de bebé con los que mi madre siempre me contaba que despertaba a medio vecindario. Había llorado al ser consciente de que todo estaba roto entre Blanca y yo, al marcharme, al dejarla atrás, al ver el dolor que le había provocado... No había dejado de hacerlo ni siquiera durante el verano, aunque la pena convivía en mí en aquel momento con la ilusión por otra relación que empezaba, que me liberaba al fin de mis fantasmas. Y la compuerta de las lágrimas había quedado abierta para siempre cuando supe que iba a perderla, que el mundo iba a perderla. Y en los últimos veintitrés días... tenía la sensación de no haber hecho otra cosa que llorar y llorar.

Arranqué el coche, dispuesto a llegar a Madrid lo más rápido que me permitiera la nieve, a sentirme acogido en aquella casa a la que aún no me atrevía a llamar hogar, donde me esperaba alguien de quien estaba enamorado, pero con quien aún me temblaba la voz al decirle «te quiero».

El motor arrancó, pero el coche no se movió ni un milímetro. Supe por el sonido de los neumáticos contra la nieve cuál era el problema, pero me negué a creerlo. Me había costado demasiado dejar atrás aquella casa, y a Elisa, como para tener que volver a entrar. Rodeé la casa por la parte derecha y localicé la pala en la cochera abierta, donde estaba aparcado el pequeño utilitario de Elisa.

Intenté hacer el menor ruido posible, porque sabía que mi presencia allí estaba haciendo daño a Elisa y dudaba de cuánto dolor podría soportar su cuerpo. Pero eso no impidió que viera su reflejo tras la cortina del salón, mientras apartaba a paladas furiosas la nieve suficiente como para poder hacerme un sendero por el que llegar a la carretera.

Me rendí cuando el sudor se me convertía en escarcha sobre la frente. No sabía cuánto tiempo llevaba intentando apartar la nieve, pero estaba luchando contra un imposible, porque no dejaba de caer y deshacía en un segundo el trabajo que a mí me había llevado un minuto. No hacía falta saber mucho de matemáticas para entender que no era una batalla que fuera a ganar.

Volví a la casa con la cabeza gacha y, no voy a engañar a nadie, con la incertidumbre de qué iba a hacer si Elisa me negaba la posibilidad de quedarme allí esa noche. Eran ya más de las nueve y no tenía pinta de que la rudimentaria máquina quitanieves local fuera a pasar por la zona hasta la mañana siguiente. No es que la creyera capaz de dejarme morir de hipotermia a la intemperie, pero calculé mentalmente cuánta gasolina me quedaba en el coche para dormir con el motor y la calefacción encendidos.

Llamé a la puerta con los nudillos y sonó suave por la amortiguación de los guantes. Pero

Elisa debía de estar al quite, porque abrió tan rápido que me sorprendió.

—El camino está lleno de nieve. No... no puedo salir.

Ni siquiera me miró. Se limitó a darme la espalda y avanzar por el pasillo de vuelta a su sillón. Yo lo acepté como una invitación porque, literalmente, no tenía otra opción.

—Hay comida en la cocina, por si quieres prepararte algo —me dijo, cuando habíamos pasado más de media hora en silencio. Ella en el sillón individual, con la mirada fija en las llamas; yo en el sofá de tres plazas, observando como la nieve golpeaba las ventanas.

—Gracias. Cocinaré algo para los dos.

—No. Yo no... no quiero cenar.

—Elisa...

—David —había escuchado un millón de veces el sonido de mi nombre en su voz, pero nunca con aquel tono; tan frío, tan aterrador—, la única manera de que pueda soportar tu presencia en esta casa hasta mañana es que te calles la boca. No te dirijas a mí salvo que sea estrictamente necesario.

8

Elisa

Se quedaba. Lo supe desde que las lágrimas me habían llevado de la mano hasta la ventana del salón, unos segundos después de que él se hubiera marchado. Cuando vi el manto de nieve que cubría el camino que separaba la casa de la carretera, tuve claro que no podría salir.

Lo escuchaba trastear en la cocina y se me rompía el alma. A Blanca siempre le había encantado cocinar, al contrario que a mí, supongo que porque todas preferimos parecernos a nuestras abuelas que a nuestras madres, y mi hija siempre tuvo más interés en aprender las recetas tradicionales de mi madre que yo. Ahora que me faltaban las dos, habría dado cualquier cosa por saber preparar un cocido maragato que me devolviera el aroma a ellas.

Oí chisporrotear el aceite y supe que David estaba haciéndose unos huevos fritos. El hambre me era esquiva desde que Blanca se había marchado y, por más que mis hermanos y mis amigas insistieran en que tenía que comer, era incapaz de pasar por la garganta algo más que agua y algunos dulces cuando me sentía desfallecer. Así que no fue apetito lo que trajo el olor de los huevos fritos a mi pituitaria; fue añoranza pura.

La primera vez que David cenó en casa, en el apartamento de San Blas, le preparé huevos fritos. El porqué de que yo, que tenía fama de despistada, recordara veinte años después qué había preparado para cenar una noche cualquiera es un misterio. Supongo que fue porque, además de olvidadiza, siempre he sido perspicaz. Y aquella noche tuve la sensación de que ante mis ojos, y con tres pares de huevos fritos sobre la mesa, estaba naciendo algo grande.

Blanca conoció a David en su primer día de instituto. Mi mayor motivo de orgullo siempre fue criarla como una niña feliz e independiente, que apenas había preguntado un par de veces en su infancia por qué las demás niñas tenían un padre y ella no, y que había asumido con naturalidad que había muchos tipos de familias y que la nuestra podía ser escasa en número, pero era gigantesca en amor. Blanca entró en el instituto con doce años recién cumplidos, sin soñar siquiera con maquillaje, chicos o salidas nocturnas; siempre había sido algo infantil, y los veranos y los fines de semana con sus abuelos en el pueblo eran lo que más le gustaba del mundo. Montaba en bicicleta por el monte, le encantaba preparar bizcochos con mi madre y, el último invierno, se lo había pasado como una enana haciendo un muñeco de nieve en el jardín.

Así que el primer día de instituto la vi marchar asustada, pero volver entusiasmada. Por lo que me contó, las primeras horas no habían sido fáciles, pero después había conocido a Sonia, una vecina de la urbanización que acababan de construir en el barrio, y se habían hecho amigas con esa facilidad con la que fluyen las relaciones a los doce años. Pocas semanas después, Blanca, Sonia y su hermano mayor, David, se habían convertido en un trío inseparable. Y pocos meses después, Sonia se había echado un novio —algo precoz, sí, pero lo cierto era que, veinte años después, seguían juntos—, y Blanca y David se habían quedado solos.

Los padres de Sonia y David habían llegado al barrio como flamantes propietarios de una franquicia de electrodomésticos, de las primeras que se veían fuera de la zona centro de Madrid, y no pasaban mucho tiempo en casa. Así que pronto me acostumbré a que aquel chico de pelo castaño y ojos oscuros, algo tímido y muy educado, pasara las tardes de estudio en mi casa. Agradecía que él le hiciera compañía a Blanca cuando yo tenía turno de tarde en la clínica y nunca

me pareció que tuvieran interés en hacer algo más en mi ausencia que escuchar a Bon Jovi, ver capítulos de *Campeones* o comer la Nocilla que compraban en el supermercado de la esquina, a pesar de que yo siempre trataba de dejarles fruta para que merendaran sano.

Alguna vez bromeé con David, en aquellos primeros años de la pubertad, diciéndole que casi parecía mi yerno, y él se ponía colorado y lo negaba con vehemencia. Blanca también se sonrojaba, pero a ella se le escapaban sonrisitas sospechosas. No había nada entre ellos, no en aquel momento. Pasaron la adolescencia siendo los mejores amigos del mundo y solo se alejaron un poco cuando Blanca conoció a Miguel, que fue su novio durante el último año de instituto. La parejita se matriculó en Turismo, mientras que Sonia lo hizo en Empresariales, donde ya llevaba dos años David, porque nadie dudaba que acabarían ambos poniéndose al cargo de la empresa familiar.

Algunas de mis amigas del barrio decían, cuando los vieron casados muchos años después, que habían tardado mucho en encontrar el amor. Pero yo sabía que no. Que el amor lo habían sentido desde que eran poco más que unos niños. Lo que tardó en llegar fue el romance, el deseo, el sexo... lo que sea. Nunca me molesté en preguntárselo.

9

David

Hasta el momento en que me vi friendo un par de huevos en la vieja cocina de butano del pueblo, pensaba que no me había quitado a Blanca de la cabeza desde la horrible llamada que me había despertado una mañana veintitrés días antes para darme la peor noticia de mi vida. Pero volver a estar allí, en aquel lugar que era quizá más suyo que ningún otro, llevó la nostalgia a otro nivel.

Ni siquiera entendía cómo podía comer. Debería haberseme instalado la ansiedad como un nudo en el estómago, pero yo sabía que la respuesta natural de mi cuerpo cuando estaba triste siempre era comer. Los doce kilos que había perdido en los últimos años de nuestro matrimonio, cuando había dejado de fumar y me había puesto en serio a hacer deporte, habían regresado de vuelta, con unos cuantos más para acompañarlos, en cuanto el divorcio y todas las desgracias que vinieron después se materializaron en forma de escapadas nocturnas al frigorífico y una apatía general para moverme que me costaba vencer.

Hundí un pedazo de pan gramado en la yema de uno de los huevos y se me dibujó una sonrisa triste en la cara. Empezaba a entender por qué Blanca había insistido tanto en que volviera a la casa del pueblo cuando ella ya no estuviera. Porque todos los recuerdos que me habían estrangulado desde el día que murió eran del último año, de los últimos tiempos, cuando yo me paseaba por nuestro matrimonio como un fantasma y le hacía daño con cada rechazo, cada alejamiento, cada decisión. Pero allí, en aquel lugar perdido entre las montañas de León, fui capaz por primera vez de recordar todo lo otro. Lo bonito, lo dulce, lo tierno. Lo que habíamos sido. Lo que siempre seríamos en algún lugar de mi memoria.

Podría decir que me enamoré de Blanca la primera vez que la vi, cuando salió con mi hermana por la puerta del instituto el primer día de clase. O la primera vez que nos quedamos a solas e intercambiamos nuestros *cassettes* favoritos. O incluso que me vino a visitar el fantasma de los celos cuando conoció al imbécil de Miguel y se convirtió en su primer novio. Pero todo sería mentira. Yo me enamoré de Blanca a fuego lento, cuando ya éramos novios, cuando ya nos queríamos de una manera que sabía que nunca volvería a ser posible con otra persona. Y no lo era. Estaba enamorado ahora, incluso en medio de mi desolación, pero era un sentimiento diferente.

Podría hablar de mi adolescencia con muchos eufemismos, pero supongo que el adjetivo que mejor me definía en aquella época era «pringado». Alguna vez me lo había llamado algún compañero de instituto de aquellos tan *guays*, y muchísimas más Blanca, aunque ella me lo decía con tanto cariño que jamás me molestó. Siempre preferí jugar a videojuegos que salir a hacer botellón al parque, me gustaba más Alejandro Sanz que Extremoduro y todas mis primeras veces fueron *culpa* de mi hermana o su mejor amiga, dos años más pequeñas. Ellas me emborracharon el día que cumplieron catorce, aunque yo ya tenía dieciséis; Sonia me ofreció tabaco a los quince, aunque yo ya tenía diecisiete... Y acabé perdiendo la virginidad con Blanca a los veinte, cuando ella tenía dieciocho y mucha más experiencia.

Recordaba aquel día como si hubiera ocurrido la semana anterior. Por lo que había sentido, lo que había cambiado, lo que había empezado. Era un día de otoño, en mi tercer año de universidad y el primero de Blanca. Ella llevaba ya algún tiempo saliendo con Miguel, que me parecía un

gilipollas de impresión, aunque Sonia lo achacaba a que él era todo lo que yo no conseguía ser: el guapito del instituto, con su propio grupo de música, una legión de admiradoras y una moto que despertaba de la siesta a todo San Blas cada vez que la usaba. Un tópico con patas, vaya, pero... no puedo negar que quizá sí le tenía algo de envidia.

Los rumores entre los chicos de la urbanización decían que le ponía los cuernos a Blanca cada vez que la acompañaba a casa y él seguía las noches de fiesta, pero ella no quería ni oír hablar del tema. Supe que al fin había caído del guindo una mañana de sábado en la que se presentó en la puerta de mi casa, buscando a mi hermana, con la respiración jadeante por haber corrido un poco y los ojos hinchados por haber llorado un mucho. Mis padres se habían marchado el fin de semana a Barcelona, donde estaban ampliando las franquicias de su negocio, así que Sonia había aprovechado para escaparse a dormir con su novio.

—¿Qué ha pasado, Blanca? Sonia no está.

—¿Puedo entrar?

Yo asentí y ella se colgó de mi cuello, al tiempo que sus lágrimas empapaban mi camiseta y algo se desataba en mi interior. Era instinto de protección, sí; conocía a Blanca desde hacía seis años y jamás la había visto llorar. Pero también había algo parecido al deseo. Hacía aún mucho calor en Madrid y venía vestida solo con un *short* vaquero muy corto y una camiseta sin mangas que no le llegaba ni al ombligo, en el que brillaba el mismo *piercing* que también se había hecho mi hermana... y la mitad de chicas del instituto a finales de los noventa. Pero el suyo me pareció diferente.

La llevé a mi cuarto rezando interiormente para que se calmara, porque me estaba doliendo de veras verla así. Cuando conseguí que me explicara que había ido a casa de Miguel a darle una sorpresa y le había abierto la puerta una chica de su facultad medio desnuda, quise pegarle. Y yo no era de esos. Yo era un pringado.

Entre el madrugón que se había pegado y lo agotada que la había dejado el llanto, Blanca se quedó dormida en mi cama, que ni siquiera estaba hecha aún. La observé durante un rato antes de sucumbir al sueño yo también, y recuerdo haber pensado en lo sencillo que sería todo, lo sencilla que sería la vida, si nos enamoráramos. Ya nos queríamos —¡nos adorábamos!—, mi hermana era su mejor amiga, Elisa ejercía más de madre conmigo que la mía propia y no había nada en el mundo que nos gustara más que pasar tiempo juntos.

Algo debió de ocurrir mientras dormíamos. Ojalá conociera alguna de esas leyendas orientales que explican estas cosas, para justificar que, al despertar, se nos enredaran las miradas y acabáramos besándonos. Blanca me confesó muchos años después que ella había estado enamorada de mí casi desde el primer día, pero que, como yo nunca había movido ficha, había decidido pasar página. Me lo contó durante una cena de aniversario y la complací respondiéndole que yo también sentía lo mismo, pero había tenido miedo a cargarme nuestra amistad. En aquel momento no fui consciente de que era una mentira piadosa, pero ahora sé que lo fue.

Y la vida fluyó. Fue todo tan bonito, tan rápido y tan fácil que se parecía sospechosamente a un cuento de hadas. Pasamos los años de universidad alternando pellas para enrollarnos en mi casa con tardes de estudio en la biblioteca en las que no nos soltábamos la mano ni para subrayar los apuntes. Sonia se marchó a vivir a Estocolmo con su novio después de un Erasmus que los enamoró del país, y nosotros ahorrábamos todo nuestro dinero para ir a visitarla un par de veces al año y aprovechar para viajar por Europa. Yo entré a trabajar en la empresa familiar, Blanca encontró un empleo en una pequeña agencia de viajes, compramos un piso en La Latina —porque ella adoraba ese barrio—, nos fuimos a vivir juntos, adoptamos un gato que se nos murió a los tres años, ascendimos en el trabajo, nos comprometimos, nos casamos... y fuimos felices. Muy felices.

Los más felices del mundo. Podría llenar mil álbumes imaginarios con las fotos mentales de los mejores momentos de mi vida, y en todas estaría ella.

Hasta que la ansiedad volvió. Y la depresión. Aquella sensación que había sido una compañera fiel de viaje desde la adolescencia hasta que ella entró por la puerta grande en mi vida. Aquella que mis padres nunca habían alcanzado a comprender, porque alguien que «lo tiene todo» no puede sentirse así. Aquella que me había susurrado al oído durante años que me faltaba algo, que tenía un vacío dentro que solo podría llenar echándole valor a la vida. Aquella que desapareció un día, dejándome convencido de que lo que me había faltado hasta entonces era Blanca... hasta que volvió. Coincidió más o menos con mi treinta cumpleaños, y muchos pensaron que era la «crisis de los treinta». Me sentía frustrado en el trabajo —no sé si alguna vez había soñado con algo en concreto, pero vender lavadoras no acababa de parecerse a un sueño—, me apetecía hacer deporte —cosa que jamás me había pasado—, me compré una moto —que acabé vendiendo porque me daba más miedo que placer—, me apunté a clases de alemán y hasta me hice socio del Atleti. Podía parecerse mucho a una supuesta crisis de edad, pero en realidad... es que había vuelto aquella sensación. La de que me faltaba algo. Y cuando lo encontré... fue muchísimo peor. Porque, entonces, me sobraba ella. Y Blanca estaba metida en mis entrañas de tal manera que, si me sobraba ella, me sobraba yo mismo.

10

Elisa

Salí de mi ensimismamiento, que era más fingido que real, cuando David regresó al salón. Supongo que él mismo era consciente de que su presencia me molestaba, porque ni dirigió una mirada hacia mí ni habló. Se acercó a la estufa de butano, la apagó y se la llevó. Abrí la boca para preguntarle qué estaba haciendo cuando escuché que abría la puerta de la entrada, la sacaba fuera y regresaba sin ella. Pero no hablé. Él se adelantó.

—¿Te importa si me quedo aquí un rato? —me preguntó, sin levantar la mirada de la alfombra—. Hace un frío horrible en toda la casa, solo se aguanta al lado de la chimenea.

—No hay problema —respondí, con una indiferencia que estaba empezando a no sentir. Lo intentaba y lo intentaba, pero habíamos sido familia durante veinte años, antes incluso de que se convirtiera en el marido de Blanca; y eso creaba en el cuerpo instintos difíciles de evitar. Tenía que hacer un esfuerzo para no hablarle, para no preguntarle cómo le iba la vida, aunque la respuesta fuera a destrozarme.

—Gracias.

Rebuscó en el revistero que había junto al sofá, que en realidad no era más que una vieja caja de fruta que Blanca había pintado de color verde menta y en la que acumulábamos sin mucho sentido la poca prensa que comprábamos cuando estábamos en el pueblo. Si no hubiera perdido la capacidad de reír, se me habría escapado una carcajada al verlo tan concentrado en un ejemplar del *Hola* que debía de tener por lo menos siete años de antigüedad. La pareja que salía en portada celebrando su boda llevaba años tirándose los trastos a la cabeza en aquellos programas de cotilleo que eran mi placer culpable favorito.

—¿Qué has hecho con la estufa? —le pregunté, cuando el silencio se hizo tan espeso que casi podía tocarlo.

—La he sacado fuera para que se enfríe. Hay que subirla a la planta de arriba para dormir y no puedo hacerlo si está caliente. —Me miró. Vi vulnerabilidad, aunque no quería—. La pondré en tu cuarto, no te preocupes.

—Déjala en el rellano. Esta caja de cerillas es como el Polo Norte, pero se calienta rápido.

Es curioso cómo nos cambia la percepción del tamaño de las cosas con el paso del tiempo. Cuando era niña, la casa me parecía enorme, aunque compartía habitación con mis dos hermanos y teníamos el baño en el patio trasero, de camino al huerto. Cuando me compré el apartamento de San Blas, incluso añoré tener una vivienda dividida en dos plantas, y me pasé años soñando con un dúplex que sé que ya no llegaré a comprar, porque ahora cualquier espacio es demasiado grande para mi soledad y para mí.

Pero viendo a David moverse de un lado a otro de la antigua casa de mis padres, me pareció que era de juguete. La planta baja la ocupaba casi por completo el salón. Solo una cocina diminuta se abría al lado de la puerta de entrada, que quedaba frente a las escaleras de acceso al piso de arriba. Allí había dos habitaciones de tamaño mediano y un cuarto de baño que solo habíamos podido construir renunciando a un armario empotrado, cuando yo ya vivía en Madrid y no le veía sentido a que mis padres tuvieran que salir al patio, y que, lógicamente, no era muy grande.

—Mañana a primera hora bajaré caminando al principio de la carretera para llamar al

ayuntamiento, a ver a qué hora piensan despejar la nieve —me dijo David. Tampoco él parecía cómodo con el silencio.

—¿Sigue siendo el único punto con cobertura? —No sé por qué le hablaba como si aquella casa fuera suya. Es cierto que yo llevaba desde Año Nuevo sin aparecer por allí, pero tampoco es que él hubiera frecuentado mucho el pueblo precisamente. En su nueva vida, con su nueva novia, no tenía pinta de que hubiera tiempo para la vida rural. Lo último que sabía era que se habían mudado a un chalet en las afueras.

—Y poca.

—En la radio local informarán, supongo. Antes lo hacían, al menos.

—Voy a por el transistor de la cocina. A ver si no es demasiado tarde.

La medianoche hacía un buen rato que había pasado, pero tuvimos suerte y el informativo local de la comarca estaba hablando de las carreteras cortadas y los horarios de las quitanieves.

—¿Te importa estar atenta un momento, mientras subo la estufa a la planta de arriba? Si no, cuando nos queramos acostar, va a estar todo helado.

—Sí, no te preocupes.

Permanecí a la escucha con un oído en la información de cada uno de los ayuntamientos limítrofes y sus respectivas aldeas, y con el otro en el estruendo que provocaba David subiendo primero la estufa, luego la bombona y más tarde intentando encenderla con un mechero que claramente se le estaba resistiendo.

—¿Me he perdido algo? —me preguntó cuando regresó al salón.

—No. Aún están con los pueblos cercanos.

Pero la noticia no tardó en llegar. Y fue como un jarro de agua fría sobre los dos. Como si hubieran cogido una buena cantidad de aquella nieve que cubría la montaña y nos la hubieran metido por el cuello del jersey. Las máquinas quitanieves no llegarían a la aldea hasta el domingo por la mañana. Los festivos y las muchas emergencias que había provocado aquella nevada tan fuerte habían conspirado contra nosotros. Estábamos aislados.

—Pero... pero... —David miraba la radio como si no pudiera creer lo que acababa de escuchar—. ¿Cómo vamos a estar aquí tres días?

—¿Nunca te tocó quedarte aislado en esta casa? —le pregunté, sorprendida; a Blanca siempre le había gustado más subir en invierno que en verano.

—Sí... Un fin de semana hace mil años. Y aquella Navidad que...

—Sí, ya la recuerdo.

Me dio un escalofrío. Tuve que interrumpirlo porque, si la idea de pasar tres días con él en casa me disgustaba, que recordara tiempos que ya nunca volverían, simplemente, me daba terror.

—Supongo que el congelador está lleno.

—Sí, y la bodega también.

Una de las primeras cosas que se aprenden al vivir en una zona susceptible de quedar aislada por la nieve es a tener provisiones de productos de primera necesidad. Siempre recuerdo la bodega de casa de mis padres llena de comida no perecedera, carne de caza en conserva y confituras de frutas. Con el paso de los años, el congelador comenzó a estar lleno también, pero no perdimos la costumbre de mantener comida en la bodega; la electricidad tampoco era un bien asegurado en temporada de tormentas. Incluso aunque aquella casa estaba deshabitada la mayor parte del año, ni Blanca ni yo habíamos olvidado nunca las viejas rutinas.

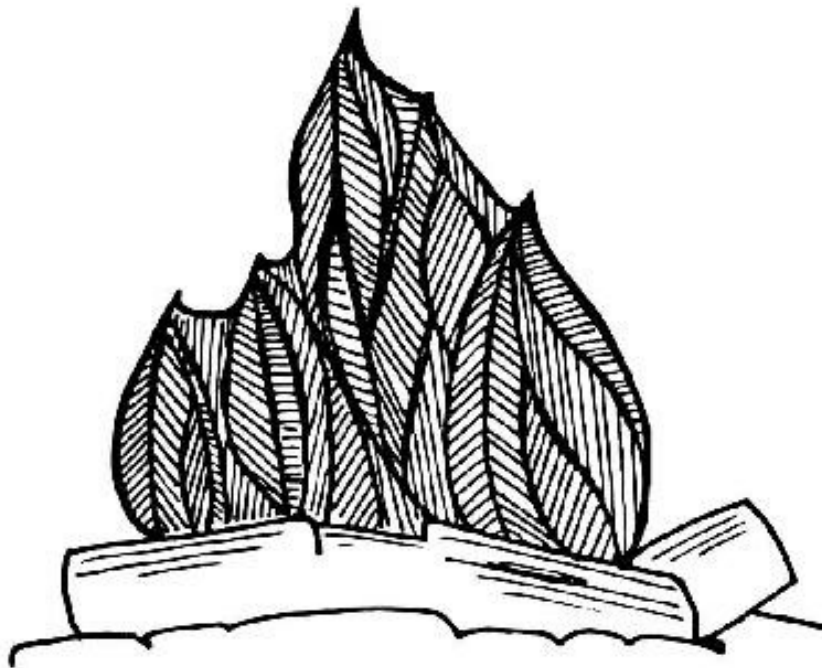
—Bueno... pues lo mejor será irnos a dormir.

—Yo me quedaré aquí un rato. Hasta que se apague la chimenea —le dije. Las horas peleando contra las sábanas eran una tortura, y prefería posponerla el mayor tiempo posible.

—Está bien. Buenas noches, Elisa.

—Buenas noches.

Viernes, 8 de diciembre



11

David

Había olvidado lo bien que se dormía en el pueblo. Bueno... había olvidado lo que era dormir bien, así, en general. El último año había sido un infierno de insomnio, de fantasmas que me mantenían en vela la noche entera, con una única pregunta flotando en mi cabeza: «¿Y si me he equivocado?». Cuando el sueño es esquivo, somos capaces de plantearnos si es correcta hasta la decisión más meditada de nuestra vida. Porque dejar a Blanca, marcharme como lo hice, si algo fue... fue una decisión meditada.

La primera vez que había ido al pueblo, cuando aún era un adolescente que ni soñaba con enamorarse de su mejor amiga, Blanca me había dicho que, solo al despertar a primera hora de la mañana, ella ya sabía si durante la noche había nevado. Me habló de un silencio, de una quietud, de la sensación de paz y aislamiento que solo podía significar que la casa había amanecido bajo una capa blanca que la convertía en un lugar de ensueño. Yo no lo entendí muy bien... hasta que lo experimenté por mí mismo.

Y aquella mañana volvió a ocurrirme. Desperté pasadas las nueve de la mañana, sin poder creermelo haber dormido unas seis horas del tirón. Podía no parecer mucho, pero era mi récord personal en más de un año. Me levanté descansado, con la sensación incluso de que todas aquellas contracturas que solían atenazarme las cervicales se habían diluido un poco. Hasta que recordé dónde estaba y por qué. Y lo difícil que iba a ser pasar tres días sintiendo sobre mi piel la mirada de odio de una de las personas a las que más había querido en mi vida. A la que aún quería, y probablemente siempre lo haría.

Bajé las escaleras con prudencia, y el fuerte olor a café me invadió las fosas nasales y envió un ramalazo de nostalgia a mi mente. Blanca y Elisa eran tan diferentes que a veces me costaba creer que compartieran genes, pero había una cosa en la que las dos coincidían: eran unas completas adictas al café. Hasta yo había acabado acostumbrándome a beberlo a todas horas durante años, aunque nunca pude renunciar a endulzarlo con tres o cuatro cucharadas de azúcar, a pesar de que decían que así lo estropeaba; a ellas les encantaba fuerte y amargo.

—Buenos días —saludé, en un susurro, a Elisa. Porque estaba de espaldas a mí, con la mirada perdida por la pequeña ventana de la cocina, y no quería asustarla, pero también porque no sabía ni en qué tono hablarle.

—Buenos días. —Todo su cuerpo estaba rígido y me transmitía una tensión que dudaba si era solo por mi presencia o porque los acontecimientos de las últimas semanas la habían destrozado tanto que ya nunca volvería a ser la mujer alegre y relajada a la que había conocido—. He hecho café.

—Ya veo. —Sonreí al ver en la bolsa de basura que colgaba de la manilla de la puerta una buena cantidad de posos. Estaba claro que aquella no era la primera cafetera de la mañana—. Voy a preparar algo de desayunar, ¿quieres...?

—Ya he desayunado.

Supe que mentía, pero lo dejé estar. Me habría encantado hacer lo que Blanca esperaba de mí. Enfrentarme a Elisa, decirle que lo que había ocurrido era una desgracia de proporciones difíciles de imaginar, pero que, si ella se abandonaba por completo, si dejaba de comer y de

dormir y empezaba a alimentarse solo de café y cigarrillos, nada iba a mejorar. Pero no me atreví. No me sentía con derecho. No lo tenía.

La vi salir por la puerta de la cocina y arrellanarse en el mismo sillón que había ocupado el día anterior. Volví a dudar. No sabía si respetar su intimidad, su derecho a estar sola, a no tener que compartir más espacio del que nos habían impuesto las circunstancias con una persona a la que odiaba, o acompañarla para que su mente dejara de pasearse por los peores momentos de aquellas semanas. Así que, como no sabía qué hacer, decidí ocuparme en una tarea práctica. Corté un par de rebanadas de pan, calenté una sartén, busqué en la alacena un bote de mermelada, en la nevera un poco de manteca casera, y comí con desgana dos tostadas que probablemente estaban deliciosas, pero a mí no me lo parecieron.

Mis neuronas decidieron reconectarse en aquel momento y recordé que en Madrid se había quedado alguien esperando que regresara la noche anterior. Le había enviado un mensaje de madrugada, con la esperanza de que uno de esos ramalazos de cobertura que llegaban muy de vez en cuando a la casa permitiera que se enviara. Pero no había sido así; allí seguían mis palabras, a medio camino entre la explicación y la disculpa, junto al icono del reloj que indicaba que no había sido enviado. Tenía que hacer una llamada urgente, al menos para evitar que cayera en el estado de histeria lógico al ver que su novio no había aparecido en horas. Me consolé pensando en eso de que las malas noticias vuelan y que, si no había recibido ninguna llamada, habría deducido, simplemente, que no tenía cobertura ni posibilidad de regresar. Pero debía salir a llamar. Y no iba a ser fácil explicárselo a Elisa.

—Yo... —Entré en el salón con prudencia, casi como si pisara sobre cáscaras de huevo—. Voy a bajar al comienzo del camino. Tengo... tengo que hacer llamadas.

—Por supuesto que sí —me respondió, con un tono irónico y una media sonrisa amarga que me dejó muy claro que sabía a quién iba a llamar.

—Bueno... ¿Necesitas algo?

—Que estés fuera el mayor tiempo posible.

—Claro.

Ni siquiera supe qué decirle. Subí al dormitorio un momento y rescaté del armario ropa que olía a otros tiempos. Blanca solía decir que en el pueblo debían de pensar que la vida nos trataba realmente mal en Madrid, pues siempre *jubilábamos* la ropa para dejarla en la casa. Allí teníamos jerséis que habían pasado de moda hacía años, abrigos horrorosos que cumplían con su función de calentarnos cuando salíamos a ver la nieve y pantalones que nunca acababan de ser de nuestra talla.

Elegí unos vaqueros de los que me sobraba un poco de cintura, una camiseta térmica, un jersey de ochos azul marino con el que podría haber sobrevivido un mes a la intemperie y una parka que habíamos comprado en una urgencia de frío inesperado un fin de semana de otoño de unos cuantos años atrás. Estaba claro que no iba a ganar un premio de estilo, pero al menos no me congelaría mientras mantenía una conversación por teléfono que no iba a resultar fácil. Guantes, bufanda, gorro... y la suerte estaba echada.

12

Elisa

Lo escuché salir por la puerta y lo odié. Lo odié como nunca antes había odiado a otro ser humano, como nunca creí que sería capaz de odiar. La muerte de Blanca me había enseñado todo un catálogo de sentimientos que ni siquiera sabía que una persona podía albergar. Que habría preferido no descubrir. Me hacía dudar de muchas creencias que me habían acompañado desde que era una adolescente.

Porque yo nunca había sido una mujer pasional. Nunca había creído en esos amores que te desgarran por dentro, que te hacen creer que morirás de amor, que condicionan toda tu vida a la esperanza de cruzarte en el camino con una persona que sienta por ti lo mismo que tú por ella. Me había enamorado, sí. Del padre de Blanca —aunque la decepción de su huida se llevó pronto todo rastro del sentimiento— y de un par de hombres con los que había tenido relaciones cortas en los años siguientes. Y me había sentido bien y hasta había llorado una vez cuando uno de esos amores había acabado. Pero me había levantado al día siguiente de la cama casi como si nada hubiera ocurrido, había ido a trabajar, me había ocupado de mi hija y... la vida había continuado.

Pero Blanca no era así. Ella era de las que se enamoraban de verdad; lo había hecho en el instituto de aquel imbécil de Miguel y, después, con una magnitud que siempre me había resultado difícil de calibrar, de David. Aunque a mí el concepto me chirriaba, ella siempre había dicho que, junto a él, se sentía el cincuenta por ciento de un todo. Y verlos juntos era tan reconfortante que, poco a poco, fui creyendo que aquello era lo sano, lo bonito... Llegué a pensar que ojalá yo hubiera encontrado algo así.

Hasta que se acabó. Hasta el día en que Blanca llamó a mi puerta, con los ojos inyectados en lágrimas y la respiración entrecortada, y me contó que David se había enamorado de otra y se había marchado de casa. Y yo, que siempre había pensado que, si algún día llegaban a separarse, sería porque Blanca, con su carácter pasional y soñador, se enamorara de otro... Yo, que siempre había creído que, llegado el momento, sería capaz de perdonar una infidelidad... Yo, que estaba convencida de que después del amor quedaba la amistad, y que no había mejor forma de despedirse de una pareja que con un abrazo cariñoso... Yo lo odié. Lo odié por infiel, por mentiroso, por hijo de puta. Lo odié por romperle el corazón a mi hija y, ocho meses después, llevé el odio a un nivel que era incapaz de reconocer cuando un forense certificó que ella había muerto por una insuficiencia cardíaca mientras dormía y me quedó claro que sí, que un corazón puede romperse. Y que sí... se puede morir de amor.

Por eso la ira me cegó cuando supe que salía de la casa para llamar a *la otra*. Todo se tambaleaba, todo. Mis convicciones, que me habían impedido siempre referirme a una mujer que no era culpable de nada como «zorra» o «puta». «La otra». Prefería ni recordar cuántas veces había pensado en esa chica de la que nada sabía en esos términos. Y me daba igual.

Porque él iba a llamarla, y a Blanca ya nadie podría llamarla jamás.

Porque el domingo volvería a una cama en la que ella lo esperaría, y el cuerpo de Blanca estaba helado bajo una lápida de mármol en un cementerio.

Porque se había llevado los esquís que le habíamos regalado dos navidades antes, para escaparse con ella a disfrutar de la nieve, y Blanca ya nunca volvería a deslizarse por las pistas a

la menor ocasión.

Porque la amaba, y a Blanca ya no.

13

David

Me temblaban las manos al marcar su número y no podía achacarlo al frío.

Si algo había descubierto en los últimos ocho meses era que la culpabilidad es una carretera de doble sentido. Durante meses, años, me había sentido culpable por vivir con Blanca mientras empezaba a albergar sentimientos por otra persona; en los últimos tiempos... por estar ya rotundamente enamorado, y no de ella. Me sentía culpable hacia ella. Y era horrible.

Pero desde que me había marchado de casa y había apostado toda mi vida a lo que estaba por venir, la culpabilidad se había duplicado. Seguía sintiéndome fatal cuando pensaba en su dolor, en lo mal que lo estaría pasando, en el desastre vital que yo había provocado. Pero también me sentía fatal en mi nueva vida. Porque sabía que alguien me esperaba, que había apostado también por mí, que me quería y que tenía todo el derecho del mundo a vivir los comienzos de una relación con la ilusión de esos primeros tiempos. Y yo no se lo daba. Porque ya ni era yo y, desde que Blanca se había muerto, me había perdido del todo.

Su voz me sobresaltó antes de que sonara el primer tono de llamada y, a pesar de los miedos, la culpabilidad y la bronca que imaginaba que se me avecinaba..., me reconfortó. Me calentó por dentro. Me recordó por qué me había enamorado. Cuánto sentía.

—David, joder, ¿dónde coño estás?

—¡Lo siento! —me apresuré a decir, por si se le ocurría colgarme antes de escucharlo—. Estoy atrapado en medio de una nevada, sin cobertura apenas.

—¿Estás en el pueblo de Blanca?

—Sí. Vine ayer a recoger las cosas y... me pilló la nevada.

—Pero ¿estás bien?

—Estoy bien, estoy bien. Siento muchísimo haberte preocupado.

—¡Joder! Me he pasado la noche en vela esperando noticias, y mejor ni te cuento lo que estaba siendo la mañana.

—Ya lo sé. En la casa no hay cobertura, he tenido que bajar caminando hasta la carretera.

—¿No estás de vuelta?

—No... Yo... —Cogí aire para atreverme a explicarle lo que había ocurrido—. Las carreteras están cortadas. Hasta el domingo no pasará la quitanieves.

—¡¿Hasta el domingo?! Joder, David...

—Ya lo sé, ya lo sé. Lo siento muchísimo, cariño, de verdad...

—Sí, claro, lo sientes un montón... Teníamos planes para el puente, ¿recuerdas?

—Claro que lo recuerdo. Y tengo los esquís en el maletero, pero... salvo que envíes un helicóptero a rescatarme, no voy a poder salir de aquí.

—Vaya don de la oportunidad, joder.

—Lo sé.

—¿Puedo...? —Noté prudencia en su voz y me odié. Porque quería que pudiéramos vivir nuestra historia sin miedo, sin medir las palabras, sin que el duelo fuera compartido—. Puedo acercarme yo al pueblo, quizá.

—No, cielo, no... —Ni pensé en que las carreteras estuvieran cortadas, aunque me darían una

excusa que era real. Pensaba en aquella casa, tan de Blanca, y en Elisa... No podía imaginarme una situación más inadecuada que aquella—. Igual que yo no puedo salir, nadie puede entrar.

—Ya, claro... Pero ¿estás bien? ¿Tienes comida?

—Sí, sí, aquí siempre hay provisiones. Estamos cubiertos. —Cerré los ojos con fuerza por la metedura de pata antes de que se diera cuenta siquiera. Si hubiera tenido cerca una pared, la habría pateado, pero con la nieve solo conseguí llenarme las botas de agua.

—¿Estamos?

—Bueno, *estoy*, joder... ya me entiendes. —Odié mentirle, pero ni sabía cómo empezar a contarle que Elisa también estaba allí y que el odio y el rencor iban a ser mis compañeros de vacaciones forzadas durante el puente.

—Sí, te entiendo. Claro que te entiendo. —Suspiró. Quise que se enfadara más, que me gritara, que me diera una coartada para no seguir sintiéndome culpable por mentir, que me proporcionara la excusa perfecta para que mis medias verdades tuvieran una causa—. Entiendo que no avanzas, David. Que sigues pensando en ella como si estuviera viva. Y sabes que siempre he empatizado con tu dolor, pero... me preocupas.

—Pues no te preocupes por nada. Está siendo duro, ya lo sabes y... venir aquí ha sido... complicado. Pero... sabes que te quiero, ¿verdad? —rogué para que no lo dudara, porque esa sí era una verdad sin reservas—. Te quiero muchísimo, joder.

—Claro que lo sé. Y yo a ti. Pero lo único que me importa ahora, David... —suspiró otra vez—, es que vuelvas a quererte a ti mismo.

—Lo sé. Lo conseguiré. Contigo... contigo lo conseguiré.

—¿Vienes el domingo, entonces? —cambió de tema y se lo agradecí.

—Sí, espero estar en Madrid a la hora de comer o a primera hora de la tarde.

—Te estaré esperando. Con muchas ganas. —Y ahí dejé de sentir el frío, la culpa y hasta una buena parte del dolor. Y solo pensé en llegar y que nos convirtiéramos en dos cuerpos fundidos entre las sábanas.

—Se me va a hacer largo. Y duro. —Nos reímos—. Intentaré llamarte mañana, ¿vale?

—Vale. Te quiero.

—Un beso.

Colgué y exhalé un suspiro. Recordé todo lo bueno que había entre nosotros, todas las razones por las que me había compensado tomar la decisión más dura de mi vida. Lo que sentía cuando estábamos juntos, lo que se me había metido en el pecho cuatro años atrás, cuando nos habíamos conocido casi por casualidad, y el miedo atroz que me había asolado al darme cuenta de que me estaba enamorando. Y de que todo era distinto a los treinta de lo que había sido a los veinte, cuando Blanca se me había colado dentro porque tenía llave, no porque derribara a golpes los muros con los que me protegía. Y yo, que siempre había pensado que era el hombre menos pasional del planeta, me descubrí deseando algo prohibido, sintiendo algo que no debía... Y a pesar de todo el dolor, de la culpabilidad y la pena, no me arrepentía. Porque podía estar asustado y triste, pero no tenía ni una sola duda de a quién amaba.

14

Elisa

Tardó más de una hora en volver. Había un buen trecho hasta la carretera principal, así que la conversación no debía de haber sido larga. Aunque esa idea no hizo que mi ira disminuyera ni un ápice.

Cuando abrió la puerta, escuché el crujido de los cristales contra el suelo de madera. Una de las muchas cosas de mí misma que no supe hasta que perdí a mi hija fue que tenía la capacidad para romper cosas y sentirme mejor durante un segundo, aunque después el dolor se multiplicara en las horas siguientes. A la salida de David de la casa para ir a llamar a su novia la había acompañado el lanzamiento de un cenicero de cristal pesadísimo contra la madera de la puerta por la que él acababa de marcharse. Oírlo romperse me había proporcionado ese placer instantáneo, esa explosión de euforia —negativa, pero euforia— que necesitaba, pero la desolación que había venido a continuación me paralizó hasta el punto de no permitirme siquiera recoger los pedazos.

En aquel momento me alegré. Quería que él lo viera. Que comprobara cuánto había roto nuestras vidas. La mía me daba igual; ya me daba igual. Pero la de Blanca necesitaba reivindicarla. Su vida, a ella y su dolor. El que él le había provocado. Venía de hablar con el *nuevo* amor de su vida, ¿no? Pues que algo le bajara un poco la euforia...

—Hola. —No le devolví el saludo—. Yo... Emmmm... Voy a recoger esto y a encender la chimenea.

—¡No! —le grité, aunque solo me refería a la primera parte de su ofrecimiento. Quería que aquellos cristales se quedaran allí, como el recordatorio constante de todo lo que estaba roto.

—Hace muchísimo frío, Elisa. Voy a encender la chimenea.

—Haz lo que quieras.

Nos ignoramos mutuamente y él se dirigió a la cocina. Oí como recogía los cristales y la furia fue creciendo en mi interior. La ira, el odio. Tantas manifestaciones del dolor... y ninguna era positiva. Después lo vi regresar al salón. Radiografiaba sus movimientos a cámara lenta, con las mandíbulas tan apretadas que podría haberme saltado las muelas del juicio: limpió las cenizas del día anterior, con cuidado de no ensuciar el suelo; seleccionó los mejores troncos para hacer el fuego, los más grandes para el fondo, los más pequeños para arder primero; cogió del cesto de mimbre una piña de tamaño mediano y de la caja de las revistas, un par de hojas de periódico viejas; colocó con cuidado todo, formando una pequeña pirámide algo inestable; rasgó una cerilla con fuerza, y el olor a fósforo inundó el salón un segundo antes de que el resplandor dorado de las llamas quemando el papel se uniera al blanquecino de aquella mañana de nieve.

No dejé de odiarlo ni un segundo de todo aquel tiempo. Era enfermizo, pero ni siquiera sé si fui consciente en aquel momento. De mi mente no podía eliminar la imagen de una mujer desnuda, esperándolo en su nueva cama, de su nueva casa, de su nueva vida. Casi parecía yo la que estuviera enamorada de él, como si hubiera recibido esa herencia de Blanca, la de unos celos desmedidos y un dolor convertido en odio.

Se sentó en el sofá, en silencio. Podría haberse ido al dormitorio a leer alguna de aquellas revistas viejas. O a la cocina. No es que la casa fuera muy grande, pero había lugares en los que podría haberse mantenido un poco alejado.

Pero no lo hizo. Se sentó allí... y me miró.

15

David

La estaba provocando. Ni siquiera sé si de forma consciente, pero lo hice. Porque quería una reacción por su parte, la necesitaba... La que fuera. Que me gritara. Que me lo reprochara todo, como había hecho la tarde del funeral. Que llorara. Que me odiara. Cualquier cosa me parecía mejor que la indiferencia. En parte porque aún estaba en un agujero muy oscuro en el que me parecía que me ayudaría a expiar mis culpas escuchar por parte de otra persona toda la mierda que las voces de mi cabeza me susurraban a diario. Y en parte por ella. Por hacerla reaccionar, aunque fuera para mal. Porque Elisa había podido ser muchas cosas en su vida, pero nunca me la habría imaginado como alguien inmóvil que se limita a observar con odio sin hacer nada.

Y lo hice bien. O mal. La provoqué. Y estalló.

—¿Has llamado al trabajo? —Parecía una pregunta inocente, pero yo la conocía. Quizá ese era el único mérito que aún me quedaba, el de conocerla bien. Me habría sorprendido que hubiera abierto la espita del gas a tope, prefería ir calentando aquella conversación a fuego lento.

—No. —Y yo no iba a mentir. Quizá no le contara toda la verdad, pero no tenía la menor intención de engañarla.

—Ya... ¿No tendrías que trabajar mañana?

—No. Ya no trabajo los sábados.

—Claro... Ahora ya no. Tendrás cosas mejores que hacer los fines de semana, supongo.

—Hace... tres años, como mínimo, que dejé de trabajar los sábados. Y nunca hemos abierto los domingos.

Aquellos reproches le habrían resultado extraños a alguien ajeno, pero nosotros sabíamos de lo que hablábamos. Uno de los pocos motivos de discusión que habíamos tenido Blanca y yo a lo largo de los años eran mis horarios de trabajo. Yo había heredado las tiendas de electrodomésticos —que eran ya nueve cuando me incorporé a la empresa— en solitario, después de la desertión de mi hermana Sonia, que se había labrado su carrera profesional en Suecia y no tenía la menor intención de volver a la empresa familiar. Y había heredado con ellas las viejas costumbres de mi padre, que pasaba en el local de la calle Alcalá, donde estaban los despachos de administración, todas y cada una de las horas de apertura, de lunes a sábado, desde las nueve de la mañana a las nueve de la noche... o más. Y a Blanca le costaba entender que no fuera más productivo con mi tiempo, que no me desprendiera de responsabilidades innecesarias, que no organizara mi horario de otra manera. Tenía razón, claro, pero yo tardé muchos años en ser capaz de deshacerme de aquello que había aprendido en casa. Ya no trabajaba los sábados, no, pero no era porque mi vida hubiera cambiado después del divorcio; lo había hecho por ella tiempo atrás. Estaba dispuesto a aguantar muchos reproches, pero solo los que fueran justos. Con esos..., Elisa ya tenía suficiente munición.

—¿Has llamado entonces para cancelar la escapada de esquí? —Soltó una risa irónica que me hizo estremecer—. Vaya faena, eh.

—No tenía nada previsto.

—¿Y entonces por qué esa prisa por llevarte los esquís y el resto del equipamiento?

—¿Prisa? No he venido a por todo eso en casi un año.

—¿Qué pensabas hacer en el puente, entonces?

—Elisa, mira... —Reuní valor para enfrentarme. Sí, yo había hecho muchas cosas mal, pero no podía permitirme pasar el resto de mi vida pagando la penitencia. Todo el mundo tiene derecho a buscar su felicidad, y ojalá Blanca hubiera tenido tiempo para ello; nada me habría gustado más que verla enamorarse de alguien que le diera todo lo que yo ya no podía. Aunque me doliera, porque una parte de mí siempre la consideraría el gran amor de mi vida. Pero yo estaba vivo, aunque a ratos no quisiera estarlo. Vivo y enamorado. Y podía darle muchas explicaciones a una exsuegra que no se merecía ese prefijo y ni siquiera ese nombre; porque había sido más una madre que cualquier otra cosa. Pero había límites—. Entiendo que me odies. Entiendo que el daño que le hice a Blanca ya nunca tendrá solución, porque... porque no la hay. Entiendo que no respetes lo más mínimo mi decisión de rehacer mi vida con otra persona, aunque siempre tuve la esperanza de que tú, precisamente tú, que eres la persona más liberal que conozco, me entendieras un poco.

—¿Entenderte?!

—No me grites. —La miré y no me acobardé—. No he acabado. Entiendo todo lo que sientes y también entiendo que el dolor que sientes te nubla. Joder, me nubla a mí, Elisa, ¿es que no lo ves? —La voz me falló, pero no quise callarme—. Estoy destrozado, joder. Y sé que esto te parecerá una mierda y no querrás ni escucharme, pero yo la quería con toda mi alma. Aunque hubiera dejado de estar enamorado de ella, aunque todo estuviera roto. La quise, la quiero y la querré toda mi vida.

—¿No te atrevas...!

—¿No! —Yo también sabía gritar—. No. Por supuesto que me atrevo. Blanca era tu hija, y nadie tiene más derecho que tú a estar destrozada. Pero eso no significa que tengas el monopolio del dolor. Su muerte me destrozó. Y si no te crees eso, Elisa..., no sé cómo puedes soportar tenerme delante.

—Es que no lo soporto. —Cerró los ojos, pero, aun así, vi una lágrima furtiva escaparse rodando por su mejilla—. No lo soporto.

—Pues lo siento. Yo tampoco planeé esto.

16

Elisa

Era cierto. Él no lo había planeado. Yo tampoco. Había sido el maldito destino, materializado en forma de tormenta de nieve, el que había decidido que David y yo pasáramos tres días encerrados en un espacio de menos de cien metros cuadrados, compartiéndolo con nuestros miedos, nuestros rencores, el odio, la culpabilidad, la ira, la pérdida.

Lo tenía delante y no podía evitar entornar los ojos para tratar de encontrar en él a aquel chico al que quise tanto. Que fue mi cómplice siempre, quizá porque nuestro carácter tenía muchos más puntos en común de los que compartíamos con Blanca; los dos la adorábamos como solo se hace con un polo opuesto. Él había sido mi aliado cuando nos enzarzábamos en esas discusiones madre-hija que a veces eran interminables. Yo, la suya cuando Blanca le reprochaba que fuera tan tranquilo, tan pausado. Lo comprendía, porque yo había sido siempre poco pasional, como él, y a veces hasta me preguntaba de dónde habría salido aquel carácter que era puro fuego de Blanca.

David y yo nos habíamos querido mucho más de lo que correspondía a una suegra y un yerno. Porque lo había conocido de niño, lo había visto crecer, hacerse mayor, quererla... Era mi hijo. Era un hijo del que ahora sentía que había destrozado la vida de su hermana hasta el punto de que el corazón de ella no lo pudo resistir. ¿Cómo se lidia con algo así?

—Si la hubieras querido como dices, no le habrías hecho tanto daño.

—¿En serio, Elisa? —Me miró como si no me reconociera, y aquello me dolió más de lo que habría esperado—. ¿En serio te crees eso? ¿Que no hacemos daño a las personas a las que queremos? Lo que sería extraño es que nos hiciera daño gente a la que no conocemos de nada.

—Así que lo bonito es que alguien a quien le entregas tu corazón y todas tus ilusiones acabe destrozándolo todo porque se ha cansado del juguete... Yo debí de aprenderme mal alguna lección de la vida, entonces.

—Yo no dejé a Blanca porque me hubiera cansado de ningún juguete. —Vi el enfado en sus ojos y me gustó. Tenía tantas ganas de pelea que lo único que podía desear era un rival a mi altura—. Entiendo que te dé igual, Elisa, pero te puedo asegurar que fue la decisión más jodida de mi vida y que aún me duele. Que quizá vaya a dolerme toda la vida.

—No lo suficiente como para no permitirte continuar con tu vida, claro...

—¿Eso es lo que te gustaría? ¿Que no pudiera ni levantarme por las mañanas por el dolor?

—Ella no podrá volver a levantarse una mañana. —Conseguí decirlo sin que se me escapara una lágrima, sin que me temblara la voz siquiera. Pero fui incapaz de decir su nombre.

—Blanca está muerta. —Quise gritar cuando lo dijo, pero me acalló el dolor que escuché en su voz al pronunciar esas tres palabras. Aquello no se podía fingir. Y yo tampoco podía seguir adelante si pensaba que a él la muerte de mi hija lo había dejado indiferente—. Yo no. Aunque muchas mañanas me gustaría estarlo. Aunque hay días que tengo que reunir todas las fuerzas que no tengo para ser capaz de poner un pie fuera de la cama y afrontar una nueva jornada.

—Tu pareja debe de estar encantada... —Ahí estaba el barro en el que quería pelear. Necesitaba nombrarla, saber más de ella, ponerle cara a alguien a quien odiaba de forma injusta.

—Pues no. ¿Quieres hablar de ello, en serio? —Soltó una carcajada amarga—. No está feliz, no. Está profundamente triste. Porque me quiere y sabe que yo llevo meses destrozado.

—Qué pena...

—¿Te sientes mejor así, Elisa? ¿De veras? —Su tono de voz fue elevándose y yo no pude evitar sentir un punto de vergüenza por aquella conversación tan horrible. Pero no era capaz de callarme. La pena convertía en palabras la bilis que me subía a la garganta—. Todo esto... ¿te ayuda en algo?

—No. —Me reí—. Nada me ayuda. Pero esto es más ameno que torturarme pensando en que le rompiste el corazón a mi hija, literalmente, para meterte en la cama con la primera zorra de la que creíste enamorarte.

17

David

«Zorra».

Ignoré todo lo demás. Y mira que era difícil. Ignoré la poco velada alusión a que yo había acabado con la vida de Blanca; ya me lo había dicho en el funeral, lo cual no significaba que la reiteración doliera menos. Ignoré todo el machismo patente en el insulto, tan poco propio de ella que debería haberme extrañado lo mismo que si me confesara que era una extraterrestre. E ignoré también que redujera una relación que, a pesar de todas las dificultades, me hacía sentir el hombre más pleno del mundo a un simple encuentro sexual por capricho.

No lo sabía. Blanca no se lo había dicho. Y cuando ya no lo esperaba... supe que tenía que enfrentarme a la realidad que aún me daba miedo pronunciar. Por eso necesité dar un rodeo, porque no sabía ir de frente aún con aquello.

—¿Qué sabes exactamente de lo que ocurrió? —pregunté, con un temblor en la voz que a la Elisa que yo había conocido no le hubiera pasado desapercibido.

—¿Perdona?

—¿Qué... qué te contó Blanca sobre por qué me fui?

—¿Qué pretendes? ¿Que te haga un relato de cómo destrozaste la vida de mi hija? Tienes unos gustos un poco difíciles de comprender.

—Ni te imaginas. —La miré, invitándola a responder a mi pregunta.

—Solo sé que mi hija apareció una mañana en mi casa, después de toda la noche sin dormir, y me dijo que tú te habías marchado. Que te habías enamorado de otra persona y te ibas con ella.

—¿Y nada más? Con el tiempo... ¿no llegó a contarte más?

—Como comprenderás, después de todo lo que ha pasado este último año, no tengo una cronología muy precisa de los hechos. Solo sé que Blanca se pasó tres meses o así sin salir de la cama más que para ir a trabajar y, luego, en verano, pegó un cambio de actitud enorme. Las fases del duelo, supongo... Dejó su trabajo, nos fuimos de viaje, se vino a vivir conmigo y acabó pidiéndome que te perdonara. Que ella ya lo había hecho.

Eso me pilló a contrapié. Tan a contrapié que los ojos se me llenaron de lágrimas. Porque no tenía ni idea de que Blanca había intercedido por mí. Ella sabía que a mí me dolía la distancia con Elisa. Que, después de unos meses sin hablar con ninguna de las dos, estaba destrozado y me planteaba a diario si me había compensado renunciar a todo aquello por haberme enamorado. Cuando Blanca me perdonó, un peso enorme desapareció de mi conciencia, pero di por supuesto que Elisa vendría en el *pack*... y no fue así. Me dolía haber perdido a la mujer que había sido la verdadera figura materna en mi vida, y Blanca había intercedido para que la recuperara. Joder, Blanca... cómo la echaba de menos. Qué vacío tan grande me había dejado.

18

Elisa

No había llegado a entenderlo cuando ocurrió. Después de tres meses de odio, de reproches, de no dirigirle la palabra ni siquiera para solucionar las cuestiones domésticas más básicas, de no escuchar ni una sola vez el nombre de David en boca de mi hija sin que fuera acompañado de algún insulto aterrador..., simplemente, se calmó.

Había sido en verano. Solo hacía cuatro o cinco meses, pero a mí me parecía que había pasado toda una vida. Quizá porque se había perdido toda mi vida. Blanca había aparecido una mañana en mi casa y me había dicho que todo lo que había sentido hasta ese momento no estaba haciendo otra cosa que destruirla y que había decidido cambiar su forma de enfrentarse al dolor. Casi parecía que ella se hubiera convertido en mí y yo en ella. Cambió. Y tomó decisiones que yo no hubiera esperado de mi hija.

Dejó la casa en la que había vivido con David y se trasladó conmigo, a dormir en la misma cama en la que había pasado su infancia y adolescencia. Dijo que necesitaba más que nunca tener al lado a la persona a la que más quería y que pasaría un tiempo viviendo conmigo. Me convenció para que juntara mis vacaciones de verano con un montón de horas extra que me debían y que nos fuéramos a recorrer el norte de Italia. Yo le pregunté qué pensaba hacer con su trabajo, porque en la agencia de viajes solían estar hasta arriba en los meses de verano, y me confesó sonrojada que lo había dejado. Que aquel trabajo ya no la hacía feliz y que se preocuparía por buscar otra cosa después de las vacaciones. Que tenía algún dinero ahorrado y podía tirar con eso una temporada, sobre todo teniendo en cuenta que la idea era vender el piso que había compartido con David y la mitad de ese dinero le supondría una buena inyección de fondos.

Yo alucinaba. Pero resultó ser la mejor idea que podía haber tenido. Si hubiéramos sabido que su corazón se iba a parar apenas cuatro meses después, habríamos hecho aquel viaje, nos habríamos quedado todas las noches de verano en la terraza de mi apartamento viendo las estrellas y aliviándonos del calor de Madrid, habríamos fingido sonrisas cuando se nos escapara el instinto a poner la mesa para tres y habríamos reído con bromas que tenían poca gracia, porque en eso habíamos estado siempre de acuerdo las dos en que consistía la vida: en reír aunque no apeteciera. Habríamos hecho todo lo que hicimos si hubiéramos sabido que Blanca se iba a ir, pero se nos habría comido la pena. Aún no era capaz de valorarlo como debería, pero el último gran regalo de mi hija fueron esos meses de despreocupación y planes juntas, a cuyo recuerdo me agarraba cuando me costaba respirar.

Y, en medio de todo aquello, la noche en que me pidió que perdonara a David. Casi como si ella fuera la que creía en la amistad después del amor y yo la pasional que juraba que jamás olvidaría una traición. Ella convertida en mí, yo en ella, y las dos fundiéndonos en una sola.

Fue el único capricho que no le cumplí. Y no me arrepentía. Quizá porque nunca comprendí qué había ocurrido para que ella pasara del odio a la comprensión, del rencor a la amistad. Ella lo había conseguido y, en el fondo, no podía evitar alegrarme de que no se hubiera marchado con el dolor de no hablarse con quien había sido la persona más importante de su vida.

—Me perdonó, ¿verdad? —El silencio se había extendido entre nosotros y su pregunta me sorprendió. Jodido niño desvalido. Estaba a dos frases como esa y unas cuantas miradas de

aquellas profundas que me dirigía de empezar a erosionar la muralla de odio con la que quería protegerme.

—Me encantaría decirte lo contrario, aunque solo fuera por hacerte daño. —Sonreí. O algo así. Tal vez solo fue una mueca—. Pero, aunque a mí me resulte incomprendible..., sí. Ella te perdonó todo.

19

David

Aquella realidad merecía una confesión. Elisa había sido generosa. Ella lo había dicho: podría mentirme solo para hacerme daño, que parecía ser su mayor intención en toda aquella conversación. Y yo debía ser valiente.

—Elisa, creo... creo que Blanca omitió... cierta información.

Me miró con el ceño fruncido. A mí empezaron a sudarme las manos. Estaba hasta los cojones de aquella sensación. De aquella culpabilidad, aquella vergüenza, aquellas medias verdades y completas mentiras. Pero no tenía ni idea de cómo deshacerme de ella. La valentía sonaba bien como concepto abstracto, pero a mí nadie me había enseñado a aplicarla en la vida real.

—¿Qué?

—Elisa... —Me senté en el sofá, en el extremo de la derecha, muy cerca del sillón del que me daba la sensación que ella no se había movido desde que había llegado a la casa. Luego me arrepentí, me acerqué hasta la leñera y eché un par de troncos sobre las ascuas, que empezaban a perder temperatura—. Creo que tengo algo que decirte.

«Tengo algo que decirte». Mi versión personal de ese «tenemos que hablar» que aterra a todo el mundo. Cuatro palabras que había pronunciado en los últimos meses ante todas las personas que me importaban, y rara vez había salido indemne. Me habían costado la relación con mis padres, habían hecho que me ganara algunas miradas incómodas de quienes yo creía que eran buenos amigos y, lo peor de todo, le habían roto el corazón a mi mejor amiga. Al amor de mi vida.

—¿Qué ocurre?

—Yo... La persona por la que me fui... La...

—¿Qué pasa, David?

Se echó hacia delante y frunció el ceño de nuevo. Yo llevaba horas en aquella casa deseando solo una cosa: encontrar en Elisa algo, lo que fuera, que me recordara a aquella mujer a la que tanto había querido. Y ahí estaba. Aquella preocupación. Su cabeza algo ladeada tratando de leer en mis ojos qué era lo que iba a decirle. La suspensión temporal del rencor. Y no pude verlo. Cerré los ojos porque me dolía. Y porque tenía miedo. Y porque estaba a un rechazo de no poder resistirlo más.

—La persona de la que me enamoré... se llama Marcos.

20

Elisa

—¿Qué?

Creí que no lo había entendido. Y a continuación, en solo un segundo..., lo entendí todo.

—Yo... tengo que ir a dar una vuelta. —Se levantó como un resorte—. No te preocupes si tardo en volver.

Y allí me quedé, mirando su estela, casi como si fuera visible.

No sé cuánto tardé en reaccionar. Cinco minutos, quizá. O diez. Solo sé que, cuando fui capaz de levantarme del sillón y acercarme a la ventana, no había ni rastro de David en todo lo que me alcanzaba la vista. Fui a la cocina, puse una cafetera al fuego e intenté dejar la mente en blanco mientras el olor a café, mi favorito del mundo entero, se colaba por cada rincón de la casa. Una de las consecuencias que más odiaba de la fase de duelo en la que vivía inmersa era justamente eso, no ser capaz de dejar de pensar, aunque solo fuera por unos segundos. Aquel mediodía, igual que tantas otras veces, tampoco lo conseguí.

La otra consecuencia que detestaba de mi nuevo yo, aquel que había nacido en el mismo momento en que habían certificado la muerte de Blanca, era que había hecho desaparecer muchos de los ideales en los que un día había creído. Me había convertido en una especie de mujer celosa en diferido, cuando siempre había odiado cualquier idea de posesión asociada al amor. Había renunciado a aquel feminismo que había querido inculcarle a Blanca desde niña para acabar llamando «puta» mentalmente a la mujer con la que yo creía que David compartía su vida. ¿Y ahora qué? ¿Ahora me iba a convertir en una homófoba porque a mi hija la había dejado su marido por otro hombre?

Esa fue la primera pregunta que acudió a mi cabeza, anticipando todas las demás. Fueron muchas. ¿David era gay? ¿O bisexual? ¿Desde cuándo? ¿Desde siempre? ¿Siempre lo había sabido? ¿Lo había descubierto por azar o era una certeza que siempre había escondido? ¿Estaba enamorado de ese hombre? ¿O era pura atracción sexual? ¿Estaría experimentando? ¿Lo sabrían sus padres? ¿Cómo habrían reaccionado? ¿Lo había sabido Blanca? ¿Por qué no me lo dijo? ¿Era por eso por lo que lo había perdonado? Y la más potente de todas, la más dolorosa, la que más me podía romper el corazón: ¿había querido alguna vez a Blanca?

Llevaba casi veinticuatro horas deseando que desapareciera de mi vista y, en aquel momento, anhelé que regresara de aquel paseo que los dos sabíamos que en realidad era una huida. Necesitaba respuestas, necesitaba conocer verdades que dolieran y olvidar mentiras que no habían sido anestésicas.

Pero conocía a David. Aún lo conocía. Y por eso supe que iba a tardar en regresar. Porque entendí que le habría costado lo mismo contarme su verdad que si le hubiera pedido que se comiera las cenizas de la chimenea. No por Blanca, no por todo lo que había ocurrido en el último año, en el último mes... Le habría costado por sí mismo, por su vida, su educación, su entorno... Estaba segura de que habría atravesado un infierno antes de admitirlo.

Cuando un chico al que has visto crecer, enamorarse de tu hija y vivir junto a ella un matrimonio que parecía perfecto te confiesa que tiene una relación con otro hombre, la reacción debería ser de sorpresa mayúscula. De estupefacción. Y no podía negar que estaba impactada,

pero más por lo inesperado, por la extrañeza de que tal vez Blanca lo supiera y no me lo hubiera contado, por no haberlo visto venir. ¿Me extrañaba ahora que empezaba a asumirlo? Creo que no tanto como debería. No tenía ni idea de por qué.

21

David

No sabía a qué hora me había marchado, así que tampoco supe calcular cuánto tiempo estuve fuera de la casa, pero fue mucho. Tanto que, cuando regresé, la noche ya había caído sobre las montañas; quizá la única causa que me impulsó a volver fue que me quedaba un ápice de prudencia y no acababa de parecerme buena idea quedarme fuera cuando la oscuridad era casi total.

¿Y qué hice durante todas aquellas horas? Lo de siempre. Pensar. Perder la cabeza. Arrepentirme de cosas. Reafirmarme en otras. Echar de menos a Blanca. Querer a Marcos. Avergonzarme de lo que era. Enorgullecerme de lo que era. Enloquecer.

Llevaba así más de tres años. Lo raro es que no me hubiera acostumbrado a la situación. O que no me hubiera vuelto loco del todo. Y confesarle eso que durante un tiempo consideré mi más oscuro secreto a la que había sido mi suegra fue una especie de gota que colmó el vaso, de chispa que me hizo explotar.

Así que caminé. Recorrí aquellos montes arriba y abajo, arriba y abajo. Hasta llegué a sonreír al pensar en cuánto se habría cabreado Blanca si me viera, aparte de por lo obvio (casi me parecía escucharla decir «por Dios, David, ser gay a estas alturas no es un drama»), porque yo siempre protestaba cuando ella se empeñaba en hacer senderismo durante horas por aquellos caminos. Ni siquiera sentía el frío. No había cogido el gorro ni los guantes, pero acabé más sudado que congelado. Tampoco tuve hambre, a pesar de que debían de ser cerca de las nueve de la noche cuando emprendí el camino de regreso y llevaba solo con dos tostadas en el cuerpo más de doce horas. Y no me duchaba desde que me había levantado en Madrid el día anterior. Era la auténtica inacción, la falta de sentimientos elevada a la máxima potencia.

Volví a la casa porque tenía que volver. Porque la noche amenazaba, el frío arreciaba... y porque Elisa estaría preocupada.

Volví porque ya había dicho mi verdad y nada podría cambiar eso.

22

Elisa

Cuando empezó a oscurecer, me preocupé. Aunque él me había dicho que no lo hiciera y mi propio instinto me recordara que él ya no me importaba. No. No era el instinto. Al contrario. Era el dolor el que me llevaba a pensar que me daría igual si se lo comiera un lobo en el monte; y el instinto el que hacía que me preocupara por él. Porque había sido casi tan hijo mío como Blanca durante la mitad de mi vida; durante toda la vida adulta de él. Maldito instinto.

Aunque estuviera preocupada, el sueño me había vencido cuando él regresó. La noche anterior la había pasado en vela, distraída —aunque no lo suficiente— con una novela de vaqueros que había encontrado en la alacena de debajo de las escaleras; había pertenecido a mi padre, a quien le encantaban. No era capaz de conciliar el sueño a las horas que se suponía que corresponde hacerlo, así que pasaba los días agotada y, de vez en cuando, caía en un duermevela absurdo como aquel ante la chimenea.

David entró casi como un fantasma. Si aquel paseo de horas por el monte le había servido de algo, su cara no lo reflejaba. Si necesitaba airearse después de contarme la verdad sobre su relación, no parecía haberle servido de mucho.

—Hola, Elisa.

—Hola.

Y nos quedamos así, simplemente. En silencio. Mirándonos. Dejando que aquellas palabras que David había dicho antes de marcharse nos calaran como, en cierto modo, no habían hecho en todas aquellas horas.

—Voy a preparar algo de cena —me dijo, después de unos minutos que se nos hicieron largos y cortos a la vez.

—Te acompaño.

No sé por qué lo dije. Supongo que porque aquel odio exacerbado que había sentido por él en los últimos meses había quedado en un cierto suspenso con su confesión. Todavía no sabía cómo me sentía. No podía decir que lo hubiera perdonado; habría sido demasiado naíf pensarlo siquiera. Pero, de algún modo, había caído una manta ignífuga sobre el fuego que ardía desde hacía ocho meses en mí y al que llevaba veinticuatro días ya inyectándole gasolina.

Él se sorprendió. Cuando lo dije, y también cuando vio que no era una pulla irónica y realmente lo seguía de camino hacia la cocina. Lo encontré abriendo y cerrando alacenas, rebuscando en las dos bolsas de la compra que yo me había traído de Madrid y echando un vistazo al arcón congelador encajado en un rincón junto a la ventana.

—¿Qué te apetece que prepare? —me preguntó, y yo hice amago de repetir el mantra de que no tenía hambre, pero no me lo permitió—. Vas a cenar, Elisa.

—Es que... no tengo hambre.

—No. Lo que no tienes son ganas de comer. —Sentí que me leía el pensamiento—. Ni de muchas otras cosas, ya lo sé. Pero hambre tienes. Aunque ni te des cuenta.

—¿Qué sabrás tú? —me salió, porque no quería que me obligara a comer, no quería que nos *reconciliáramos*, si es que ese era el término adecuado.

—¿De no comer cuando estás disgustado? Nada... —Me sonrió—. Pero eso tú ya lo sabes.

Pero sí sé lo que es levantarme a las cuatro de la mañana y comerme tres latas de fabada creyendo que eso me rellena el hueco durante un ratito. Lo creas o no..., son las dos caras de la misma moneda.

—¿Estás comiendo mucho? —le pregunté. David siempre había tenido pasión por la comida y se había pasado a dieta media vida, pero, cuando las cosas le iban mal, fuera a los quince por un examen suspenso o a los treinta por la ansiedad, su respuesta solía estar al fondo del frigorífico.

—Bueno... por épocas. Las últimas semanas..., demasiado. Pero no te preocupes —me sonrió; me desarmó—, está controlado. Espero volver pronto al gimnasio y al pádel y, con un poco de suerte, recuperar rutinas de sueño.

—¿Qué vas a preparar? —le pregunté por inercia, porque no quería que me hablara de sus planes después de ese fin de semana, no quería que la vida siguiera después de esos tres días.

—Creo que voy a hacer una tortilla de patatas.

—Bien. —Se me escapó una sonrisa tan triste que agradecí que él no la viera.

—Con cebolla. Y pimiento rojo. —Me miró—. Y una cantidad escandalosa de chorizo.

—David...

Los recuerdos. Podía odiarlo, despreciarlo y estar terriblemente decepcionada con él, pero nada podía extirparnos los recuerdos compartidos. Quizá una lobotomía habría sido la única solución. Y una simple tortilla de patatas —con cebolla, pimiento rojo y chorizo— podía traer asociados los recuerdos de decenas de tardes en la cocina del apartamento de San Blas, luego en el piso que ellos compartían en La Latina, debates encarnizados en los que Blanca era una vehemente defensora de que la tortilla de patatas solo tenía sentido con «patatas, huevo, sal y nada más», mientras David y yo preferíamos que llevara, como mínimo, cebolla. La conversación más tonta del mundo. La que habrá en un millón de casas de España a la hora de cenar cada día. Solo eso... ya tenía la capacidad de romperme.

—Vamos a comerla así, Elisa. —No sé si fue su confesión o había alguna otra causa en su cambio de actitud, pero si hubiera tenido que utilizar un adjetivo para definirlo en aquel momento habría sido «tajante».

—Está bien.

Me distraje poniendo la mesa, mientras escuchaba el sonido familiar del tenedor batiendo los huevos en un plato metálico que llevaba en aquella cocina más años de los que yo tenía. Me reconfortaba de alguna manera la familiaridad con lo que me rodeaba, el hecho de que aquellos vasos de cristal verdoso fueran los mismos en los que bebía de niña, que aquellos platos de cerámica blanca, con un filo dorado apenas visible ya por el paso del tiempo, fueran los mismos que me habían visto comer siempre; a mí, a mis padres, a Blanca. Al propio David durante años.

El olor a tortilla no despertó un hambre atroz en mí, pero sí el capricho de mis papilas gustativas. Vi que David ya estaba dándole la vuelta y me senté a la mesa. Seguíamos en silencio, pero ya no era incómodo; era familiar, confortable, como ese rato sin palabras que comparte una familia mientras cena, solo porque el cansancio del día mantiene alejadas las palabras.

—¿Estás tomando alguna medicación? —me preguntó; pareció darse cuenta al momento de que era una pregunta algo indiscreta y enseguida aclaró—. Perdona. Era por saber si querías vino para cenar.

—Me recetaron unas pastillas, pero llevo días sin tomarlas.

—Voy un segundo a la bodega —me dijo—. En dos minutos está esto.

—Vale.

Regresó un suspiro después con dos botellas de Ribera del Duero llenas de polvo.

—He de decir en mi defensa que traigo dos solo porque sospecho que alguna puede estar

picada. Pero... no descartemos nada.

—David, yo...

—Sí, sigues cabreada conmigo. Sí, yo no dejo de hacer cosas porque estoy nervioso. Los dos lo sabemos. ¿Podremos vivir con ello durante esta cena?

23

David

Era la pura verdad. Había necesitado horas caminando por el monte para ser capaz de enfrentarme a su mirada, que no sabía si sería de odio, de incompreensión, de rechazo o de solidaridad. O quizá, como daba la sensación durante aquella cena, de una extraña mezcla de las cuatro cosas.

—Sí —aceptó.

—Bien.

Serví la tortilla, esforzándome en que su trozo fuera un poco más grande de lo que ella me indicaba. Comimos en silencio, degustando un plato que casi podría asegurar que era el favorito de los dos.

—David, yo... Me gustaría que... —Apartó los cubiertos a un lado del plato y retorció en sus manos la servilleta de tela algo descolorida por el tiempo; la ignoré y le serví otro pedazo, que pareció aceptar con resignación—. No sé cómo pedirte esto.

—Pídeme lo que quieras, Elisa. Lo que quieres... es que te cuente cómo ocurrió, ¿no?

—Algo así. Que rellenes los huecos que no me encajan de lo que sabía. No sé... no sé cómo me siento. Engañada, creo. Como si fuera una niña pequeña a la que no quisisteis contarle la verdad.

—Esto no es... no va a ser nada fácil para mí, pero... —Le di un sorbo a mi copa de vino—. ¿Por dónde quieres que empiece?

—Suele funcionar bastante bien hacerlo por el principio.

—Está bien.

Comí otro pedazo de tortilla y bebí otro sorbo de vino. Ya no era un secreto para nadie que la segunda botella caería esa noche. Y puede que hiciera otra visita a la bodega, porque no me parecía tan mala idea acabar borracho. Usé todo ese tiempo para recopilar mis sentimientos, mis pensamientos, para trazar una cronología verosímil de la historia de mi vida en los últimos veinticuatro días, los últimos ocho meses, los últimos treinta y cuatro años.

—He ido mucho al psicólogo en diferentes épocas de mi vida —empecé.

—Sí, lo sé. Ya cuando estabas en el instituto.

—Sí. No quiero remontarme demasiado a aquellos años porque, de verdad, todo lo que tú viviste con nosotros, con Blanca y conmigo, fue real. No había doblez allí. Éramos exactamente lo que recuerdas: los mejores amigos del mundo, que se querían muchísimo y lo compartían todo. Ahora, con bastante ayuda que he tenido en los últimos años, entiendo que tal vez toda aquella ansiedad que tenía cuando era un adolescente podría venir de que no tenía mi sexualidad bien definida.

—Nunca tuviste otra novia, ¿no? Antes de Blanca, quiero decir...

—No. Me enrollé con algunas chicas del instituto en discotecas y botellones, pero... es que eso era lo que todos hacíamos. Y no me parecía tan... tan *la hostia* como todos los chicos decían.

—¿Sentías... otra cosa?

—No. A lo mejor soy gilipollas, o alguien realmente poco perspicaz, pero ni una sola vez me planteé que lo que me pasara fuera que me gustaran los chicos. Quizá no me gustaban. Siempre sospeché más que era... no sé... ¿asexual?

—Pero con Blanca...

—Sí, antes de seguir con la historia, quiero dejarte algo muy claro y es importantísimo para mí que me creas, Elisa. Yo quise a Blanca. No solo como amigo, que creo que de eso no tienes dudas. Yo estuve enamorado de ella; quizá no como una pasión arrolladora, pero desde el primer día que estuvimos juntos... yo sentí que todo encajaba en su lugar si ella estaba a mi lado. Blanca me hizo muy feliz y creo que, a pesar de este puto último año, yo la hice feliz a ella también.

—La hiciste plena. —Elisa bebió lo que quedaba en su copa de vino con los ojos cerrados con fuerza—. Ojalá nadie se enamorara tanto como ella lo hizo de ti. No compensa.

—Probablemente no. —Le sonreí; a pesar de todas las coyunturas de mi vida, seguía sin ser un romántico.

—¿Cuándo empezó... lo otro?

—No es tan sencillo. Todo fue muy paulatino. —Aparté la mirada y recordé—. ¿Recuerdas aquello de la *crisis de los treinta*?

—Claro. Lo del gimnasio, el pádel, las aficiones que te duraban un par de meses... Blanca estaba muy preocupada. Bueno, y yo también.

—No sé si fue el cambio de década, puede que no, pero la ansiedad volvió. La sensación de vacío, los nervios constantes, las voces en mi cabeza repitiéndome que lo estaba haciendo todo mal, el quedarme hecho polvo con el menor contratiempo... No me había pasado en diez años y me cogió a contrapié.

—Aquello no tuvo nada que ver con la edad —sentenció. Y me estremecí un poco, porque me daba pavor que me descubriera algo nuevo, algo que yo no sabía sobre mí mismo. Había averiguado demasiadas cosas en el último año y no tenía nada claro que el balance fuera positivo.

24

Elisa

Las piezas fueron encajando como si el puzle hubiera estado años delante de mis ojos y no lo hubiera visto. Aquella cosa a la que Blanca había llamado «crisis de los treinta» a mí siempre me había parecido un mecanismo mental para ponerle un nombre frívolo a algo que apuntaba a serio.

—¿Ah, no? —me preguntó David, con un rastro de temor en la mirada.

—No. Aquello fue una crisis de «mi mujer quiere tener un hijo y yo no».

—Tal vez.

—Con el añadido de «y no tengo ni idea de cómo decírselo». ¿Me equivoco?

—Ni siquiera lo sé. No, no quería ser padre en aquel momento, pero por ninguna causa en concreto. Por eso no me atrevía a decirle a Blanca que lo pospusiéramos, porque no sabía si algún día llegaría a apetecerme.

—Quizá este sea el comentario más inapropiado para este momento —no sé ni cómo, me reí—, pero siempre pensé que habrías sido un gran padre.

—Incluso en estos momentos... —su voz estaba rota— tienes mucha más fe en mí de la que tengo yo mismo.

—Puede ser.

—El caso es que aquella necesidad de Blanca de dar un paso adelante probablemente trajo la ansiedad de vuelta. Yo vivía feliz en la estabilidad en la que llevábamos los últimos años, con el mismo trabajo, la misma relación, las mismas rutinas diarias. Y que las cosas empezaran a cambiar y... determinados asuntos...

—¿Qué asuntos?

—Asuntos privados.

—Ah, ya... —Ahí sí me reí con ganas—. Los *asuntos privados* que hay que hacer para tener niños. Que nunca fue precisamente tu afición favorita.

—¿Qué?

—Mi hija hablaba conmigo, ¿sabes?

—Pues... eso. Que estaba bien, pero... a veces llegaba del trabajo y solo me apetecía echarme a dormir. Bueno, no quiero entrar en detalles, pero... me agobié. Y en mí, agobiarse es un concepto que va un poco más allá de lo normal, con toda esa mierda de la ansiedad y demás.

—Ya.

—Volví al psicólogo, me recomendó que hiciera deporte y me apunté al gimnasio y al club de pádel del barrio.

—Lo recuerdo. Fue cuando dejaste de fumar. —Me levanté a coger un par de flanes de la nevera; no es que fueran caseros, pero bien valdrían para improvisar un postre.

—Sí, o hacía deporte o reventaba. ¿Puedo...? —Hundió la cucharilla en el vasito de su flan y juraría que se lo tragó sin masticar—. ¿Puedo hablar abiertamente de Marcos?

25

David

Me costó una vida hacer la pregunta, pero no podía seguir contándole la historia sin mencionarlo. Hacía ya casi cuatro años que había aparecido en mi vida para ponerla del revés. A veces me costaba creerlo. Había sido al mismo tiempo un suspiro y una gigantesca travesía por el desierto.

—No lo sé, David —me respondió, y sé que fue sincera—. ¿Ya... ya lo conocías por aquella época?

—Lo conocí jugando al pádel. Qué topicazo de treintañeros, ¿no? —Se me escapó una risa amarga—. Jugué un par de veces, no se me daba demasiado bien y me apunté a unas clases para principiantes que daban en el club. Marcos era... el monitor.

—¿Y... *te enamoraste*? —No era una pregunta; volvía a ser un ataque. Las treguas de Elisa eran como una sucesión de toboganes, de subidas y bajadas.

—No. No me enamoré. Ni pasó absolutamente nada. Me dio clase durante diez semanas, cincuenta y cinco minutos, los martes y los jueves. Mejoré el saque. Un par de veces quedamos para tomar una cerveza al salir. Nos hicimos amigos.

—¿*Amigos*?

—Sí, amigos. Solo amigos, te lo aseguro. —Necesité que no dudara. Podría haber hecho muchísimas cosas mal, pero el comienzo de mi relación con Marcos era puro, una amistad entre dos tíos más o menos de la misma edad en un momento complicado de la vida. Y no sé por qué coño me importaba tantísimo que Elisa lo creyera.

—¿Y qué pasó cuando se acabó el curso?

—Seguíamos viéndonos de vez en cuando en el club y a veces nos tomábamos algo al salir.

—Mientras Blanca te esperaba en casa, preguntándose por qué coño no se quedaba embarazada tan rápido como sus amigas.

—No, te equivocas. Siempre iba al club en el descanso para comer. Blanca trabajaba jornada continua por aquella época. Nunca le quité tiempo a ella para estar con Marcos. Ni con él ni con ningún otro amigo, aunque son cosas que en cualquier pareja son normales. Pero, para mí, nadie, ni siquiera Marcos, ha llegado a ser más amigo mío que Blanca.

Me serví otra copa de vino y compartí con Elisa algo parecido a una mirada cómplice cuando nos dimos cuenta de que apenas quedaban unas gotas. Entonces fue ella quien se levantó, sorprendiéndome, y salió a la bodega a por otra botella. Pero no trajo vino, sino un licor de guindas que habían elaborado siempre los abuelos de Blanca y que luego compraban en el ultramarinos del pueblo, porque todo el mundo en aquella zona parecía conocer la receta.

—¿Un chupito? —me ofreció.

—Claro. Cualquier ayuda es poca.

—Continúa —me invitó, con su cuerpo enjuto apoyado en la encimera.

—Empezamos a coincidir bastante en horarios. Yo ya tenía suficiente práctica, así que jugábamos uno contra el otro y, como aprovechaba el descanso de mediodía para ir al club, cogimos la costumbre de comer juntos. Y hablábamos mucho.

—Hablabais...

—Sí, Elisa, hablábamos. Por favor, esto no es fácil para mí, agradecería que no pusieras la

coletilla a todos los comentarios que hago.

—Sigue —me dijo, lacónica.

—Marcos acababa de salir de una relación larga. No tan larga como... Bueno, que llevaba con alguien seis o siete años y lo pasó mal con la ruptura. Nos pasamos..., qué sé yo..., siete u ocho meses hablando de mil temas, entre ellos de su ruptura, sin que yo me diera cuenta de que la pareja de la que me hablaba era un hombre. ¿Quieres reírte?

—Ojalá.

—Yo nunca había conocido a un gay. —Me reí, aunque no tenía ni puta gracia el asunto—. Bueno, perdón. Supongo que habré conocido a mil, pero nunca de forma consciente. Y aunque me creía un tío muy moderno...

—¡Tú no has sido moderno en tu vida! —Elisa se rio y podría haber jurado que estaba un poco achispada.

—Bueno, pero yo creía que sí. —Me serví otro chupito—. Hasta que me di cuenta de que no me había planteado que Marcos fuera gay porque era un tío como... muy macho. Ya sabes... Muy deportista, sin nada de pluma, con un coche de puta madre, unas ideas parecidas a las mías.

—Muy moderno, sí...

—Pues eso. Que me quedé un poco sorprendido cuando lo supe, pero tampoco es que sea un mierda retrógrado, así que nuestra relación no cambió en absoluto. Seguimos viéndonos y, cuando hacía más o menos un año que nos conocíamos, le fui infiel a Blanca por primera vez.

—Dos años antes de separaros...

—No, no me has entendido. No me acosté con Marcos. Ni siquiera nos besamos. Ni siquiera tonteamos. Algo sexual o afectivo o romántico entre nosotros... ni entraba en el orden del día. Pero hice algo que para mí fue mucho peor que eso.

—No te sigo...

—Él sabía que Blanca y yo estábamos intentando tener un hijo. Y un día, entre cerveza y cerveza, se me vino encima la ansiedad y... le confesé que no quería. Antes que a Blanca. Antes que a nadie. Para mí, eso fue mucha más infidelidad que la que vino después. —Vi que iba a decir algo y la interrumpí—. No digas nada, por favor. Es solo el primero de los muchos pecados que cometí.

—No me gusta demasiado el concepto de «pecado» asociado a las relaciones entre las personas.

Me pareció más una reflexión en voz alta que un comentario destinado a hacer que me sintiera mejor. Elisa se marchó un segundo de la cocina y regresó con un paquete de tabaco en la mano. No la había visto fumar desde que nos habíamos encontrado la tarde anterior; había llegado a pensar que la acupuntura, la hipnosis, los parches de nicotina o alguno de aquellos mil métodos que la había visto probar a lo largo de dos décadas había funcionado. Pero me equivocaba; algo sabía yo sobre lo fácil que era flaquear en ese vicio.

26

Elisa

Abrí un par de dedos la ventana de la cocina y me encendí un pitillo. Me sobrevino un pequeño ataque de culpabilidad cuando achaqué mi debilidad —la vigésimo tercera recaída con el tabaco en los últimos treinta y nueve años, nada menos— a la pena que sentía después de lo que me había ocurrido. Pero no pude engañarme ni a mí misma; las veintidós veces anteriores no había tenido una excusa más convincente que el café de después de comer o una cena con amigas que me habían llevado al mal camino.

—¿Te importa? —le pregunté a David, no sé por qué, porque ya había dado dos o tres caladas cuando recordé que él llevaba fatal su condición de exfumador y tenía tentaciones cada vez que alguien fumaba cerca de él.

—Ojalá me molestara un poco más —me respondió con una media sonrisa—. Me he estado portando bastante mal con eso desde que... ya sabes.

—No me digas... —Le sonreí; y creo que aquella vez ya fue sincera—. ¿Quieres?

—Tortilla, vino tinto, licor de guindas y tabaco. —Se le escapó una carcajada que interrumpió en cuanto se dio cuenta de lo inapropiado que era el comentario; a mí no me había ofendido—. Perdona. Pero es que no esperaba que la noche acabara así.

Se acercó a la ventana y le ofrecí la cajetilla. Cogió un cigarro, lo encendió con las cerillas de la cocina y exhaló el humo en medio de una pequeña tos que se le escapó. Me fijé bien en su cara por primera vez en todas aquellas horas que llevábamos compartidas. David nunca había sido guapo —aunque Blanca se cabreaba mucho si me oía decirlo—, pero tenía algo. La franqueza en la mirada, que durante tantos años me creí. La sonrisa amable, que me reconfortó muchas veces; que me había imaginado alguna vez cuánto me habría reconfortado en un momento como aquel si no se hubiera ido ocho meses antes.

—Vaya bronca nos echaría si nos viera...

No pude evitar decirlo. Los recuerdos. Los jodidos recuerdos, asociados al acto más sencillo. Una tortilla con cebolla. Un cigarrillo furtivo. Solo hizo falta eso para que David se rompiera.

27

David

No sé por qué fue aquel momento, aquel comentario, aquel recuerdo. Aunque había llorado mucho desde que Sonia me había llamado una mañana horrible para decirme que Blanca había muerto, pocas veces me rompía en un llanto histérico. Mis lágrimas, como yo mismo, eran tranquilas, pausadas. Llegaban sin que las esperara y caían poco a poco, desangrándome la pena a gotitas.

Solo me había roto del todo, en un llanto sin control, dos o tres veces, y en todas ellas había tenido a Marcos a mi lado para recoger los pedazos. Aquel día él no estaba. Estaba Elisa.

Di una calada al cigarrillo y me ahogué en una especie de tos envuelta en lágrimas. Tenía razón Elisa. Blanca nos habría gritado si nos viera fumando, refugiados tras una ventana abierta en una noche gélida. Lo había hecho mil veces. Ella siempre había odiado el tabaco y había dedicado años a echarnos broncas constantes a Sonia, a Elisa y a mí. Cuando yo lo dejé, y con Sonia en Estocolmo desde hacía años, centró todos los esfuerzos en su madre, pero no le sirvieron de mucho. Y cuando yo tenía un momento de debilidad y me escapaba con Elisa al pequeño balcón del apartamento de San Blas, sus gritos se escuchaban en todo el barrio. Y no me dejaba ni besarla hasta que me cepillaba los dientes un par de veces y pedía perdón un par de millones.

Me dio igual que el olor a tabaco entrara en la casa y me alejé de la ventana, aún con el cigarrillo entre los dedos. Me dejé caer en mi silla, con la cabeza entre las manos, y permití que las lágrimas salieran a borbotones, mientras se me convulsionaba la respiración y un nudo me ataba desde la garganta hasta el pecho.

—David... —Elisa se agachó a mi lado. Su voz también estaba rota—. David, mírame. David.

—Perdona, yo... —Me sequé las lágrimas como pude, pero seguían cayendo—. No sé qué me pasa, no sé...

—Te pasa que duele, David. Que no hace ni un mes, joder...

Nos quedamos en silencio, con esa gran verdad flotando en el ambiente, cada uno en nuestra silla, con el ambiente solo roto por los hipidos que no podía evitar que se me escaparan y el traqueteo rítmico de las uñas de Elisa sobre la madera de la mesa.

Nos trasladamos al sofá, con la botella de licor, el paquete de tabaco y un cenicero como únicos testigos de una conversación que los dos sentíamos casi furtiva. Estoy seguro de que Elisa no quería hablarme, no quería ablandarse, pero había demasiadas lagunas en lo que sabía sobre mis últimos meses, que eran también en cierto modo los de Blanca, y quería llenarlas. Y yo me había pasado mucho tiempo ocultando todo lo que había pasado, no queriendo contármelo ni a mí mismo porque la culpabilidad de doble sentido me atenazaba, pero por alguna razón... con ella no me importaba.

El brote de llanto fue remitiendo. Me sequé las últimas lágrimas con el dorso de la mano, mientras Elisa me acompañaba en silencio. Pero me acompañaba. Sentada a mi lado en el sofá y sin atreverse a decirme nada durante mucho rato, pero mirándome como queriendo anticipar si volvería a estallar en lágrimas.

—¿Mejor? —me preguntó, en un susurro.

—No. —La miré y sonreí—. Pero más tranquilo, al menos.

—Bueno... Es un comienzo.

Elisa se levantó y se acercó a la cocina. Regresó con una caja de galletas surtidas; siempre había sido golosa, así que la miré con un poco de burla cuando la abrió y la dejó entre nosotros en el sofá.

—Ha sido mi principal fuente de alimentación este mes. No me digas nada, anda.

—Ni se me ocurriría.

Picoteé un par de galletas con relleno de chocolate, mis favoritas, y me abstuve cuando ella me ofreció un cigarrillo, aunque me apetecía.

—¿Quieres seguir contándome?

—Sí —afirmé convencido—. ¿Tú quieres que lo haga?

—No sé si quiero, pero... lo necesito. Supongo que queda la peor parte de la historia, pero te prometo que te escucharé sin juzgarte porque... necesito saber. Necesito acercarme más a Blanca, a lo que ella sabía cuando se fue y que yo no podía ni imaginar.

—¿Me he quedado...?

—En que Marcos y tú ya erais tan amigos que le contabas cosas que a Blanca le ocultabas.

—Sí. —Era un resumen bastante certero y jodido de la verdad—. Yo ya sabía que él era gay en aquel momento y... no sé explicarlo... me sorprendí a mí mismo pensando en ello demasiado a menudo. Me gustaría poder decir otra cosa que me deje en mejor lugar, pero creo que me daba un poco de morbo aquello.

—¿Morbo... —se pensó mucho el adjetivo— sexual?

—No. Creo que no. Morbo de curiosidad, supongo. Marcos es un tío... como muy masculino. Dios, esto suena fatal, ¿no? —Elisa me respondió con una sonrisa—. El caso es que me preguntaba cómo sería en sus relaciones con los hombres, cómo ligaría, por dónde se movería. No sé... ahora me doy cuenta de que pensaba en ello mucho más de lo que podría considerarse normal.

—¿Y Blanca? ¿Qué pintaba en todo eso?

—No eran buenos tiempos en casa. Yo cada vez tenía menos ganas de... bueno, de...

—¿De sexo? —me preguntó, riéndose—. Quizá te sorprenda, pero tengo bastante asumido que te acostabas con mi hija cuando estabais juntos; puedes nombrarlo sin que me altere.

—Pues eso. Yo estaba muy inapetente y ella algo obsesionada por hacerlo a todas horas para quedarse embarazada. Y cuanto más insistía ella, más me agobiaba yo, menos ganas tenía... Era un círculo vicioso preocupante. Y yo cada vez tenía más ansiedad, hacía más deporte para combatirla y pasaba más tiempo con Marcos.

—Así contado..., casi parece que fuera culpa de Blanca.

—¡No! No, por Dios. Si ha sonado así, es que lo he explicado mal. Blanca era una persona que llevaba diez años con su pareja y quería ser madre. No creo que nadie pueda culparla por nada.

—Y entonces le dijiste que no querías tener hijos...

—En realidad le dije que prefería que nos lo tomáramos con más calma, que no estuviéramos siempre forzando la situación porque nos estábamos cargando algo tan bonito y tan importante como la intimidad. Parecíamos dos personas obsesionadas con fecundar un óvulo más que un matrimonio enamorado que quiere pasar un buen rato juntos.

—Pero ella no se lo tomó bien.

—No, me respetó porque estaba preocupada por los accesos cada vez más fuertes de ansiedad que estaba teniendo, pero sé que se disgustó y lo pasó mal. Ella quería ser madre joven y la agobiaba lo cerca que estaba de los treinta. Además, se sentía rechazada, porque, a pesar de

que ya no había esa presión para dejarla embarazada, a mí seguía sin apetecerme hacerlo.

—¿Hablabas de ello con Marcos?

—Tardé mucho en hacerlo, porque me parecía una traición a Blanca comentar algo tan íntimo. Pero no tenía a nadie más con quien hablarlo... Yo sabía que Blanca hablaba contigo, y estoy seguro de que también con Sonia, pero yo me tragaba todo aquello solo y... no pude más.

—¿Él te ayudó?

—Él me escuchó, que supongo que era lo que más necesitaba. Fueron semanas hablando mucho, ya no solo a la hora de comer en el club. También nos llamábamos, nos enviábamos muchos *whatsapps*... Supongo que las cosas se fueron complicando sin que me diera cuenta.

—¿Él nunca... intentó algo?

—Bueno..., no exactamente. A los seis meses de que yo le confesara cómo me sentía, un día me advirtió que me iba a decir algo que me molestaría. Marcos y yo nos habíamos llevado de maravilla desde el principio, no me imaginaba discutiendo con él por nada, pero... me dijo que creía que quería muchísimo a Blanca, pero que, si no me apetecía nunca estar con ella... en el sentido sexual, es que fallaba algo más. Que quizá la quería como amiga, pero no estaba enamorado de ella.

—¿Y qué le dijiste?

—Que no creía que fuera eso. Que, evidentemente, tampoco es que hubiera grandes mariposas en el estómago, en parte porque yo no era un tío demasiado apasionado y en parte porque llevábamos juntos tantos años que esas pasiones ya no tenían cabida. Pero no era eso lo que él pensaba que podía cabrearme.

—¿Y qué era?

—Me dijo que, desde el primer día, él había pensado que yo era gay. Flipé, porque es algo que jamás nadie se había planteado sobre mí, ni siquiera yo mismo. Jamás me había imaginado con un tío ni había tenido fantasías ni... joder, no había echado ni un vistazo a porno gay por curiosidad. Me reí y le dije que tenía el *radar gay* mal calibrado. Pero él no se reía. Me dijo que le diera una vuelta a ese pensamiento, porque le parecía un claro caso de estar reprimiendo mi sexualidad.

—Y ahí empezaste a cabrearte...

—Un poco. A nadie le gusta que le digan que no se conoce a sí mismo, que está reprimiendo su verdadero yo. Me envalentoné y le pregunté si estaba intentando convencerme de algo. Él también se enfadó y me dijo que no tenía pinta de que hiciera falta convencerme de nada, dado que llevaba casi un año prefiriendo pasar tiempo con él que con mi mujer, prefiriendo hablar con él que con mi mujer y teniendo unos problemas terribles de ansiedad en todo momento..., menos cuando estaba con él.

—¿Y era verdad?

—Lo de la ansiedad, sí, pero yo lo achacaba a que, cuando estaba con Marcos, casi siempre hacíamos deporte. Nunca me planteé que, en los últimos meses, quedábamos muchas veces para hacer otras cosas y aquella angustia que siempre sentía en casa y en el trabajo desaparecían cuando estábamos juntos. Pero en aquel momento aún no me había dado cuenta de eso.

—¿Qué pasó?

—La conversación fue subiendo mucho de tono. Tanto que estábamos en una cervecería y tuvimos que salir a la calle porque empezamos a dar el espectáculo. Acabé soltándole que si todo eso tenía algo que ver con que él sintiera algo por mí y se descojonó en mi cara. Me dijo que muy imbécil tenía que ser para no haberme dado cuenta hacía ya muchos meses de que yo le gustaba. Que sí, éramos amigos, pero que para él era evidente que había algo más. Por ambas partes. Y me

sentí tan traicionado...

—¿Traicionado?

—Yo le había entregado mi amistad, todos los secretos de la crisis que estaba pasando con Blanca, había confiado en él y, pasada la sorpresa inicial, ni siquiera había vuelto a acordarme de que era gay. Para mí era mi amigo y punto. Así que me cabreeé mucho. Estuvimos muy cerca de llegar a las manos.

—¿Y os alejasteis?

—Sí. Dejamos de hablarnos. Estuvimos siete u ocho meses sin vernos y sin hablar. Yo cambié el club de pádel por el gimnasio del barrio y traté de olvidarme de que él había aparecido y había sido mi mejor amigo.

—Fue cuando Blanca creyó que todo había pasado...

—Sí. Me centré en ella. Hicimos un par de viajes, empezamos a salir más que nunca, más que cuando éramos unos críos e incluso... recuperamos la chispa, supongo. Pero eso era todo una fachada, porque yo estaba profundamente triste.

—¿Por Marcos?

—Por todo. La frontera entre ansiedad y depresión es fina, y es fácil pasar de una a otra. Por suerte, estaba yendo al psicólogo y se dio cuenta a tiempo. Hablamos mucho, muchísimo, de qué era lo que hacía que yo estuviera triste siempre, incluso celebrando mi aniversario con mi mujer, a la que no tenía dudas de que quería con toda mi alma. Hasta de viaje, visitando a Sonia en Estocolmo, que era algo que nos encantaba hacer, mi hermana notó que me pasaba algo.

—¿Y cuánto tardaste en darte cuenta de que lo que te pasaba era que echabas de menos a Marcos? Porque yo lo he hecho a los dos minutos de que me contaras la historia. —Elisa encendió un cigarrillo y me miró con un gesto a medio camino entre la burla y la sabiduría absoluta.

—Mucho. Más de medio año. Seguí tirando para delante como podía, intentando hacer a Blanca lo más feliz posible y sin intentar serlo yo también. Tenía la esperanza de que el tiempo curara la herida, que se me acabara pasando...

—Pero no fue así.

—No. Y además, me lo encontré. Bueno, no se puede decir que fuera la mayor casualidad del mundo... Me llegó un *email* del club de pádel anunciándome su torneo anual y, aunque yo ya no era socio, decidí apuntarme. Supongo que mi subconsciente iba bastante por delante de mí mismo. Llegué a jugar... nervioso. Sabía que era muy probable que nos encontráramos y, en cierto modo, la pelota de si hablaríamos o no estaría en su tejado, porque él trabajaba allí y seguro que había visto mi nombre entre los inscritos en el torneo.

—Claro. Y os visteis...

—Nos vimos. Después del partido en el que quedé eliminado, fui a cambiarme y, al salir del vestuario, allí estaba él, esperándome. Pensé que se aproximaría una conversación tensa, una bronca al estilo de la que habíamos tenido el último día o hasta que acabaríamos a puñetazo limpio, pero... solo nos miramos y nos abrazamos.

—Y ahí empezó...

—No. —Me reí, aunque fue un gesto bastante amargo—. Fui un cabrón con Blanca, eso ya lo sé, pero te juro que me resistí todo lo que pude antes de serlo. Marcos y yo, simplemente, retomamos nuestra amistad como antes. Al menos en apariencia. Quedábamos, charlábamos, nos pasábamos horas en el WhatsApp...

—Pero eso era solo la apariencia, ¿no?

—Claro. Los dos sabíamos lo que habíamos hablado casi un año atrás. Que yo a él le gustaba y que él consideraba que estaba confuso con respecto a mi sexualidad. Y, a pesar de ello, salíamos

a comer casi todos los días, hablábamos a diario, volví al club de pádel...

—Y fue inevitable.

Elisa lo entendió. O me hizo esa concesión. Porque «inevitable»... no fue. Yo podría haberme alejado, podría haber dejado aquella amistad en el recuerdo, podría haber esquivado todas aquellas comidas al salir del trabajo, podría haber espaciado nuestros mensajes, podría haber dejado el móvil en el dormitorio mientras veía una película con Blanca, en lugar de estar pendiente de si él me enviaba algo, aunque solo fuera un *meme* chorras que me hiciera reír.

Y, sobre todo, podría habérselo contado a Blanca. Porque el verdadero punto determinante del engaño, de la infidelidad que aún estaba por culminarse, fue que dejé de contarle las cosas que hacía con Marcos. Le había explicado meses atrás que nos habíamos distanciado porque a él le habían cambiado el turno en el trabajo y que «a quién le importa, solo era alguien a quien conocía desde hace poco». Nunca le conté que nos habíamos reencontrado. Y siempre que ella me reprochaba con la mirada que estuviera pendiente del móvil, me excusaba diciendo que estaba mirando *emails* del trabajo.

No, no había sido inevitable. A ratos de forma consciente, y a ratos arrastrado por el instinto, pero yo solito me había metido de cabeza en aquello. Porque me gustaba estar con él. Porque me hacía feliz. Porque rellenaba el hueco que abría la ansiedad en mi pecho. Y porque en aquel otoño tan difícil en que me condené y me salvé al mismo tiempo, aprendí algo que nadie me había enseñado en más de treinta años: que todos, antes o después, acabamos anteponiendo nuestra propia felicidad a la de las personas que más queremos. Porque yo quería a Blanca más que a nadie en este mundo, pero Marcos me hacía feliz y ella no.

28

Elisa

No sé por qué le dije que había sido inevitable. Porque claro que habría podido evitarlo, pero... ¿a costa de su felicidad? Toda aquella confesión de David hacía que se tambalearan mis convicciones, y odiaba que eso ocurriera. No dejaba de pensar que, si esa historia me la hubiera comentado una compañera de la clínica sobre el marido de su hija, habría tenido clarísima mi opinión. Que las relaciones comienzan y terminan sin que nadie tenga derecho a culpar al otro de su dependencia emocional; que una persona que descubre una sexualidad reprimida más allá de los treinta bastante mal lo habría pasado como para no hacer todo lo posible por perseguir la felicidad; que la infidelidad es una traición muy fea, pero suele denotar que algo ya no funcionaba de antes...

Mierdas. Mierdas enormes. Eso me parecían esos argumentos cuando la persona que había sufrido las consecuencias no era la hija de una amiga, sino la mía. Y puede que, si el curso de los acontecimientos hubiera sido diferente, yo hubiera acabado convertida en la defensora de David y sus razones para romper ante Blanca. Pero mi hija había muerto. Con el corazón roto. Y no conseguía deshacerme del todo del pensamiento de que él era el responsable.

29

David

Seguí hablando, a pesar de que noté que Elisa se había quedado perdida en sus reflexiones. Pero no podía parar porque sabía que, o lo sacaba todo de golpe, o no sería capaz de retomar aquel relato de hechos en otro momento. Ni siquiera sabía si habría otro momento en que Elisa y yo fuéramos a estar en el mismo cuarto en el futuro. Y merecía conocer todo aquello que Blanca, aún no sabía por qué, había decidido ocultarle.

—No fue inevitable, pero el hecho es que... no lo evité.

—¿Y cuándo... pasó?

—Unos... tres meses antes de que me marchara. Después de la Navidad pasada.

—¿Cómo fue? —La vi tragar saliva con fuerza y supe cuánto le había costado hacer aquella pregunta.

—¿De verdad quieres saber eso?

—Sí. —Encendió un cigarrillo y me ofreció otro; ese no habría podido rechazarlo aunque aún quedara un ápice de fuerza de voluntad en mi cuerpo—. Quiero saberlo todo.

—Él estaba empezando a enfadarse. Cada vez era más evidente que éramos... una especie de pareja sin sexo. No solíamos hablar de *nuestra situación*, pero alguna vez no podíamos evitarlo. Yo aún no había reconocido que sintiera nada por él, ni siquiera ante mí mismo. Y entonces él me dijo que no pensaba esperarme más tiempo. Yo... yo ni sabía que hubiera estado esperándome. Pensaba que, simplemente, no me hablaba de los tíos con los que salía.

—Y te pusiste celoso... El truco más viejo del mundo.

—Quizá. El caso es que la idea de que Marcos empezara a salir con alguien... me asustó. Al principio, por miedo a que nos alejáramos, pero enseguida me di cuenta de que era eso que has dicho. Celos puros y duros. —Rellené mi vaso de chupito y me lo bebí de un trago; solo esperaba que llegara el día en que no tuviera que beber para confesar algo que fue triste pero también muy bonito—. Le pedí que no lo hiciera. Y él, como es lógico, me dijo que, entonces, yo tendría que mover ficha.

—Pero no dejaste a Blanca aún.

—No. Durante tres meses..., alterné las dos relaciones. Y antes de que digas nada..., es lo más horrible que he hecho en mi vida. Nunca me he sentido más sucio, más culpable y más mierda que en aquellos tres meses.

—¿Por Blanca?

—Por todo. Por Blanca y también por Marcos, que tenía todo el derecho a empezar nuestra relación conmigo implicado al cien por cien. Y no lo estaba ni al diez. Y por supuesto por ella, a la que le mentía cada día, cada minuto.

—No voy a disculparte en nada, porque sabes que odio las mentiras. —No fui capaz de mantenerle la mirada—. Pero no debió de ser fácil tampoco para ti.

—No. No voy a entrar en detalles, en... *más* detalles. —Se me escapó la risa—. Pero lo que estaba ocurriendo era un poco más complicado que si hubiera sido otra mujer. Bueno..., es que estoy convencido de que jamás podría haber sido otra mujer.

—¿De verdad?

—De verdad.

30

Elisa

No sé por qué, pero lo creí. De hecho, intenté visualizar a David junto a aquella mujer sin cara con la que lo había imaginado los últimos ocho meses y fui incapaz. Y no dejaba de ser extraño, surrealista incluso, que un chico al que había conocido cuando tenía catorce años y del que jamás me había planteado que fuera gay me resultara más verosímil como pareja de un tal Marcos que de cualquier mujer del planeta.

Con todo lo que David me había contado, me hice una composición de lugar bastante clara sobre lo que habían sido *los hechos* del final de su matrimonio, pero me faltaba entender algunas cosas.

Cuando yo era niña, la gente era heterosexual, punto. Nadie nos enseñó otra cosa. Después, en los ochenta y los noventa, entendimos —al menos yo lo hice— que había heterosexuales y también *gays* y lesbianas. Pero en los últimos tiempos había toda una nueva serie de condiciones de las que yo, que me creía muy moderna, no sabía nada en realidad. Alguna vez había escuchado eso de «soy hetero, pero me he enamorado de alguien de mi mismo sexo» o «no me enamoro de un sexo, sino de una persona». ¿Sería ese el caso de David? Y en caso de que lo fuera, ¿la excepción era haberse enamorado de Marcos o haber pasado toda una vida junto a Blanca?

Necesitaba saberlo.

—David, ¿puedo hacerte una pregunta? —lo tanteé. Y volvimos a beber. A esas alturas de la madrugada, creo que ya podíamos afirmar ambos que estábamos bastante borrachos.

—Claro. Me imagino cuál es.

—¿Ah, sí?

—Quieres saber si soy gay, ¿no?

—Pues... sí. Creo que sí.

—Llevo mucho tiempo intentando responderme a esa pregunta. Créeme. Muchísimo tiempo. A ratos me digo que no debería pensar en ponerme una etiqueta, que... qué más da. Pero al mismo tiempo es complicado vivir sin saber bien lo que eres. —Volvió a acercarse a por un cigarrillo y estuve a punto de echarle la bronca; eso habían provocado las últimas veinticuatro horas, que me volviera el instinto maternal por alguien a quien ya no sabía si seguía odiando—. Creo que soy gay, pero me enamoré de una mujer.

—¿Te enamoraste de Blanca? ¿De eso sí estás seguro?

—De eso estoy segurísimo. Y si no era estar enamorado... era más. Mejor. Lo que sentí por ella es algo tan fuerte, tan bonito... que sé que no voy a volver a sentirlo. Hasta Marcos lo sabe.

—¿Y no le importa?

—Yo estoy enamorado de él. Lo quiero, Elisa. Siento si te duele, pero... lo quiero muchísimo. Lo quiero lo máximo que se puede querer a alguien a quien has conocido a los treinta y con quien te has metido en una historia muy difícil, aunque crea que merece la pena. Pero con Blanca crecí, aprendí todo lo que sé de la vida y es la mejor amiga que tendré jamás. Y el puto amor de mi vida, por si lo estás dudando.

—No lo dudé nunca. —Se me rompió la voz. Aquella declaración de amor tan cruda, tan rotunda... me devolvió parte de la felicidad perdida ocho meses atrás; lástima que no hubiera

nada que me fuera a devolver la que se había ido hacía veinticuatro días—. Por eso no entendí... no entendía nada.

—Yo tampoco entendí nada durante mucho tiempo. Creo que eso lo habrás deducido de todo lo que te he contado. Pero siempre he tenido claro, clarísimo... que, si Marcos no hubiera sido un hombre, yo no habría dejado a Blanca. No habría podido enamorarme de otra mujer más que de ella. Pero lo que me ocurrió... fue algo más que enamorarme de otra persona. Fue todo un cambio de vida, de mentalidad, de... de todo.

—Sí... creo que puedo llegar a entenderlo.

—No pretendo eso. —Me sorprendió—. Ni tu perdón. Solo espero que esto rellene algunos de los huecos de información que te ha faltado desde el primer momento.

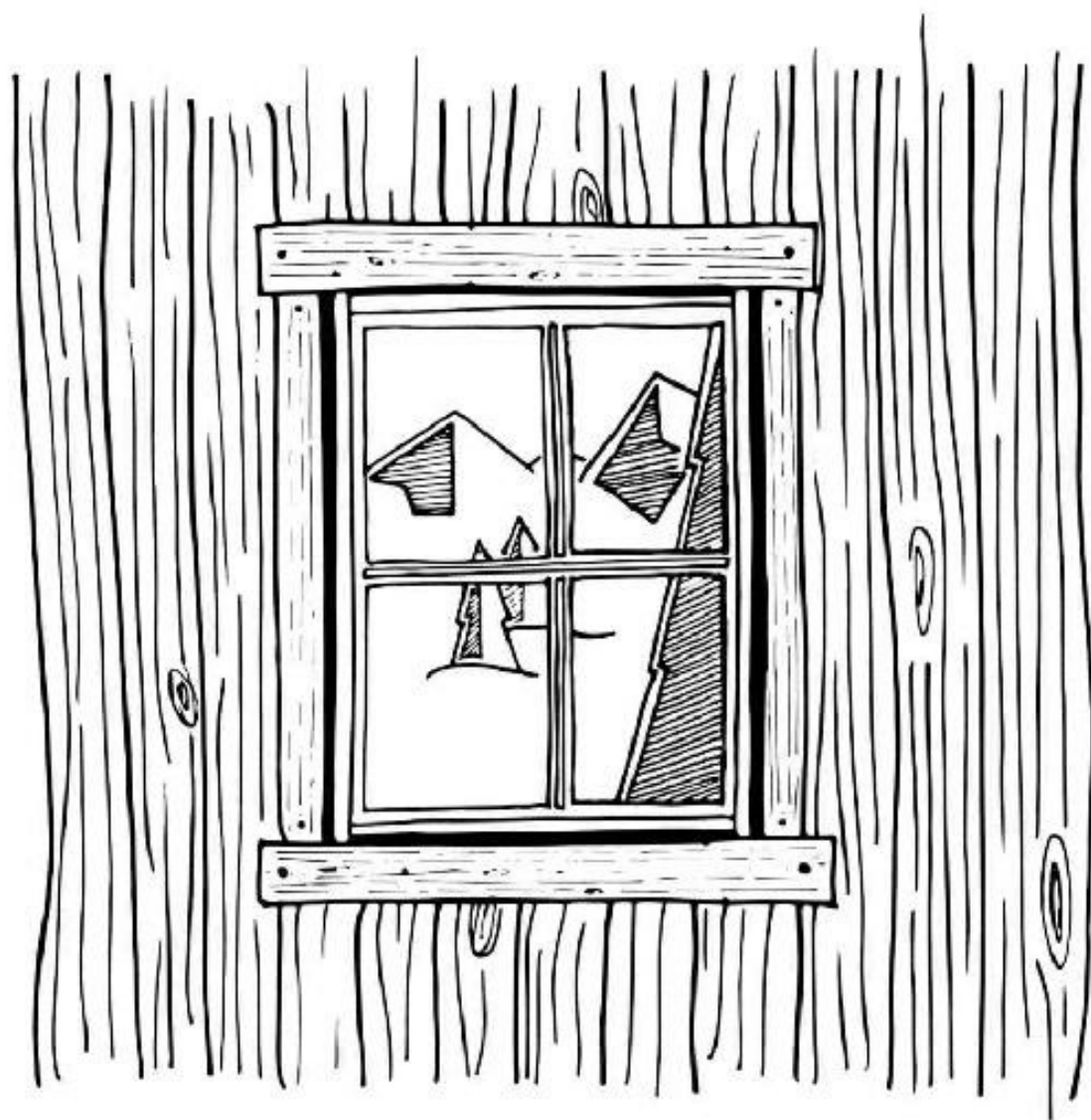
—Sí... Tengo... tengo que reflexionar sobre ello. Y... —miré el reloj— son las cuatro de la madrugada.

—Sí, deberíamos irnos a dormir.

—O a intentarlo —ironicé, porque si ya el sueño solía serme esquivo en situación normal... no quería ni pensar en lo que sería aquella noche, con tal avalancha de nueva información en mi cabeza.

Nos despedimos en lo alto de la escalera con algo que se pareció mucho a una sonrisa.

Sábado, 9 de diciembre



31

David

Cuando abrí los ojos, volví a sentirme como la mañana anterior, aunque me pareciera que habían pasado quince años. Me costaba creer que, veinticuatro horas antes, hubiera amanecido en aquella misma cama que tantas veces había compartido con Blanca, fastidiado por la idea de tener que pasar tres días en el pueblo con Elisa mirándome con odio y Marcos en Madrid preguntándose dónde estaría. Solo había hecho falta un día para que acabara confesándole a mi exsuegra —Dios, cómo me chirriaba esa palabra— toda la verdad sobre el final de mi matrimonio y mis meses alejado de ellas.

Preferí no darle más vueltas a la cabeza, porque estaría bien que empezara a hacer algo para evitar enloquecer, y también porque me sorprendió comprobar en el reloj que eran más de las diez de la mañana y supuse que Elisa estaría esperándome, con unas cuantas preguntas cocinadas a fuego lento durante la noche. Antes de quedarme dormido, me había prometido a mí mismo que respondería a todo lo que quisiera saber, que despejaría de su cabeza cualquier incógnita, porque desgraciadamente eso era de lo poco que estaba en mi mano hacer para quitarle algo de peso a todo el dolor que la atormentaba.

Salí del cuarto con una oreja puesta en la planta baja y me pareció escucharla trastear en la cocina. El olor a café lo inundaba todo y, aunque me moría de ganas por tomarme una taza bien caliente, decidí dar prioridad a mi higiene, dado que hacía cuarenta y ocho horas que no me duchaba. Casi me dio la risa al darme cuenta. Salí del cuarto de baño estremecido por el frío, porque ni la mejor estufa del mundo serviría para calentar aquella casa al completo, y la que teníamos estaba muy cerca de ser la peor.

Me vestí sin acabar de secarme del todo, saludé a lo lejos a Elisa —sin recibir respuesta— y me afané en encender la chimenea, que siempre me había parecido el único método que servía para caldear la casa en aquellos inviernos infernales de la montaña de León. Calculé la leña seca de la que disponíamos y llegué a la conclusión de que sería suficiente para el día y medio que nos quedaba de encierro. No debería haberlo hecho, pero tomé nota mental de hacer un pedido a Domingo, el hombre que llevaba sirviendo la leña a la mayor parte de casas del pueblo desde tiempos inmemoriales.

Cuando entré en la cocina, me sorprendió no encontrar allí a Elisa. El café aún estaba muy caliente, así que deduje que debía de haber salido a tomarlo fuera. Abrí la puerta de entrada y la encontré sentada en el banco de madera de color azul claro en el que siempre pasábamos las horas al sol cuando íbamos al pueblo en verano. Empezaba a ser consciente de que cada jodido rincón de aquella casa estaba unido a un millón de recuerdos y que cada uno de ellos tenía la capacidad de romperme el corazón.

—Buenos días —la saludé.

—Buenos días.

Solo necesité escuchar su tono de voz y fijarme en la mirada que me dirigía para darme cuenta de que la Elisa de la noche anterior se había perdido en algún momento de las horas de insomnio que se reflejaban en sus ojeras marcadas. Y quise seguir hablando para comprobarlo, para asegurarme de que volvía a tener ante mí a la enemiga que era ahora Elisa, no a la aliada que

había sido durante veinte años y una noche.

—¿Has desayunado? Pensaba hacer...

—No te molestes.

—Está bien. Voy a prepararme algo y salgo...

—No, David. Quiero estar sola. Mañana a estas horas ya habrás podido irte y yo volveré a mi vida normal.

—Claro.

32

Elisa

«A mi vida normal», le dije. Y quizá fue aquella la primera vez que *normalicé* el hecho de que lo que me esperaba en Madrid era un piso vacío y silencioso, un trabajo que me había apasionado durante décadas, pero en el que ahora me encontraba de baja porque no podía soportar ver nacimientos cuando en mi cabeza solo había muerte, y el duelo por mi única hija, que sabía que podría tener mil fases, pero jamás llegaría a la de aceptación.

La noche había sido dura. No recordaba haber cerrado el ojo ni un solo segundo en las pocas horas que pasé en la cama. A las siete y media ya estaba preparando la primera cafetera del día, porque lo que me rondaba la cabeza en la cama era tan feo y tan doloroso que al menos prefería estar levantada que cocinarlo a fuego lento entre las sábanas.

David se había enamorado de un hombre. Cuando lo que lo esperaba en casa era Blanca; tan bonita, tan divertida, tan soñadora. Tan ilusionada con la idea de tener un bebé. Tan satisfecha con todo, aunque en la agencia de viajes la explotaran y aunque su marido prefiriera pasar el tiempo con su monitor de pádel que con ella.

No sé si podría haber llegado a perdonarlo si Blanca no se hubiera ido. A eso de las seis de la mañana había llegado a la conclusión de que no. De que la única razón por la que me había ablandado con él era el hecho de que la infidelidad que dio lugar al final de su matrimonio hubiera sido con un hombre. Me había despertado una especie de instinto maternal, de protección hacia un chico perdido que había descubierto su sexualidad demasiado tarde y se había pasado la vida arrastrando problemas de ansiedad porque estaba intentando encajar en una relación en la que no cabía. Sí, eso era lo que me había ablandado la noche anterior. Queriendo ser una persona moderna y de mente abierta, me había dado miedo ser una homófoba de mierda si seguía rechazándolo como lo había hecho cuando había creído que en casa lo esperaba una mujer. Pero la madrugada me había hecho reflexionar y había llegado justamente a la conclusión contraria: homófobo era tratarlo como a alguien diferente por el hecho de ser gay. Respetar su sexualidad, la de David o la de cualquiera, es juzgarlo por la misma vara de medir siendo gay o hetero. Y esa vara de medir decía que había engañado a mi hija, primero confiando sus emociones más profundas a otra persona; después, entregando su cuerpo, su alma y su corazón a Marcos, mientras ella esperaba en casa a que a él se le pasara aquella supuesta «crisis de los treinta».

Lo odié. Otra vez.

Lo odié porque Blanca estaba muerta. Porque le había roto el corazón y yo no me había creído en cincuenta y tres años que aquella expresión pudiera tener algo de realidad. Hasta que me levanté una mañana y todo aquello en lo que siempre había creído saltó por los aires.

Catorce de noviembre. Una fecha que no olvidaría jamás. Era martes, tenía turno de mañana en la clínica y la noche anterior Blanca y yo nos habíamos quedado hasta tarde delante de la tele viendo una reposición de capítulos antiguos de *Sexo en Nueva York*, que debía de ser su serie favorita de todos los tiempos, a juzgar por la cantidad de veces que la había visto. Se me pegaron un poco las sábanas y tuve que hacer todas mis rutinas matutinas en la mitad de tiempo del habitual: me duché en dos minutos, preparé el desayuno en cuatro, me lo tomé en minuto y medio y me vestí en tres. Blanca había dejado la agencia, así que solía dormir hasta tarde cuando yo no

madrugaba, pero salía a darme un beso de buenos días cuando yo entraba de mañana.

Aquel día no lo hizo. Por lo que supe más tarde, aún en medio de una neblina de dolor, mientras yo me duchaba, me preparaba el desayuno, me lo tomaba y me vestía, ella ya yacía muerta sobre su cama. Tuve la sensación de que jamás me perdonaría aquella ausencia de instinto maternal que me había llevado a poder seguir con mi vida sin tener la menor intuición de que mi hija hubiera muerto mientras dormía.

Ni siquiera recuerdo cómo llamé a la ambulancia. Tampoco por qué lo hice, porque en el momento en que abrí la puerta de su cuarto y vi que no se despertaba, ni cuando la llamaba entre susurros, ni cuando elevé la voz, ni cuando me acerqué a la cama, ni cuando la toqué ni cuando la zarandé un poco, ya presa de los nervios..., supe que estaba muerta. Lo sabía, pero al mismo tiempo mi cerebro no tenía la capacidad para asimilarlo.

Las siguientes horas son una extraña nebulosa en mi cabeza, como si hubiera estado flotando en un líquido viscoso que me envolvía sin que yo pudiera salir de él. En algún momento de la mañana llegaron mis hermanos, mi sobrino, un par de compañeras de la clínica que eran buenas amigas, dos vecinas del bloque y los padres de David. Con ellos había tenido poco contacto desde que nuestros hijos se habían divorciado; bueno... tampoco habíamos tenido demasiado antes. Ellos llamaron a Sonia y Sonia a David. Escuchar su nombre fue lo primero que me hizo reaccionar en todo aquel día. Y lo hice gritando. Que no. Que no viniera. Que no se le ocurriera aparecer. Que no quería verlo. Que él le había roto el corazón y su agonía había durado ocho meses. Ni mis hermanos, ni mi sobrino ni ninguna de mis amigas consiguieron que me callara.

La autopsia determinó que Blanca había muerto por una insuficiencia cardíaca súbita provocada por una cardiopatía de origen congénito nunca diagnosticada. Cuando lo supe, ya había pasado el funeral, en el que David no respetó mis deseos de no dejarse ver, aunque se mantuvo en un discreto segundo plano junto a Sonia. También supe después que había estado en el tanatorio aprovechando unas horas en las que mis hermanos me habían obligado a marcharme a casa a descansar; Sonia lo había avisado.

A mí me daban igual las palabras «cardiopatía congénita». De hecho, por consejo de mi médico de cabecera, debía hacerme lo antes posible unas pruebas para determinar si yo también estaba afectada por aquella dolencia, aunque ya me había advertido que, en caso de ser así, poco se podía hacer para evitar un desenlace que, dependiendo del caso, podría tardar años en llegar o no, en la medida en que el corazón se fuera desgastando.

También me daba igual eso. Yo había tenido durante treinta y un años y medio una hija perfectamente sana, que no había ido al médico mucho más que a revisiones rutinarias en toda su vida. Creo recordar que tuvo una gripe cuando estaba en la universidad, se hizo un esguince de tobillo jugando al baloncesto en el instituto y le empastaron una caries hacía un par de años. Esas eran las tres líneas de su historial médico. Y después, cuando la vida le sonreía y creía que ningún obstáculo se interpondría en su camino, su marido se había largado con otra persona, ella había pasado meses destrozada y, un día, su corazón no aguantó más y murió. Dos más dos... cuatro. De toda la vida.

33

David

Me serví un café sin querer pensar demasiado en Elisa. Si había una cosa que podía entender en una persona rota era que cambiara de humor con facilidad. Algo sabía Marcos de eso. Llevaba meses soportando que a las siete de la tarde me pareciera una idea genial irnos al cine y a cenar, y a las siete y dos minutos estuviera tirado en la cama, inmovilizado por la ansiedad y la pena, y acabara quedándome en casa. Solo faltaría que no tuviera yo disponible toda mi comprensión para una mujer que había perdido mucho más que yo y, lo que es peor, que tenía muchas menos perspectivas ilusionantes en el horizonte. Quizá ninguna.

Me preparé unos huevos revueltos y hasta pasé por la sartén un par de lonchas de jamón serrano, que siempre era bastante mejor opción que el bacón. Los comí en silencio, observando el perfil de Elisa, que me quedaba en la trayectoria visual por la ventana. Tenía la mirada perdida en los árboles que abarcaban una superficie infinita ante la casa, en la nieve que los cubría, en el cielo... o quizá en nada de todo ello. Sus manos se enlazaban alrededor de una taza de café que ya apenas humeaba, así que supuse que no tardaría en volver a rellenarla.

No esperó ni diez minutos. Entró en la cocina con la espalda estirada en una postura casi artificial y gesto ausente. Elisa había tenido una belleza algo anodina en su juventud, según ella misma reconocía. Era un poco andrógina, en una época en que la belleza femenina se medía en curvas y valles. Siempre había sido muy alta, muy delgada y con el pelo muy liso y largo. Blanca solía bromear con que, si hubiera nacido treinta años después, los diseñadores se hubieran matado por conseguir que desfilara para ellos vestida de alta costura. Tenía ese porte, además, de mujer elegante, aunque nunca había mostrado especial interés por la moda o las tendencias. Sin embargo, aquella mañana de sábado, en la cocina en la que había pasado su infancia, a Elisa se le notaban todos y cada uno de los cincuenta y tres años que tenía; o quizá unos cuantos más. Había dejado de teñirse el pelo —siempre de un negro azabache— y una buena franja de cabello blanco asomaba por las raíces. El gesto serio acentuaba las arrugas que ya tenía alrededor de los ojos y los labios. Y no había que conocerla tan bien como lo hacía yo para darse cuenta de que era una mujer hecha añicos.

—Han quedado huevos revueltos en la sartén, por si te apetecen —le dije, fingiendo no darme cuenta de que no quería ni verme.

—¿Cuándo lo supo? —Ahí estaba. De nuevo la Elisa de la noche anterior, o una muy parecida, queriendo conocer cada detalle de aquello que había ocurrido, porque eso la acercaba a la persona más importante de su vida como ya ninguna otra cosa podría hacerlo.

—¿Qué?

—Blanca... ¿Le dijiste que la dejabas por otro hombre?

—Elisa, siéntate. Si vamos a hablar, será mejor que vayamos al salón. No se nos da demasiado bien condensar estas conversaciones en algo breve, ¿no?

—Está bien.

Exhalé un suspiro cuando aceptó, porque aún me quedaban muchísimas cosas que contarle a aquella mujer y había decidido en algún momento de la mañana que se las diría todas aquel fin de semana, casi aceptando la jugada que nos había hecho el clima como un guiño del destino para

que, si no volvíamos a vernos nunca, no me quedara nada importante por explicarle.

La chimenea bañaba el salón de un color especial y los dos nos sentamos frente a ella para empaparnos de su calor. La nieve había dejado de caer en algún momento de la noche, pero las quitanieves iban a tener que trabajar duro para conseguir que saliéramos de allí al día siguiente.

—Vamos a ver... —Me incliné sobre la mesa de centro, donde Elisa había dejado su caja de galletas surtidas y cogí un par; siempre me había parecido increíble que el chocolate no se vendiera en farmacias como remedio para cualquier mal—. No, no le dije a Blanca que la dejaba por otro hombre. Cumplí con todos los tópicos de tío cobarde que deja a su mujer por otra persona. Ya sabes... «no eres tú, soy yo», «te quiero, pero no estoy enamorado de ti» y «ya no siento lo que tendría que sentir». Que eran todos ciertos, pero vergüenza debería de darme no utilizar al menos una frase que no hayan utilizado millones de personas a lo largo de la historia.

—Pero ella se dio cuenta...

—Claro que se dio cuenta. Fue directa, a pesar de que estaba destrozada. —Tuve que tragar saliva fuerte un par de veces al recordar aquella noche aciaga en que le hice por primera vez un daño infinito a alguien a quien quería—. Me preguntó si había otra persona y, después de dar un par de rodeos, le dije que sí. Ella quiso saber más, quiso saber quién era, dónde *la* había conocido y todas esas cosas. Esquivé sus preguntas... No fue una noche fácil. Acabó echándome de casa y jurándome que jamás volvería a dirigirme la palabra.

—Y te marchaste.

—Sí. Me fui a un hotel. Me sentía sucio y no quise ir a casa de Marcos. Necesitaba unos días, además de que tenía la esperanza de que Blanca se calmara un poco y pudiéramos tener un divorcio civilizado. Como bien sabes, no lo conseguí...

—Tampoco es que te lo pusiera muy difícil. Si de ella hubiera dependido, te habrías quedado con todo.

—Ya, pero es que yo no lo quería todo. Y no estoy hablando solo de cosas materiales. Esperaba que pudiéramos, no sé... hablar. Solo eso. Pero a los dos días recibí una llamada de su abogado y nunca conseguí volver a localizarla en el móvil.

—Bloqueé tu número. Bueno... bloqueó a todo el mundo. Ni siquiera quería hablar con Sonia.

—Lo sé. Por si todo lo que estaba pasando no fuera lo suficientemente duro, Sonia me reprochó que había perdido a su mejor amiga por mi culpa. El caso es que no logré hablar con ella ni para las cuestiones más prácticas. Yo tenía cosas en el piso que necesitaba... Bueno, qué te voy a contar, supongo que tú fuiste la que estuvo en primera línea de apoyo en aquel momento.

—Sí. No fueron tiempos sencillos.

—No, no lo fueron. —Suspiré, porque aquellos tres meses habían sido sin duda lo peor de todo; tres meses sin hablar con una persona con la que había hablado todos y cada uno de los días de mi vida desde que tenía catorce años—. A mediados de julio, mi abogado me llamó, me dijo que había llegado a un acuerdo con el de Blanca y que podíamos ratificar el divorcio en los juzgados en unos días. Supuse que ella iría en otro momento, no teníamos por qué estar los dos juntos, pero...

—Me dijo que quería verte una última vez. —Elisa lo soltó así, de repente, como si fuera un comentario trivial, aunque a mí me clavó algo en el corazón.

—No lo sabía. No fue eso lo que me dijo. No fue... agradable. Pero conseguí que aceptara venir a dar un paseo conmigo. Y se lo conté todo.

—¿Que la habías dejado por un hombre?

—Sí. Todo. Tenía claro que nunca volvería a verla, había tenido tres meses para asumir que

no se iba a ablandar. Y no podía permitir que una persona a la que había querido tanto, a la que aún quería tanto..., rehiciera su vida sobre la base de una mentira. Ella no podía reconstruirse pensando que yo estaba con otra mujer, quizá más guapa que ella o más inteligente o más joven. No se lo merecía. Merecía saber que, si me había enamorado de otra persona, era porque podía darme algo que ella nunca podría.

—¿Cómo se lo tomó?

—Pues... ¡fatal! —Me reí y Elisa me miró con cara de incompreensión—. Me dijo que sería una fase, que estaría experimentando, que cómo me atrevía a llamar amor a algo así, que algún día me arrepentiría de haber hecho esa locura... Se largó corriendo y pensé que ese era el final.

—Sí, lo recuerdo. Me llamó destrozada el día del divorcio; había estado medio enferma toda esa semana y supuse que habría sido todo el estrés de firmar los papeles y tener que empezar de cero de verdad. Vender el piso y todas esas cosas que acordasteis.

—Ya... Bueno... Voy... voy a fumar fuera. ¿Te... te importa? —Señalé hacia su paquete de tabaco.

—No, claro que no, pero... ¿qué pasa, David?

—Nada.

—No, en serio, ¿qué pasa?

—No puedo hablar de esto ahora.

Salí porque no me podía quedar dentro. Porque tenía demasiadas cosas que contarle y no a todas me había atrevido aún. Me apoyé en la fachada de piedra de la casa y cerré los ojos. Pensé en mil y una maneras de continuar adelante con aquella conversación y la única que se me ocurrió fue una a medio camino entre la verdad y la mentira. Apagué el cigarrillo en el cenicero que Elisa había dejado sobre el banco de madera y regresé dentro.

—Perdona... Estas cosas... aún me siguen afectando mucho.

—Comprendo —me dijo, aunque supe que era consciente de que algo más había detrás de mi huida. Al fin y al cabo, no hacía ni veinticuatro horas que le había demostrado que mi especialidad era salir corriendo cuando algo se me atravesaba en la garganta.

—El caso es que... al cabo de un par de días me llamó. Me pidió que quedáramos en un lugar tranquilo y fuimos al Retiro a pasear. Hacía un calor de mil demonios, así que acabamos pasando la tarde sentados bajo un árbol, a la sombra, hablando de mil cosas.

—¿Así de fácil?

—Vamos, Elisa, nadie conocía a Blanca mejor que tú. Ella ya había tenido su explosión, sus ganas de matarme por haberla dejado por un tío. Cuando se calmó, vio las cosas algo más claras. Me dijo que se había dado cuenta de que sus frases habían sido muy ofensivas y homófobas y que necesitaría algún tiempo para asumirlo del todo, pero que quería estar a mi lado para que superáramos juntos lo que nos había pasado. Que hasta aquel momento creía que solo le había pasado a ella, pero que había entendido con mi confesión que había sido un trago duro para los dos.

—No parece haber olvidado ni una frase.

—No, no lo he hecho...

—Y volvisteis a ser amigos.

—Más o menos, sí. Estábamos... estábamos a punto de serlo del todo cuando...

—¿De serlo del todo?

—Iba a conocer a Marcos.

—¿En serio? —Juraría que lo que pude ver en su rostro era estupefacción, aunque ella debía conocer a Blanca lo suficiente como para saber que esa reacción era muy propia de ella.

—Sí. Pero... ya no hubo tiempo.

34

Elisa

Cerré los ojos cuando dijo la mayor verdad de todas, que ya no había habido tiempo. Ni para que Blanca conociera al novio de su exmarido, por muy surrealista que me resultara el planteamiento..., ni para nada más. Quizá solo para aquello que hacíamos. Para hablar, desvelar algunos secretos y debatir sobre cuestiones para las que ninguno de los dos teníamos respuesta.

—¿Crees que tenía razón? —le pregunté.

—¿En qué? ¿En perdonarme?

—No. En lo de que las cosas que te dijo eran ofensivas y homófobas.

—Bueno... He hablado mucho con Marcos sobre ello. Él salió del armario a los dieciséis, así que lo sabe todo sobre prejuicios, ofensas y homofobia. Su abuela sigue creyendo hoy en día que es *una fase*, aunque hace veintitrés años que le contó que era gay.

—Sí, de acuerdo, Blanca te soltó unos cuantos clichés, pero no la compares con una abuela que puede que ni sepa lo que es exactamente ser homosexual.

—Ya, ya, lo sé. ¿A dónde quieres llegar, Elisa?

—A que a mí me parece que alguien tiene el mismo derecho a odiar a su pareja si la deja por una mujer que por un hombre.

—Nunca te lo he negado.

—¿En serio?

—Como te dije ayer, yo jamás me habría enamorado de otra mujer. Y ni siquiera me vale eso de «nunca se sabe» porque yo sí lo sé. Pero tampoco creo que haberla dejado por un hombre me convierta en mejor o peor persona. Como mucho... es algo diferente. Un atenuante, si quieres, porque la dejé por alguien que podía darme lo que ella no. Pero sin más. No me siento menos culpable por haberla engañado que si Marcos se llamara Patricia.

—Jodido David... —se me escapó en voz alta.

—¿Qué? —Él se rio, supongo que porque lo sorprendió mi comentario.

—Que eso que has dicho es a lo que llevo dando vueltas toda la noche. Y me encantaría que dijeras lo contrario, para poder discutir, pero... me alegra que entiendas que, para mí, engañaste a mi hija. Le hiciste daño. Y la destrozaste.

—Ya lo sé, Elisa... —dijo, en un susurro.

—Empatizo con todo lo que tiene que ver con tu salida del armario, la dificultad para asimilarlo, incluso la sorpresa de encontrarte con esos sentimientos cuando llevabas una eternidad con tu mujer y ni podrías imaginarte que te ocurriría algo así. Pero hasta ahí. Que le fueras infiel a Blanca y acabaras dejándola por otra persona... para mí es la misma traición.

—Sí.

El silencio cundió en el salón. Dentro de toda la locura que estaban siendo esos días, no teníamos ni idea de en qué hora vivíamos, a pesar de tener un reloj de pared en el salón que no había fallado en sesenta años. En aquel momento era la hora en que deberíamos empezar a preparar la comida, pero no teníamos ninguna intención. David casi acababa de desayunar y yo tenía el habitual nudo en el estómago que solo se disolvía en café, nicotina y azúcar.

—¿Lo saben tus padres? —le pregunté. Me sorprendió haber tardado tanto en hacerlo. Por

momentos, durante aquella conversación, me apetecía tener un cuaderno en la mano para apuntar las cosas que se me pasaban por la cabeza mientras hablábamos, para no dejarme nada en el tintero.

—Sí. No... no tengo relación con ellos desde hace unos meses. Solo los vi cuando... cuando Blanca...

—Ya.

Los padres de David siempre habían sido unos rancios. Podría dar mil vueltas al diccionario para expresarlo de otra manera, pero no encontraría una palabra más adecuada que esa. Eran un poco el prototipo de gente que se había instalado en la urbanización de enfrente del instituto del barrio en los noventa. Con buena situación económica, pero no lo suficiente como para poder vivir en barrios más pudientes. Trabajadores, tranquilos, conservadores. Aburridísimos. Y bastante poco comprensivos con sus hijos; tanto Sonia como David dedicaron incontables horas de la adolescencia a protestar por las normas tan estrictas que les imponían, sentados en el sofá del salón de mi piso. Habían montado en cólera cuando Sonia había renunciado a trabajar en la empresa familiar para quedarse a vivir en Estocolmo tras el Erasmus, y casi más cuando les comunicó que no tenía intención de casarse ni de ser madre. La consecuencia más directa de aquello fue que redoblaron tantos esfuerzos en la boda de Blanca y David que podría haber acabado celebrándose en el Palacio Real. No, no tenían pinta de ser gente que acogería con empatía la salida del armario de su primogénito.

—Cuando se lo conté a Blanca, me sentí... liberado. Por dejar de mentirle a ella, pero también porque vi la mejor cara del ser humano. Ella siempre tuvo esa cualidad... —David sonrió, pero fue una sonrisa tan triste que me dolió—. Así que decidí que, ya que había dado el paso más difícil, que era hacerle daño a la única persona que tenía derecho a sentirse dolida por que yo fuera gay, todo lo que viniera a continuación sería más sencillo. Se lo conté a un par de amigos y, con el resto, lo que hice fue no ocultarme. Empecé a salir con Marcos con normalidad, sin escondernos. Y reuní el valor para hablar con mis padres.

—¿Muy mal?

—Peor. Mi madre hasta me dio una bofetada, como si yo fuera un adolescente al que ha pillado borracho o algo así. Mi padre me dijo que se arrepentía de haber puesto la empresa a mi nombre al jubilarse. Me dijeron que, si algún día entraba en razón, allí tendría su casa y no volveríamos a hablar nunca de ello. Pero que mientras siguiera manteniendo ese *estilo de vida* no querían volver a verme. Las cosas están tan mal entre nosotros que hasta me sorprendió que me saludaran cuando pasó lo de Blanca.

—¿Y Sonia?

—Sonia está destrozada. Menos mal que tiene a Manuel y allí en Suecia, al menos, están alejados del follón. Pero en el último año ha perdido a su mejor amiga y su familia se ha roto en mil pedazos.

—Pero te apoya, ¿no? —Odí el tono de esperanza que noté en mi voz, y que estoy segura de que a David no le pasó desapercibido, porque me habría costado creer que Sonia, aquella chica a la que había llegado a conocer tan bien cuando era muy joven, hubiera rechazado a su hermano por su condición sexual.

—Al cien por cien. Le dolió mucho el divorcio. Muchísimo. Y estuvo muy cabreada conmigo hasta que le conté todo.

—Alguna vez me ha llamado en estas semanas. Tu hermana es una persona maravillosa.

—Sí que lo es.

35

David

Hablar de mi familia me dejó muy blandito. Mis padres nunca habían sido dos personas afectuosas, ni siquiera durante mi infancia o la de Sonia, pero... joder, eran mis padres. Una cosa es no esperar verlos subidos a una carroza en el desfile del Orgullo y otra comprender que pudieran repudiar a un hijo por su condición sexual. No había pasado un solo día sin que me doliera. Y ya tenía demasiados dolores cotidianos como para que se fueran sumando unos a otros.

En los meses que llevábamos juntos, había conocido a los padres de Marcos. Nos habíamos escapado un fin de semana largo de octubre a Málaga, donde vivían desde hacía unos años. Sus padres no eran unos tíos modernos ni especialmente progresistas, por lo que pude observar en las pocas conversaciones que tuvimos esos días sobre diferentes temas, pero adoraban a su hijo. Y le ponían un plato de comida y un juego de toallas sobre la cama al novio con el que él compartía dormitorio. Y nos trataban como a una pareja *normal*, que es básicamente lo que éramos.

Si no hubiera tenido a Sonia a mi lado, mandándome un *whatsapp* cada mañana, todas y cada una de las mañanas desde que supo que nuestros padres habían decidido alejarme, no tengo ni idea de cómo habría sobrevivido. No sé de dónde coño se las sacaba, pero cada día me enviaba una frase motivadora, a veces una cita de algún autor conocido; otras, reflexiones que se le ocurrían. Ninguna me llegó tan adentro como las veces que debía de estar con la imaginación oxidada pero el amor fraternal intacto, y solo me decía «te quiero» o «no te olvides de lo mucho que vales».

Pero el rechazo de mis padres seguía doliendo. Siempre lo haría, aunque hubiera empezado a aprender a vivir con ello en los últimos tiempos. Después de la muerte de Blanca, empecé a sentir un profundo desprecio hacia quien es incapaz de valorar la maravilla que significa estar vivo, levantarte cada mañana junto a la persona con la que llevas décadas casado, con la que tienes dos hijos sanos y felices..., aunque uno de ellos sea un tío y se acueste con otro tío. No pude evitar que mis padres me provocaran un hondo sentimiento de decepción que, paradójicamente, alivió un poco el dolor de su ausencia.

Quizá por eso me había importado tanto desde el principio la opinión de Elisa. Porque ella había sido la *madre* comprensiva que habíamos tenido Sonia y yo cuando la nuestra no estaba disponible. Porque conocía sus ideas, su falta de prejuicios, el enorme cariño que había sentido por mí hasta ocho meses atrás. Si hubiera tenido un mínimo de inteligencia emocional, no habría confiado tantas esperanzas de comprensión a una mujer que me odiaba desde que el corazón de su hija se había parado. Pero algo me decía que ella no me fallaría. No a la larga. Aunque se creyeran muy diferentes..., en eso Blanca y ella eran como dos gotas de agua.

—Siento mucho que las cosas estén así en tu casa. —Levanté la mirada hacia ella y vi una sinceridad inmensa—. Lo digo en serio. Yo tengo razones para estar muy cabreada y muy dolida contigo, pero ellos no.

Me reí, no pude evitarlo. Pero Elisa no lo malinterpretó. Es que tenía razón. Joder, tenía toda la razón. Yo le había hecho un daño infinito a Blanca, por más que tuviera derecho a buscar mi propia felicidad. Ellas sí podían odiarme; no por ser gay, sino por haberme enamorado de cualquier otra persona que no fuera ella. Pero ¿mis padres? A ellos les había importado una mierda Blanca, ni siquiera habían preguntado por cómo se encontraba después del divorcio. Lo

único que los había ofendido era que yo no encajara en la imagen que tenían de lo que debía ser su hijo: un buen chico, estudioso, responsable y, por descontado, heterosexual. Por supuesto que no tenían derecho a tratarme como lo habían hecho.

—Si te sirve de consuelo, Elisa... Estoy bien jodido. —Me levanté, eché un par de troncos más a la chimenea, cogí otro cigarrillo y me di la absolución mental por la que ya era una más que evidente recaída en lo de volver a fumar—. Mis padres me odian, tú me odias, he perdido a Blanca y con Marcos es todo un desastre porque yo lo soy. Supongo que, antes o después, se cansará y entonces ya sí que me quedaré solo del todo.

Lo dije casi como un comentario más. Como si aquella no fuera la mayor verdad de todas, la que más dolía. Mi mayor miedo. Me apoyé en la pared junto a la chimenea y noté el calor ascendiendo por mis piernas mientras daba caladas largas y profundas al pitillo.

Elisa no dijo nada. Podría haberme mentado. Podría haberme consolado diciendo que ella no me odiaba, pero no tenía por qué hacerlo. No era la verdad.

36

Elisa

No me enorgullezco de decir que me alegré de que sufriera. De que estuviera a punto de perderlo todo. De que su vida también pareciera querer volar por los aires como lo había hecho la mía. No me enorgullezco porque yo siempre había sido una buena persona y aquello me enfangaba en un lodo de rencor y toxicidad que, incluso en medio de la neblina de dolor, era capaz de ver.

—Pues a mí no me sorprende tanto. —Se lo dije como podría haber dicho cualquier cosa. Cualquier cosa que me evitara la necesidad de consolarlo, que me ardía bajo la piel. Casi me parecía estar escuchando a Blanca susurrarme al oído que eso era lo que tenía que hacer—. Si es que te interesa en algo mi opinión, vaya.

—¿Disculpa? —Salió de aquel trance de dolor en el que lo habían dejado inmerso sus palabras anteriores y me miró con los ojos como platos—. ¿No te ha sorprendido *nada* de lo que te he contado?

—Sí, David, pues claro que me ha sorprendido. Pero porque te conozco desde que eras un mocoso y te he visto enamorado de mi hija la mitad de mi vida. —Me quedé unos segundos en silencio porque fui consciente en ese preciso instante de que ya podía hablar de Blanca; que me había pasado días sin poder decir apenas su nombre, sin poder recordar el momento en que se había ido, pero, al compartirlo con David, podía hablar de ello sin que la voz se me perdiera por el camino de las lágrimas. Borré el pensamiento tan rápido como llegó, pero, durante un segundo, sentí que eso solo podía ocurrir porque estaba ante alguien con el corazón tan desgarrado como el mío—. Pero si nunca hubieras estado con Blanca, si solo hubieras sido su mejor amigo..., estoy segura de que habría apostado con mi hija a que eras gay.

—Pues podrías haberme dicho esto a los dieciséis años y me habrías ahorrado un montón de disgustos. —Iba a interrumpirlo cuando él mismo se dio cuenta de lo que había dicho—. Perdona, joder, ha sonado fatal. Quiero decir que... me parece increíble que digas eso cuando ni yo mismo me lo había planteado nunca.

—Ya. Y también te digo... me basaría en tópicos y prejuicios de mierda para hacer esa suposición.

—¿Por ejemplo?

—Bueno... resulta extraño encontrar a un adolescente que se pasa las tardes encerrado con una amiga más o menos de su edad sin padres a la vista y que nunca pase nada.

—Eso no suena demasiado bien, ¿no? ¿Es que un tío no puede querer a una chica solo como amiga?

—Sí, por supuesto que sí. Y eso es algo que siempre admiré de ti, que no eras como todos aquellos tíos salidos del instituto que estaban siempre rondando a Blanca y a tu hermana. Pero... es raro. Que fueras mucho menos pasional que mi hija, también. Que llegaras virgen a los veinte...

—Joder, Elisa, te sabes demasiados datos de mi vida —volvió a bromear, y esa vez yo me uní a la risa. Era cierto. Blanca siempre me había contado hasta el menor detalle.

—Me temo que sí.

—No sé... Quizá tengas razón. Quizá no es que siempre haya sido un tío poco pasional, poco interesado en el sexo... Tal vez la clave estuviera en que buscaba la pasión en algo que no iba a

funcionar para mí.

—Es posible. —Suspiré. No sé si había mucho más que decir—. ¿Te apetece comer algo?

37

David

Me sorprendió que Elisa propusiera comer, a pesar de que eran ya casi las cinco de la tarde. Se había saltado casi todas las comidas desde que me la había encontrado y me pareció buena señal que quisiera, al menos, intentarlo.

Me dirigí a la cocina y asumí que sería yo quien cocinaría. Elisa nunca había sido muy ducha entre fogones, al contrario que Blanca y yo, que disfrutábamos bastante cocinando en nuestro tiempo libre. Eché un vistazo a las cosas que Elisa había traído de Madrid, porque no podíamos seguir subsistiendo a base de huevos.

Por mi mente no dejaba de pasar un pensamiento, quizá el único que me quedaba por cerrar después de tantas conversaciones, pero lo puse en suspenso para intentar rebajar la intensidad del día.

—¿Espaguetis, tomate y latas de atún? —Me volví a mirarla y, para mi sorpresa, encontré una media sonrisa en su rostro sonrojado—. Sigues sin tener demasiada fe en tus habilidades culinarias, ¿no?

—Ni siquiera pensaba comer en todo el puente. —Suspiró—. Compré eso y los huevos por si en algún momento me entraba el hambre.

—¿Qué hay en la bodega?

—Un jamón, chorizos, algunas conservas... Y mermelada.

—Pues me parece que van a ser espaguetis con tomate. Les echaré chorizo por darle un poco de gracia al asunto, pero creo que hasta yo voy a salir de aquí suplicando por una ensalada.

Elisa se rio entre dientes y yo puse una olla al fuego. Hice lo que pude con los exiguos ingredientes de los que disponíamos y, un cuarto de hora después, nos sentamos a la mesa, que ella había puesto de nuevo, igual que el día anterior, casi como si estuviéramos estableciendo rutinas en aquella suspensión de la realidad en la que vivíamos.

Y entonces volvió a mi mente la duda que me atormentaba. Bueno... no me *atormentaba*, porque ese verbo lo tenía reservado a tantas situaciones que estaban ocurriendo en mi vida que no podía aplicarlo a algo que tampoco era para tanto.

—Elisa, ¿puedo hacerte una pregunta?

—¿Cuántas veces habremos dicho esa frase en un par de días? Deberíamos dejar claro desde ahora que podemos hacernos todas las preguntas.

—Tienes razón. Vale... pues mi pregunta es... ¿Por qué crees que Blanca no te lo contó? Quiero decir... Ella te lo contaba todo. Después de que yo me marchara, si cabe, más. Sabes cada detalle, cada conversación, cada reproche. No puedo... No me saco de la cabeza que quizá ella se avergonzara de mí, a pesar de que nunca me dio a entender que fuera así.

Elisa siguió comiendo, con una mueca enigmática en su cara mientras enrollaba los espaguetis con el tenedor. No entendí su silencio, que sabía que escondía algo, pero era incapaz de imaginar por dónde iban los tiros. Así que seguí hablando.

—Ella quería que me perdonaras. Eso me dijiste el jueves, ¿no? —Elisa asintió, pero siguió sin pronunciar palabra—. Sé lo insistente que podía ser Blanca. Debió de romperte la cabeza para que le hicieras caso, para que volvieras a hablarme.

—Sí.

—Y estoy seguro de que ella te conocía lo suficiente como para saber que, si te contaba que yo había conocido a un hombre..., habría más posibilidades de que me perdonaras. Sea justo o no, no volvamos a entrar en ese debate, pero... ¿por qué no te lo contó? Es que no se me va de la cabeza, joder.

38

Elisa

Acabé mi plato de espaguetis, que me había parecido demasiado grande cuando me lo había servido, y seguí mirándolo. Sabía que estaba completamente descolocado, que no entendía ni mi actitud ni mi silencio, pero había decidido dejarle unos minutos para que llegara él solo a la conclusión que yo tenía clarísima desde que me había enterado de que mi hija me había ocultado un dato tan trascendental de su divorcio como aquel.

—Pensé que la conocías mejor —le dije, queriendo hacerle daño, para qué mentir.

—Joder, Elisa, ¿qué pasa? Me estás volviendo loco.

—Blanca no te sacó del armario delante de mí porque no le correspondía a ella hacerlo. Y porque estoy segura de que ella tendría otros planes para ti. Por Dios, David, ¿es que no la veías en los últimos meses, después de que firmarais el divorcio? Seguiais viéndoos, ¿no?

—Sí, quedábamos de vez en cuando —me respondió, y me dio la sensación de que sus ojos ocultaban algo, pero preferí no pensar en ello porque no sabía si estaba preparada para más secretos.

—¿Y no la veías radiante? No feliz, aún no, pero... como hiperactiva. Quería viajar, dejó su trabajo, quería hacer las cosas con las que soñaba en la adolescencia...

—Sí, por supuesto. Pero... no te sigo. ¿Qué tiene eso que ver conmigo? ¿Conmigo y con contar o no mi situación?

—Que estoy segura de que Blanca tendría su propia hoja de ruta para ti. ¡Vamos! ¡Piensa un poco! —insistí—. Ella querría que tú salieras del armario por todo lo alto, probablemente subido a la carroza más alta del Orgullo, paseándote por el barrio de la mano de tu novio y morreándote con él en la puerta de la tienda de tus padres.

—Joder, ella me dijo una frase muy parecida a esa última cuando le conté que mis padres habían montado en cólera al enterarse.

—¿Lo ves? Blanca no me lo contó porque estaba esperando el momento en que tú reunieras el valor para hacerlo.

39

David

Supongo que lo entendí. Y digo *supongo* porque todavía estaba muy confuso en aquel momento. No solo con respecto a lo que Blanca hubiera podido hablar o no con Elisa, sino en general. Recapitulemos... Yo había llegado un jueves a última hora de la tarde a la casa del pueblo de mi exmujer para recoger unos esquís y la ropa de nieve. Me había encontrado a mi exsuegra. Habíamos intercambiado odio y culpabilidad, reproches y disculpas. Nos habíamos quedado atrapados por una nevada, con una condena a tres días de convivencia en una casa aislada en el medio de la montaña. Le había confesado que era gay, había expiado algunas de mis culpas por el daño que le había infligido a Blanca —y a ella misma, de forma directa e indirecta— y, en las últimas veinticuatro horas, habíamos alternado momentos de confesiones íntimas, casi como si fuéramos dos viejos amigos entre los que no existía el rencor, con debates y reflexiones trascendentales acerca de la sexualidad, el amor y la vida, en general. No, no es que estuviera confuso. Estaba agotado. Y Elisa también debía de estarlo, pues me comentó que iba a echarse un rato en su cuarto, porque había pasado la noche en vela y la sobremesa le estaba cerrando los párpados.

Yo decidí quedarme en el sofá, aunque lo cierto es que también la modorra empezaba a vencerme. Sabía que debía salir a llamar a Marcos, pero ganó la batalla la apatía y me tumbé bajo la manta calcetada que siempre estaba colocada sobre el respaldo del sillón. Maldije la falta de cobertura de la casa, como tantas veces había hecho en otras escapadas allí, en otros tiempos. Blanca discutía —a veces creo que porque le encantaba pincharme— y me decía que justo eso era lo que más le gustaba a ella de aquel lugar. Es cierto que su profesión siempre fue más asfixiante que la mía en ese sentido. A pesar de ser el director general, una cadena de electrodomésticos no es un negocio en el que surjan demasiadas emergencias si las tiendas no están abiertas y, además, yo contaba con un buen equipo de encargados que gestionaban las necesidades más inmediatas. Pero Blanca trabajaba en una agencia de viajes cuyo jefe tenía la manía de dar el móvil personal de las agentes a algunos clientes importantes, y más de una vez nos despertó una llamada a las cinco de la mañana desde Tailandia porque a algún viajero se le había perdido la maleta en el aeropuerto. Así que Blanca adoraba estar allí, sin llamadas de trabajo que interrumpieran su descanso, pero también sin la tentación de pasar el tiempo distraídos con las redes sociales en lugar de hablando o teniendo juntos eso que se llama «tiempo de calidad».

Tuvieron que pasar muchos años y la mayor desgracia de mi vida para que le diera la razón. Aunque en aquel momento me encantaría poder mandarle un mensaje a Marcos sin moverme de la comodidad del sofá, solo para decirle que todo seguía en orden, que lo quería y que estaba deseando verlo al día siguiente. Todas esas cosas eran verdad. También podría haber matado el tiempo entrando en Facebook o echando un vistazo al correo de trabajo para ver si podía adelantar algunas tareas de la semana siguiente. A pesar de todo..., prefería la desconexión. Me recordaba a los tiempos en que Blanca y yo podíamos pasarnos horas y horas, durante unas vacaciones de verano o un puente largo de invierno, sentados en aquel mismo sofá, con nuestros dedos rozándose y debatiendo sobre los temas más peregrinos imaginables. Joder, cuánto la echaba de menos...

Y también fue aquel aislamiento el que me llevó a hablar con Elisa. Quizá si por casualidad nos hubiéramos encontrado en la calle y hubiera aceptado pararse conmigo, no habría sido capaz de abrirme como lo hice en aquellos días en el pueblo. No, *quizá* no. Estaba seguro de ello. Y aún me quedaba lo más duro por contar. Algo que no sabía si iba a acabar de romperla del todo o a aliviar un poco el peso de dolor que cargaba sobre los hombros. Solo esperaba que ella sacara el tema, ya que yo alguna pista había dejado sobre la mesa, porque, por más valor que intentaba reunir, era incapaz de encontrar el modo de decírselo.

40

Elisa

Cuando desperté ya era de noche. No es que hubiera dormido mucho; el cielo empezaba a oscurecer cuando me había tumbado en la cama. Me despertó el chirriar pesado de la puerta de madera de la entrada y supuse que David habría salido al comienzo del camino a llamar a ese chico. Aún me costaba decir su nombre.

Me había acostado con el runrún de todas las conversaciones pasadas haciendo eco en mi cabeza, igual que la noche anterior, pero en esta ocasión el sueño había sido más fuerte que yo y me había vencido. Por suerte. Pero algo quedaba, algún poso. No pude evitar, mientras me metía en el cuarto de baño a asearme un poco antes de bajar a compartir tiempo con mi inesperado invitado, darles vueltas a todos los temas que habíamos tocado. Buscaba algo que hubiera quedado sin cerrar, algo que no acabara de encajarme.

Bien... David había descubierto, unos años antes de marcharse, que se sentía atraído por su monitor de pádel, convertido en su mejor amigo, y había vivido una crisis con diferentes altibajos. Al final, decidió apostar por esa relación, se fue de casa y, tres meses después, firmó el divorcio con Blanca. Hasta ahí todo bien. Después Blanca había querido escucharlo, había comprendido la difícil situación a la que él se había enfrentado y lo había perdonado. Eso también lo había captado. Blanca había decidido no contarme nada, probablemente —según mi propia deducción—, para esperar a que David lo hiciera por sí mismo. También lo entendía. Y luego había temas transversales que habíamos tocado, como la reacción de la familia de David, que no me podía sorprender porque era lo que esperaba de ellos.

Entonces, ¿cuál diablos era el asunto que mi subconsciente me recordaba que había quedado pendiente?

Bajé a la planta de abajo y encontré a David fumando junto a la ventana de la cocina. Hice un recuento mental de cuánto tabaco me quedaba, pero había sido previsora de más y tenía reservas suficientes. Y al fijarme en él, apoyado en la pared con expresión torturada, recordé el momento en que había huido de nuestra conversación por la mañana. Cuando había tenido que salir al porche a fumar porque le había afectado demasiado lo que hablábamos. No había sido, ni de lejos, la parte más tensa de todas las conversaciones que habíamos mantenido en esos dos días... Por lo que recordaba, yo solo le había dicho que la semana del divorcio ella estuvo fatal y que, después, se levantó de la cama, dejó su trabajo, se vino a vivir conmigo y decidió perdonarlo. ¿Qué coño le había afectado tanto de ese comentario?

No sabía si volvería a ver a David en algún momento de nuestras vidas. Lo más probable era que no, a no ser que nos encontráramos por el barrio en algún momento. Y si ya había exorcizado tantos demonios durante cuarenta y ocho horas, no me iba a pasar nada por sacar unos cuantos más a relucir. Al día siguiente volvería a Madrid con una maleta llena de pena, pérdida y desolación. No quería tener que reservar un espacio en el equipaje para las dudas. Lo que tuviéramos que hablar... se hablaría durante esos días.

41

David

Cuando regresé de hablar con Marcos, me sentía mejor de repente. Bueno..., no «de repente». Me sentía mejor por lo que había hablado con él. Pocas veces me había puesto en su piel a lo largo de aquellos meses. Sí antes, cuando ya teníamos una relación incipiente y él asistía a diario a mis evasivas para romper mi matrimonio y lanzarme de verdad a vivir lo nuestro, que no tenía ninguna duda de que era lo que quería. Pero desde hacía unos meses, yo vivía mi dolor de forma egoísta, sin dejar a Marcos entrar, negándole el derecho a intentar ayudarme, manteniéndolo al margen. Y me lo estaba cargando. Me estaba cargando una de las mejores cosas que me habían pasado en la vida.

No creo que la actitud de Marcos fuera diferente en esa llamada que en los veinticinco días anteriores. El que había cambiado era yo. Por eso aquella tarde fui capaz de escuchar de verdad cuando me dijo que respetaba mi dolor, claro que sí; que estaba a mi lado, cogido de mi mano, para ayudarme a aprender a vivir con ello —lo adoré cuando no dijo «superarlo»—; que me daría lo que necesitara, tiempo, espacio, distancia o cercanía. Lo creí. Y supe que, en cierto modo, había interiorizado sus palabras porque una buena parte de mis demonios se habían quedado en la conversación con Elisa.

Al cabo de un rato bajó ella al salón, donde yo estaba distraído jugando con un palo largo de madera en las llamas de la chimenea. Si algo me gustaba del campo era la capacidad para pasarse las horas sin hacer nada productivo pero tan sano para el alma como mirar unas llamas y sentir su calor en la cara y en las manos.

Elisa me comentó que había puesto la radio en su cuarto y que la emisora local había confirmado que las quitanieves estarían trabajando en la aldea desde primera hora del día siguiente. Hacia el mediodía se esperaba que el camino estuviera despejado y pudiéramos sacar los coches. El tiempo había mejorado mucho; hacía ya más de veinticuatro horas que la nieve había dejado de caer y aquel día incluso había brillado el sol con fuerza por la mañana.

—Voy a preparar algo de cena —le anuncié, al tiempo que echaba un vistazo al reloj del salón y comprobaba que pasaba ya un rato largo de las diez de la noche—. A ver si conseguimos romper con este ritmo infernal de comer a las cinco de la tarde y cenar a las dos de la madrugada.

—Bueno... hoy ya es el último día —comentó, y me pareció ver una ráfaga de tristeza en sus ojos. Pero fue eso, una ráfaga, algo tan breve que bien podría habérmelo imaginado.

—Tendremos que darnos un homenaje gastronómico, entonces.

Le sonreí. Ella me devolvió el gesto. Me sentía de mejor humor, un poco desubicado; si pensaba en Blanca volvía a devorarme una añoranza infernal, pero había logrado salir del bucle de culpabilidad, secretos y vergüenza que me había engullido durante semanas. Quizá la clave había estado en compartir tanto con una mujer que era la única que podía entender mi dolor, aunque ella ni siquiera quisiera. Porque podíamos odiarnos, tenernos cariño, guardarnos rencor o compartir nuestros más profundos pensamientos, pero había algo que ni Elisa ni yo poníamos en duda: nadie había querido a Blanca tanto como nosotros.

Tenía claro lo que iba a preparar para cenar desde hacía horas. No es que las posibilidades fueran muy amplias, pero no entendí cómo no habíamos caído antes en la tentación de comernos un

buen bocadillo de jamón. Elisa solía decir que, si algún día la condenaban a muerte y tenía que elegir una última comida, sería un bocata de jamón y una Coca-Cola. Así que decidí que ese sería el menú y crucé los dedos para que el dolor nos permitiera condenarnos a la vida.

Preparé una tortilla francesa pequeña para darle algo de gracia a los bocadillos y unté un poco de salsa de tomate en el pan que acababa de tostar en la sartén. Era un pobre sustituto del *pa amb tomàquet*, pero tendría que valer. Elisa apareció en la cocina atraída por el olor a pan tostado y volvió a poner la mesa, como todas las veces anteriores. Casi me parecía que lleváramos dos meses en la casa del pueblo en lugar de dos días.

—No es que sea alta cocina, pero... —puse su plato frente a ella y abrí su lata de Coca-Cola —creo que servirá.

—Gracias.

Comimos en un silencio que solo se rompía con el crujir del pan bajo nuestros dientes y las burbujas de los refrescos chisporroteando en los vasos. Elisa seguía con un semblante tan triste que habría dado cualquier cosa por ser capaz de llevarme algo de su dolor, aunque tuviera que quedármelo yo para siempre.

—Mañana vuelves a Madrid, entonces... —la tanteé, porque en realidad no tenía ni idea de lo que era su vida en aquel momento, aunque me imaginaba que la palabra más acertada para definirlo sería «infierno».

—Sí...

—¿Estás trabajando?

—No. Estoy de baja por... por un tiempo, supongo.

—Ya.

No sabía qué decirle. ¿Qué palabra de consuelo hay para una mujer que ha perdido a su única hija? No existen. Alguien debería inventarlas. O no. Lo que deberían inventar es un método por el cual las mujeres de treinta y dos años con toda la vida por delante no se mueran una noche mientras duermen.

42

Elisa

Sabía que David estaba intentando sacar cualquier tema de conversación, pero a mí la cabeza no me permitía seguirlo. La tenía demasiado ocupada, dando vueltas en torno a lo mismo, a algo más que había allí, algo que había pasado entre ellos en la semana que firmaron el divorcio y que ninguno de los dos se había atrevido a contarme. Así que decidí tantearlo.

—Entonces... ¿se puede decir que Blanca y tú erais amigos después de firmar el divorcio?

—Emmmm... —Me miró sorprendido, como si ya no esperara que salieran más temas complicados en esas horas de cuenta atrás que faltaban para que pudiéramos salir de nuestro encierro forzoso. Pero, a la vez, me dio la sensación de que estaba aliviado por volver a ese lugar seguro que eran los recuerdos—. Creo que sí. No, no lo creo. Lo sé.

—Y ella iba a conocer a Marcos y todo eso, ¿no?

—Sí, esa era la idea.

—Ya...

Se detuvo un momento, con el bocadillo a medio camino entre el plato y la boca, y me miró como si quisiera preguntarme a dónde quería llegar con esas preguntas, pero debió de cambiar de idea y siguió masticando. Yo había devorado mi bocadillo en tiempo récord y me levanté a coger un yogur de la nevera. Con un gesto le pregunté si quería otro, pero negó con la cabeza.

—Y si con Blanca ya estaba todo solucionado y te había dado su aprobación, y con Marcos estabas viviendo una relación que empezaba y estabas enamorado...

—¿Sí? —me preguntó, con tanta prudencia en la voz que casi parecía miedo.

—¿Por qué me has dicho varias veces este fin de semana que llevas ocho meses destrozado y que Marcos ha tenido mucha paciencia y todo eso? —Fruncí el ceño, recopilando yo misma los pensamientos que me rondaban la cabeza—. Entiendo que lleves hecho polvo los últimos veinticinco días, claro, y también los primeros meses tras el divorcio, cuando Blanca no quería ni dirigirte la palabra, pero... ¿y el tiempo intermedio?

—Elisa, yo...

—¿Qué pasa, David? —Me puse seria. Quizá más seria de lo que había estado en toda mi vida—. Porque los dos sabemos que hay algo que no me estás contando y, después de tantas confesiones inesperadas en dos días, agradecería que no quedara nada en el tintero.

—No sé ni cómo empezar a explicarte...

—David, le rompiste el corazón a mi hija y la he perdido para siempre. —Se me rompió la voz y se me escapó una lágrima—. Creo que me merezco que me digas qué es lo que me estoy perdiendo. ¿Por qué saliste corriendo ayer cuando te hablé de la semana en que firmasteis el divorcio?

43

David

Al pie, junto a la línea de gol y con el portero vencido. Así me dejó Elisa aquella pelota para que yo al fin confesara el último de los secretos que me atormentaba guardarme dentro. Me estaban erosionando, joder. Así que hablé de la única manera que había aprendido desde que Elisa había empezado, dos días antes, a arrojarme su dolor en forma de puñales. Hablé defendiéndome.

—Yo no le rompí el corazón a Blanca. Blanca tenía una cardiopatía congénita incurable que había dejado su corazón al límite de sus fuerzas y estaba condenada a que, más pronto que tarde, le pasara lo que le pasó. Por muy horrible que fuera.

—¿Y tú cómo sabes eso? —me preguntó, con el ceño fruncido. Sonia me lo había contado unos días después del funeral; Elisa se lo había explicado durante una de las llamadas de mi hermana a la que había sido la madre de su mejor amiga.

—Me lo contó Sonia cuando le dijiste que habías recibido el resultado de la autopsia.

—Ah, vale.

—Pero yo ya lo sabía de antes.

—¿Qué?

—Elisa... —La miré, sabiendo que podía destrozarla más de lo que ya estaba, pero cumpliendo una promesa que había hecho unos cuantos meses atrás—. Blanca sabía que estaba enferma.

44

Elisa

Me tambaleé en la silla. Literalmente. Creo que, si hubiera estado de pie, me habría caído de cabeza contra el suelo. Mi cerebro llevaba veinticinco días sin dejar de dar vueltas a la idea de que mi hija había muerto de forma inesperada. No solo para todos los que la queríamos, sino también para ella. Que se habría ido a la cama aquella noche convencida de que la vida le sonreiría después del divorcio, que encontraría un trabajo que la llenara, que compartiríamos viajes, cenas, charlas y años por venir. Y que jamás habría esperado que pudiera no despertar a la mañana siguiente.

Pero era mentira. Ella lo había sabido. No tenía ni idea del tiempo que hacía que conocía su sentencia, pero un montón de piezas del rompecabezas que había sido aquel año aciago empezaron a encajar de una manera tan precisa que hasta me parecía oír los *clics* en mi cabeza. Dejar su trabajo, venirse a vivir conmigo, las cenas en el balcón, las películas que siempre había querido ver, las canciones que nunca se cansaba de escuchar... Disfrutar de cada día como si pudiera ser el último.

Claro...

David debió de darse cuenta del momento que estaba pasando y de que necesitaba atravesar en soledad aquel túnel de espejos distorsionados que era mi pensamiento, así que se levantó, dejó los platos en el fregadero y se dirigió al salón. Escuché como un par de troncos caían en la chimenea y también el rasgar de una cerilla que me trajo a continuación un leve rastro de olor a tabaco. Pero mis sentidos estaban anestesiados, quizá preguntándose cuántas emociones podía soportar un cuerpo humano en un solo fin de semana.

Respiré hondo y logré infundirme algo de calma. Tiré los restos de mi comida a la bolsa de basura, recogí el plato y me dirigí hacia el lugar donde encontraría unas respuestas que no sabía si me aliviarían el alma o me la robarían para siempre.

45

David

Ya estaba. Ya se lo había dicho. Blanca me había pedido unas semanas antes de morir que se lo contara a su madre cuando ella ya no estuviera. A pesar de que la conversación no podía ser más terrible, habíamos acabado riéndonos, cuando yo le pregunté cómo esperaba que se lo contara, si Elisa me odiaba, y Blanca me propuso que lo más prudente sería enviarle un *email*. Estaba de coña, obviamente, pero no voy a negar que pasé muchas horas después de que ella muriera pensando en cómo cojones se le decía a una madre que acaba de perder a su hija que ella era consciente de su enfermedad y había decidido no hacerla partícipe.

—Cuéntamelo todo.

Elisa se sentó a mi lado en el sofá, cogió un cigarrillo y lo encendió con parsimonia, rellenó los dos vasos de chupito que no nos habíamos molestado en recoger de la mesa la noche anterior y me lo puso así de fácil con solo dos palabras. Así que a mí ya solo me correspondía hacer una crónica de los hechos.

—Como ya te expliqué, el día que firmamos el divorcio yo le conté que la persona con la que estaba era Marcos, y ella reaccionó fatal y salió corriendo. Y que dos días más tarde me llamó para decirme que me perdonaba y que podíamos reconstruir una amistad sobre la base del enorme cariño que aún nos teníamos. Así... a grandes rasgos.

—Sí.

—A los pocos días de aquella llamada, me preguntó si sería posible que le concediera un fin de semana. Me extrañó muchísimo su petición, pero te juro que en aquel momento le habría bajado la luna si ese fuera su capricho, con tal de volver a verla sonreír. Me dijo que sentía la necesidad de hablar conmigo con calma para contarme algunas cosas y preguntarme bastantes más. Quedamos un par de fines de semana después y... vinimos aquí.

—¿Aquí? —Elisa se sorprendió. Supuse que pensaría que, después de nuestra separación, la casa había permanecido cerrada a cal y canto.

—Sí. Al principio me contó que era el único lugar del mundo que le infundía la calma suficiente como para afrontar la conversación que se nos venía encima. Luego supe que... que quería despedirse de la casa.

—¿Qué?

—Déjame que te lo cuente por orden. —Di un trago al chupito, más para mojarme los labios y tener un segundo para ordenar mis ideas que por necesidad—. Vinimos aquí, recogimos manzanas, paseamos al sol, comimos como cerdos y hablamos. Hablamos muchísimo. Casi como contigo este fin de semana, pero con treinta grados más. —Intenté hacer una broma ridícula y creo que la sonrisa que me dedicó Elisa fue de pura compasión—. La última noche me confesó que había algo más que empatía y mente abierta en su decisión de perdonarme por mi relación con Marcos. Había estado unos días enferma...

—Aquellos mareos que yo pensaba que eran del puro disgusto... —dijo en tono casi de descubrimiento, de sorpresa, de auténtica estupefacción por no haberse dado cuenta antes. Elisa era una madre, siempre lo sería aunque ya no tuviera hija, y también una profesional sanitaria; no haberse percatado de algo tan importante en la existencia de Blanca debía de estar volviéndola

loca.

—Aquellos mareos, sí. Ella también los achacó a todo el estrés y el sufrimiento de los meses anteriores, pero empezó a preocuparse en serio y pidió un chequeo médico completo. Hacía años que no se hacía más análisis que los de las revisiones médicas anuales del trabajo, que eran muy superficiales. El médico de cabecera la envió al cardiólogo y le hicieron diferentes pruebas...

—¿Tú estuviste allí con ella? —me preguntó, y sé que por su cabeza no dejaba de rondar la imagen de Blanca pasando por todo aquello sola.

—No. Yo aún no sabía nada; no me hablaba con ella, de hecho. Fue cuando le dieron los resultados cuando me llamó. Todo fue en la misma semana: sus pruebas, la firma del divorcio, los resultados y su llamada *de reconciliación*. Cuando me trajo aquí fue para contarme que no sabía si le quedaba demasiado tiempo y que... —la voz me falló— no quería pasar sus últimos meses enfadada con quien había sido la persona más importante de su vida.

—Ella sabía...

—Sabía que le quedaban unos meses. No exactamente cuántos, pero sí que, con toda probabilidad, menos de un año.

—Pero... pero...

Escuché un grito desgarrado que no me sobresaltó porque lo esperaba. Elisa se había roto del todo.

46

Elisa

No podía parar de llorar. No es que quisiera hacerlo, pero, incluso en el caso de que esa hubiera sido mi intención, habría sido incapaz de cumplirla. Cuando Blanca murió, pensaba que había alcanzado el punto más bajo de la desolación humana. Según fueron pasando los días, por desgracia, descubrí que eso no era ni mucho menos así. Aún quedaban las rutinas, los desayunos que ya nunca compartiríamos, las mil cosas que habría querido comentarle, la certeza de que no escucharía la puerta abrirse y que fuera ella o el silencio que me engullía en una casa que había sido mía durante más de treinta años y que de repente sentía ajena.

Y luego estaba el dolor de aquella confesión de David. Que no era de él en realidad, sino de Blanca; estaba segura de que él jamás me lo habría contado sin contar con su beneplácito. Aquel dolor conectaba con lo más primario del instinto maternal, con la necesidad de protección, con la fuerza sobrehumana para cargarse cualquier dolor a la espalda con tal de que no lo sufriera un hijo. Por eso había gritado. Porque no podía soportar la idea de que Blanca hubiera pasado los últimos meses de su vida sabiendo que iba a morir, que llevaba una bomba de relojería adosada al corazón, y no haber podido ayudarla en las dudas, las incertidumbres y el pavor puro que una noticia así debía de haber provocado en una persona que siempre había tenido tantísimas ganas de vivir.

Y entonces miré a David. Vi sus ojos llenos de lágrimas sin derramar y un genuino gesto de preocupación por mí. Y lo entendí. Entendí cuál había sido su misión en la vida de Blanca, mucho más importante que amarla durante más de una década. Había sido él el que había estado al otro lado del teléfono cuando mi hija necesitaba compartir sus miedos con la única persona que conocía su secreto.

—Gracias —le dije. Y rogué en silencio para que fuera consciente de cuán sincera estaba siendo.

Asintió en silencio y una lágrima furtiva cayó de sus ojos a la alfombra roída del salón. Lo había entendido. No sabía si algún día nos reconciliaríamos del todo, pero nuestras almas ya lo habían hecho en cierto modo.

—Por eso... —empecé, pero él me interrumpió.

—Por eso quiso dejarlo todo. Sacar de su vida todo lo que no la hacía feliz y entregarse en cuerpo y alma, como solo ella sabía hacerlo, a lo que la llenaba. Por eso se despidió del trabajo, dejó atrás el rencor hacia mí, se mudó a vivir contigo, te convenció para hacer ese viaje por Italia que llevabais años posponiendo y no se dejó ni una sola cosa por decir.

—Salvo las más importantes.

—No quiso hablar de nada que pudiera estropear las cosas. Que pudiera amargar el momento.

—¿Por eso no me contó lo de su enfermedad?

—Sí. Porque quería que disfrutais cada día como si fuese el último, pero sin esa sensación de cuenta atrás. Ella era capaz de olvidarla casi todo el rato, no sé ni cómo, pero sabía que tú no te lo sacarías de la cabeza.

—Pues claro que no.

—Dime, Elisa... ¿Fuisteis felices esos últimos meses de Blanca? Los cuatro meses que vivió

contigo, que viajasteis y todas esas cosas.

—Los más felices de mi vida.

—Pues entonces... ella consiguió su objetivo.

No es que hubiera dejado de llorar en ningún momento, pero..., después de aquellas palabras, de aquella constatación de la realidad de que Blanca había sido la persona más inteligente y generosa que llegaría a conocer en toda mi vida, el torrente de lágrimas se desbordó.

47

David

Ya estaba. Ya lo había dicho. El secreto de Blanca que había custodiado durante meses ya era de la persona a la que siempre le había pertenecido. En todo aquel tiempo, solo se lo había contado a Marcos, por pura necesidad de tener a alguien con quien desahogarme cuando me venía a la cabeza la certidumbre de que la mujer que había sido el amor de mi vida tenía los días contados. Ni siquiera a Sonia había llegado a confesárselo.

—¿Te pidió que me lo contaras? —me preguntó Elisa, cuando consiguió calmarse. Habíamos dejado de intentar consolarnos el uno al otro en algún momento del fin de semana. Había tanto dolor y tantos recuerdos que dolían que la mera presencia del otro era consuelo, sin necesidad de palabras, abrazos o gestos que intentaran llevarse una pena que era indeleble.

—Sí. No quería que tú... que...

—¿Qué?

—Que me acusaras de tener algo que ver en su muerte.

—Joder.

—¿Me lo habrías contado tú, Elisa? —Un enfado que había estado latente en mi cabeza salió a la superficie cuando ya no lo esperaba—. ¿Me habrías contado el resultado de la autopsia si yo no lo hubiera sabido?

—No lo sé... —la escuché dubitativa—. Supongo que no.

—¿Querías que no lo supiera? ¿Querías que pensara que de verdad yo había provocado que su corazón fallara?

—Cuando te dije eso en el funeral, aún no sabía...

—Pero no fue solo en el funeral. También me lo dijiste cuando llegué aquí. Tú sabías que tenía una enfermedad que iba deteriorando su corazón, pero querías que a mí me anidara la duda de si el disgusto que le provoqué marchándome podría haberla matado.

—Yo...

—Necesito un segundo a solas.

Siempre había sido mi táctica. Huir. Solo en los dos días y medio que llevaba en el pueblo ya era la tercera vez que tenía que salir al jardín armado con las dos únicas armas que me aliviaban: un cigarrillo y el recuerdo de que en casa, en Madrid, me esperaba un hombre al que amaba y que nunca me había juzgado, aunque se lo había puesto realmente difícil para no hacerlo.

No tardé demasiado en regresar y me encontré con algo que jamás habría imaginado el viernes al llegar al pueblo que recibiría por parte de Elisa. Una disculpa.

—Lo siento.

Asentí y volví al sofá, como si ese último arrebato de enfado no hubiera existido. Teníamos tantas inmensidades que recordar que no sería difícil olvidar las anécdotas intermedias.

—Puedes hablar, Elisa. —Le sonreí. Me levanté a la cocina y cogí otro par de Coca-Colas.

—¿Qué más sabes? Sobre... la enfermedad.

—Bueno, otro de los motivos por los que Blanca me dejó el encargo de que te lo contara fue para que supieras los detalles de la enfermedad. Tengo en casa un montón de informes médicos que te enviaré en cuanto llegue, pero lo más importante de todo es que puedes estar tranquila. El

médico de cabecera no puede saberlo porque es algo que se descubrió en pruebas mucho más profundas, pero el tipo concreto de patología que padecía Blanca se hereda por vía paterna.

—Hay que joderse —soltó, al tiempo que daba un manotazo al brazo del sofá.

—¿Qué pasa?

—Aquel cabrón primero me dejó embarazada de una hija que no quería y ahora sus genes me han robado lo que más he amado en la vida.

Aquella realidad tan paradójica y horrible me dejó sin palabras. Como no supe qué decir, me dediqué a lo único para lo que me había demostrado válido en las últimas cuarenta y ocho horas: avivar el fuego, fumar y observar.

48

Elisa

En cuanto las palabras que acababan de salir por mi boca calaron en mi mente consciente, quise arrancarme la lengua por haber dicho aquella barbaridad. Y necesité que David supiera que me arrepentía y, al mismo tiempo, me asusté por cuánto había llegado a importarme la opinión sobre mí de alguien a quien, hasta dos días antes, había llegado a odiar. O a creer que odiaba, ya ni siquiera lo sabía.

—No... no quería decir eso.

—¿El qué? —Me miró, sorprendido.

—Que me quedé embarazada de una hija a la que no quería.

—¿Por? No se puede decir que tu embarazo fuera planificado precisamente...

—Ya, pero...

—Pero el hecho de que ahora Blanca ya no esté no cambia lo que ocurrió en el pasado.

—No sé, me he sentido fatal al decirlo.

—Bueno, pues olvídalo. ¿Puedo... hacerte una pregunta que siempre me ha generado curiosidad?

—Ya me imagino por dónde van los tiros.

—¿Ah, sí? Entonces, dime, ¿por qué nunca le reclamaste al padre de Blanca la paternidad? Tenías derecho a que él se implicara, al menos en lo económico, en su crianza. Los dos sabemos que no fue fácil para ti sacarla adelante sola en Madrid, con un trabajo a turnos y tu familia a muchos kilómetros de distancia.

—¡Ah! —Me sorprendió su pregunta; pensaba que me iba a hacer una bastante más incómoda—. No sabía que te referías a eso. Pues... sé que tenía derecho y también sé que, si Blanca hubiera querido conocer a su padre, yo me habría tragado la bilis y habría contactado con él. Pero solo por la cuestión económica... no me compensaba. No quería a ese gilipollas de vuelta en mi vida, y sobre todo en la de Blanca, solo por una pensión.

—Comprendo. —Me miró con una media sonrisa, esa misma que le había arrebatado los sentidos a mi hija adolescente—. ¿Qué pensabas que iba a preguntarte?

—Si hoy en día hubiera abortado.

—Ah. Bueno... yo creo que sí, ¿no?

—Supongo. Los ochenta fueron... años raros. Yo era la más atea del mundo y, aun así, pensaba que sería un pecado hacerlo. En realidad, apenas hubo una decisión que tomar; tuve claro desde el mismo momento en que me quedé embarazada que no me atrevería a abortar.

—Siempre me extrañó en una mujer tan avanzada como tú, con unas ideas tan feministas, pero... claro, yo nací unos cuantos años más tarde.

—Es raro esto, ¿no?

—¿El qué?

—Hablar de abortar sobre una hija que está muerta.

49

David

Tenía la sensación de que todas las frases que decíamos eran lapidarias. Si alguien hubiera medido nuestras palabras más mencionadas durante aquel fin de semana largo, pensarían que estábamos escribiendo una novela gótica. Muerte, culpa, dolor, pérdida, desolación, pena. Ninguna frase era baladí, ni cuando intentábamos salirnos del tema principal que nos tenía allí. Blanca era el epicentro de todo, y cada conversación acababa confluyendo en el horror que suponía perderla.

—¿Qué ha sido lo peor para ti?

—¿Lo peor? —le pregunté, sorprendido. Y enseguida mi cerebro empezó a funcionar a dos millones de revoluciones por minuto, porque tan difícil habría sido pensar en mi peor momento de los últimos meses como en el mejor. Unos por demasiado numerosos; los otros, por su escasez.

—Lo peor de todo... lo de Blanca.

—A lo mejor te enfadas. Es que es una tontería...

—No, dime.

—No saber qué lugar ocupaba. Escuchar a gente que no sabía que nos habíamos divorciado dándome el pésame y no saber si debía aclararles o no que ya no era su marido. Dudar cuando alguien me preguntaba qué relación me unía a ella, porque «exmarido» me parecía una atrocidad en ese contexto y «marido», simplemente, ya no era verdad. Di muchas gracias al cielo por tener mi propio negocio y poder cogerme unos días, porque... ¿te das cuenta de que, si trabajara para otro, ni siquiera habría podido ir al funeral porque no era un «familiar directo»?

—Ya. Es complicado, sí... Siento... —carraspeó—, siento haberte prohibido entrar en el tanatorio y... y también todo lo que dije en el funeral.

—Estabas rota de dolor, Elisa. Me mató, pero... te entendí.

—Pero creo que a Blanca le habría gustado que tú estuvieras allí, en primera fila, como un miembro de su familia más cercana.

—Blanca sabía lo que había. Que tú no me habías perdonado ni sabías todo lo que te he contado estos días. Además... —Dejé escapar una pequeña risotada amarga.

—¿Qué?

—Venga ya, Elisa, Blanca odiaba los funerales, las misas, los velatorios y toda esa mierda. Le habría horrorizado todo tanto que el lugar que ocupara yo le parecería lo de menos.

—Sí. —Ella también se rio—. En eso tienes razón.

—¿Y para ti? —le pregunté en un susurro.

—¿Para mí qué?

—¿Qué ha sido para ti lo peor de todo esto?

50

Elisa

A Blanca le encantaba jugar a hacer las preguntas más tenebrosas cuando se ponía macabra, ya desde la adolescencia. «¿Cómo preferirías morir, quemada o ahogada?», «¿Qué preferirías comer, caca o vómito?». De verdad que yo intenté educarla bien, pero me salió así. Y ahora me enfrentaba a una de esas cuestiones, pero elevada a la máxima potencia. ¿Qué era lo peor de todo lo que había sentido desde que Blanca se había ido? Ojalá no lo tuviera tan claro.

—Perdona. —David me tomó la mano y ni siquiera me pareció un gesto poco natural entre nosotros—. No tenía que haber...

—No, no... si lo tengo claro.

—¿Sí?

—Sí... Cada día me levanto convencida de que lo peor aún está por llegar, así que no me atrevería a escribir esto en piedra, pero diría que... —Suspiré. No fui capaz de decirlo. Volví a intentarlo. Se me rompió la voz. Y lo solté—. Saber que había muerto mientras dormía y que yo ni me había enterado.

—Pero Elisa...

—Ya, ya sé todo lo que me vas a decir, créeme. Que se fue sin sufrir, que seguro que no hizo ningún ruido ni nada, que es mejor así para todos...

—¿Pero...?

—Pero no puedo soportar la idea de que se fuera sola. Simplemente... no puedo.

Me levanté a hacer una cafetera, aunque esa tuvo la prudencia de llenarla de descafeinado. Cogí también la caja de galletas surtidas, otro paquete de tabaco y el poco valor que me quedaba. David me esperaba recostado sobre el respaldo del sofá, con una pierna doblada sobre los cojines y los ojos cerrados.

—¿Te duermes? —le pregunté.

—No —me respondió, con una media sonrisa—. Ese no suele ser un problema de madrugada.

—¿Mucho insomnio?

—Insoportable —me reconoció—. No pego ojo por la noche y me paso todo el día agotado.

—¿Tomas algo?

—No. He estado tomando alguna pastilla para la ansiedad y deberían ayudarme a dormir, pero... poco. Me estoy durmiendo esta temporada entre las cuatro y las cinco de la mañana.

—¿Y a las siete en pie?

—Bueno... he retrasado un poco mi entrada en la oficina. Pero de las siete y media no me libra nadie. ¿Tú?

—Yo, directamente, no duermo. Por las noches, ni un minuto. Luego, el cuerpo no aguanta más y me echo un rato en el sofá después de comer, pero... mal, vaya.

—¿Te estás medicando?

—A ver, me recetaron unos ansiolíticos después de lo que ocurrió, pero... —Me encogí de hombros—. No hay pastillas para la tristeza.

—Entonces, si te vas ahora a la cama, ¿no dormirías?

—Ni un puto minuto.

—Joder...

—Pero tú súbete, David, que son casi las cuatro.

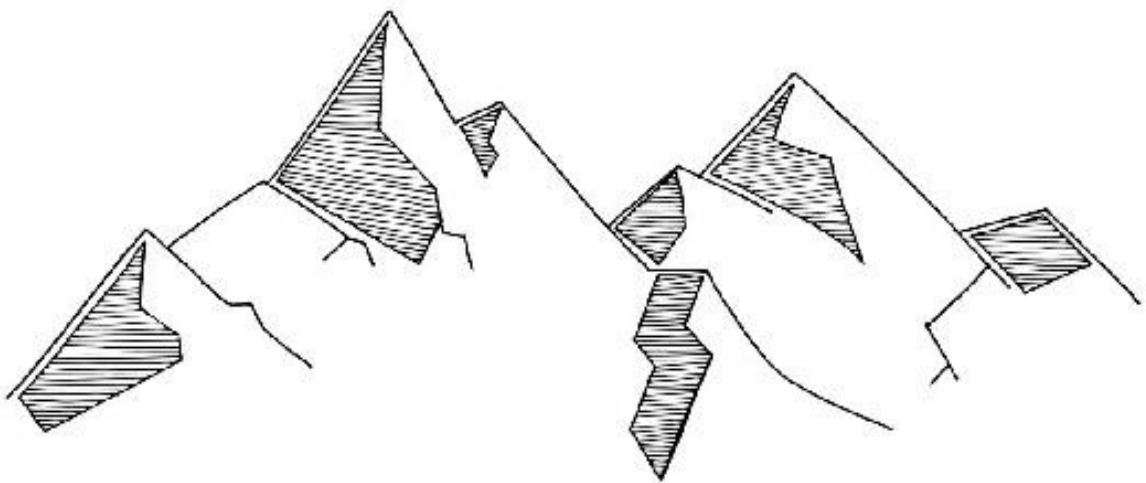
—No es mi hora aún. —Me miró con una sonrisa que me pareció llena de ternura—. ¿Te importa si me quedo aquí? Y si me duermo... no sé, arrópame o algo.

Me reí entre dientes y seguimos charlando un rato sobre temas triviales. Cuánto aguantaría la chimenea, la hora a la que llegarían las quitanieves, cómo estaría la autovía de camino a Madrid... Nos estábamos despidiendo sin decirlo, porque era muy probable que no volviéramos a vernos después de ese día.

David se quedó dormido casi rozando las seis de la madrugada. Parecía inmerso en un sueño tranquilo, pero tuve la sensación de que podría haberlo despertado hasta el vuelo de una mosca. Aunque él lo hubiera dicho de broma, le hice caso. Me levanté a por la manta de lana, aproveché para echar con cuidado un tronco en la chimenea y lo arrojé.

No pude evitar que las lágrimas afloraran cuando me quedé mirándolo. Por todo. Porque su imagen en el sofá me teletransportó a aquellas madrugadas de mil años atrás, cuando Blanca y él eran apenas unos adolescentes y él se quedaba dormido viendo una película mientras Sonia y Blanca estaban tan despiertas como a primera hora de la mañana. Y porque me di cuenta de que aquella madrugada podría ser no solo la última vez que viera a David en mi vida. También era muy probable que fuera la última vez que pasara la noche con otro ser humano en casa. Y esa perspectiva de soledad era desoladora.

Domingo, 10 de diciembre



51

David

Desperté cuando las luces del alba apenas empezaban a clarear el salón. No habría dormido ni un par de horas, con la espalda rota en aquel sofá que nunca había destacado por su comodidad y arropado por una manta que no estaba allí cuando me había quedado dormido. Cuando abrí los ojos, vi a Elisa sentada a mis pies, casi es la misma postura en la que había pasado el resto de la noche, fumando un cigarrillo con la mirada perdida en las llamas ya muy bajas de la chimenea.

—Buenos días... o noches, no sé. —Le sonreí.

—¿Has dormido bien?

—Pues mejor de lo que esperaba, la verdad. ¿Tú has dormido algo?

—He cerrado los ojos un momento.

—O sea... que no.

—No.

Me desperecé ahogando un bostezo y me levanté a preparar la primera cafetera del último día. Aquel domingo necesitaría una sobredosis de cafeína para conducir hasta Madrid con mal tiempo y muy pocas horas de sueño a la espalda.

—Elisa... —la llamé desde la cocina—. ¿Qué vamos a hacer con la comida percedera? Huy, perdona. —No me había dado cuenta y seguía hablándole a gritos, pero en realidad la tenía ya detrás de mí.

—¿Quieres llevarte algo?

—Por mí no. No como nunca en casa y debería empezar a cenar fruta, así que... aparte de mí ese jamón y esa pasta. —Me reí—. ¿Te ayudo a recogerlo?

—Sí, y voy sacando ya cosas al coche.

Nos afanamos en la tarea, a pesar de que apenas eran las siete de la mañana. Las quitanieves aún no habrían empezado siquiera el trabajo y pasarían horas hasta que pudiéramos marcharnos, pero fue agradable dedicar un tiempo a algo menos intenso de lo que habían sido los días anteriores. Aferrarse a las rutinas en vez de ahogarnos en la melancolía parecía una buena idea. Cuando ya el sol brillaba en el cielo, habíamos guardado toda la comida en el maletero de Elisa, excepto dos bocadillos de jamón que nos preparamos por si la salida se retrasaba y nos tocaba comer en el pueblo. También habíamos hecho las camas, cerrado bien las ventanas de la planta de arriba y recogido todos los enseres que habíamos utilizado el fin de semana, además de rociar de insecticida las habitaciones, colocar unos deshumidificadores de salmuera, sacar las pilas del mando de la tele —que ni habíamos encendido en tres días— y de otros aparatos electrónicos, asegurarnos de que las bombonas de la cocina, el calentador de agua y la estufa quedaban desconectadas y que la luz, que ya no necesitaríamos antes de marcharnos, quedaba también cortada.

Yo metí la ropa que había utilizado en una bolsa de plástico para lavarla en Madrid y me quedé en *stand by* delante del armario. Ya no tenía sentido que aquellas prendas mías se quedaran en el armario de una casa a la que nunca volvería, pero tampoco lo tenía que estuvieran las de Blanca, así que preferí ejercer durante un rato el autoengaño y fingir que no había ocurrido nada, que aquello no era una despedida y que tenía toda la lógica del mundo que mi ropa y la de Blanca

estuvieran colgadas en las perchas de madera de aquel armario tan antiguo. Bastante pinchazo de dolor me había provocado en el corazón la idea de que jamás volvería a pisar el pueblo, la casa y aquel cuarto.

—Pues... solo nos queda sentarnos y esperar —le dije a Elisa cuando ya habíamos acabado la tarea y había encendido la chimenea, también por última vez.

—Y tendrá que ser en silencio porque, obviamente, hemos agotado la reserva de palabras a lo largo de estos dos días —bromeó ella, y a mí se me dibujó una sonrisa radiante, porque me pareció que, aunque solo fuera durante un momento, la vieja Elisa había vuelto.

—Bueno... en realidad, en estos dos días y medio, solo he hablado yo.

—Yo... poco tengo que contar —me confesó en un susurro.

—Eso sí que es toda una novedad. —Preferí seguir con el tono trivial—. Por lo que yo recuerdo, eras más de hablar por los codos.

—No sé si queda algo de la Elisa que tú recuerdas.

52

Elisa

Era la verdad. No quedaba nada de aquella Elisa feliz y despreocupada que siempre había sido. De la mujer a la que le importaba poco más que hacer bien su trabajo, pasar tiempo con su hija y disfrutar del tiempo libre. Creía recordar que algún día había sido divertida, locuaz y generosa, pero veintiséis días habían borrado todo rastro de los cincuenta y tres años anteriores.

Me eché a llorar. No era ninguna novedad. Yo, que me tenía a mí misma por poco llorona, había batido en el último mes todos los récords conocidos de derramamiento de llanto. Y había descubierto también todas las modalidades de lloro posibles. Lágrimas que a veces huían histéricas de mis ojos; llanto pausado, casi furtivo; ataques que venían acompañados de hipidos, de la sensación persistente de que me fallaba la respiración, de que nada podría parar el torrente.

Antes de aquella mañana horrible en que descubrí que me había quedado sola en el mundo, no recordaba haber llorado más de seis o siete veces en mi vida adulta. Solo una vez lo había hecho por amor. Sí me había emocionado un par de veces en el trabajo, cuando habíamos sacado adelante partos difíciles o con madres que habían sufrido demasiado. Lloré cuando murieron mis padres, claro. Cuando vi por primera vez *La vida es bella*. Y el día que Blanca me contó que David se había marchado.

No se me ocurría nada más paradójico que el hecho de que fuera precisamente él, una de las pocas personas que me había provocado un ataque de llanto en más de cuatro décadas, quien se acercaba en aquel momento a abrazarme. Dejé de resistirme a lo que me pedía el cuerpo y le permití que me envolviera entre sus brazos. Eran cálidos y familiares; eran, me gustara o no, lo más parecido a los brazos de un hijo que jamás volverían a abrazarme.

—Si me hubieran... —sorbí por la nariz con bastante poca discreción; la pena tiene la capacidad para despojarnos de nuestros pudores más interiorizados—, si me hubieran dicho hace tres días que tú estarías consolándome...

—No lo pienses, Elisa, no... ¿Quién nos iba a decir tantas cosas, joder?

—Sí... Tienes razón.

Nos separamos, un poco azorados, y echamos la culpa del sonrojo a las llamas de la chimenea que se elevaban algo descontroladas y que no eran ya tan necesarias aquel día, pues el sol había decidido acompañar a las quitanieves en su tarea.

—¿Estás yendo... al psicólogo o algo? —me preguntó, y yo desvié la mirada porque no me apetecía hablar de mí. Tenía razón David, me había sentido más cómoda escuchándolo durante todo el fin de semana, aunque hubiera descubierto cosas que jamás habría podido imaginar, que desvelando algo sobre mi vida en aquel momento.

—No. No me digas nada, mis hermanos ya han insistido...

—Ya, pero no creo que ellos tengan tanta experiencia en eso como yo. —Su voz sonaba firme y me recordó a algunos momentos del pasado en los que había visto a un David inflexible, tajante—. Te va a ayudar, Elisa. Y si no te ayuda el primero al que vayas, buscas otro. Y si tampoco..., otro. Hasta que des con alguien que te ayude a...

—¿A superarlo?

—No, Elisa... —David negó con la cabeza; supe lo que iba a decir y también que no quería

oírlo—. Esto no lo vas a superar nunca. No lo *vamos* a superar nunca. Lo que tenemos que hacer es aprender a vivir con ello.

—¿*Vamos*? No te compares, por favor. —Me cabréé. Mucho. Casi me parecía que veía todo rojo—. Tú mañana vuelves a tu precioso chalet en las afueras, con tu flamante novio, a vivir una vida que está casi comenzando... No me jodas, David.

—Yo...

—¡No! —le grité—. Yo tengo que regresar a un piso vacío, uno que está lleno de recuerdos de Blanca en cada rincón, a una vida en la que ya no me queda un solo aliciente... No tengo hija, no tendré nietos, no me quedan más que dos hermanos y un sobrino a los que veo poco y un trabajo al que siento que nunca tendré fuerzas para volver, porque con cada niño que nazca y cada madre a la que vea cogerlo en brazos solo podré imaginarme todo lo que yo tuve y lo que he perdido.

53

David

¿Qué le podía decir? Ni me molestó que se enfadara, que me gritara. Aquella reacción no era de odio hacia mí, era de odio... en general. Al mundo, al destino, a la vida, a la muerte. A todo aquello que había conspirado para que el corazón de una chica de treinta y dos años aparentemente sana se parara una noche mientras dormía.

No había pretendido comparar su dolor con el mío, entre otras cosas porque comparar dolores es un sinsentido que nunca lleva a una conclusión positiva. Pero había metido la pata con mis palabras y... Elisa tenía razón.

Pues claro que no era comparable su dolor al mío. Pues claro que yo tenía toda una vida por delante que, a pesar de que la pena por la pérdida de Blanca aún lo eclipsara, sí era ilusionante. Tenía a Marcos, tenía una nueva vida y tenía proyectos, planes de futuro. A Elisa podía decirle que intentara pasar más tiempo con sus hermanos, que disfrutara de su sobrino —que siempre me había parecido un gilipollas, pero bueno...—, que volviera a ilusionarse con su trabajo, que pensara que con cada nacimiento en el que ayudara con sus labores se llenaría ella misma un poco más de vida, que buscara en la química algo de ayuda inicial y en la terapia otra más a largo plazo... Pero sería todo una mierda. No se lo dije a ella, obviamente, pero yo en su lugar... ni siquiera tengo claro que quisiera vivir.

—No es un chalet en las afueras.

Y eso fue lo único que me salió. Retomar aquello que me había reprochado y convertirlo en conversación, si es que ella estaba por la labor. Y lo parecía, porque aquella ya no era la Elisa de los dos primeros días, que se sentía mejor cuando me gritaba, cuando escupía su rencor contra mí a la menor ocasión. Su cara hablaba de una mujer torturada, arrepentida por sus arrebatos —que nadie podría echarle en cara— y aterrorizada por el futuro.

—¿Qué? —Y confusa. En aquel momento, también confusa.

—Has dicho que vivo en un «precioso chalet en las afueras» y... no.

—Ah. Blanca me contó que te habías mudado a una casa en las afueras. Pensé...

—También pensabas que lo que me esperaba allí era una rubia de piernas kilométricas y Marcos es más bien moreno y no muy alto. —No sé ni cómo, pero eso la hizo reír.

—Cuéntamelo.

—¿El qué?

—Eso... dónde vives, qué haces ahora en tu tiempo libre... No sé, David. —Se recostó contra el respaldo del sofá, cerró los ojos y suspiró—. Distráeme.

—Pues... vivo en una casita. Nada de *chaletazo*. Es una casa vieja, de pueblo... no muy diferente a esta. Bueno, algo más grande y más moderna, pero sin grandes lujos. Está al sur, cerca de Chinchón, en un pueblo de verdad, no en una urbanización ni una ciudad dormitorio. Hay un bar al que podemos ir caminando y aún se encuentran señores mayores jugando al dominó, una tienda en la que lo mismo venden fruta que prensa o papel higiénico... No sé. Vida de pueblo, pero a un paso de Madrid.

—Quién te ha visto y quién te ve... —me dijo, pero no había ningún rastro de rencor en sus palabras—. Tú, que eras más urbano que un semáforo.

—¡Lo sé! —Me reí—. Cuando Marcos me propuso que me mudara con él pensé que iba a ser un infierno. ¿Ir a trabajar en coche y tener que aparcar? ¿Irme de La Latina y sentirme casi como un turista cuando me apeteciera ir al teatro o a cenar a algún sitio de moda? Creí que iba a tardar siglos en adaptarme.

—Pero no.

—No. Para nada. Solo llevo unos meses allí, pero no me puedo imaginar volver a dormir con el ruido del tráfico de fondo, pagar siete euros por un café en Starbucks o depender del metro para todo. Paso. Tengo mi huerto...

—¿Tienes un huerto? —Se carcajeó, y solo por escuchar ese sonido supe que merecía la pena estar desnudándole parte de mi intimidad, a pesar del miedo que me daba que le doliera.

—*Tenemos*, sí. Más bien lo tiene Marcos, pero yo ya voy aprendiendo a hacer cositas. Y una barbacoa para cocinar en verano. Nada del otro mundo, supongo que lo que la gente de por aquí considera lo normal, pero que en Madrid es difícil de conseguir.

—Y tanto. No es que me atraiga mucho esa forma de vida...

—Elisa, ni siquiera sobrevivirías si tuvieras que cultivar los tomates y encender la barbacoa.

—Que te crees muy listo tú. —Seguía riendo—. ¿Y cómo te las arreglas para ir a trabajar?

—Pues madrugando mucho. Demasiado. Pero he reorganizado un poco mis horarios para no parar a comer, porque no me daría tiempo a ir a casa, y salir antes. Me voy a las ocho de la mañana y regreso doce horas después, pero al menos el tiempo que estoy en casa es de calidad.

—Se me hace raro...

—¿Todo o algo en concreto? —La entendí. Cómo no iba a entenderla.

—Que llames «casa» a algo que no sea el piso de La Latina.

—Tardé. Tardé muchísimo. Lo llamaba interiormente «la casa de Marcos» hasta hace muy poco tiempo. Sé que puede parecer una excusa de mierda, pero... a mí también me ha costado todo mucho.

—Te creo.

54

Elisa

Y era verdad. Lo creía. No voy a ser tan ilusa como para decir que aquel fin de semana me había curado la pena, porque tenía bastante claro que esa no se iba a ir nunca, pero sí me había librado de la pesada carga del odio, que es un parásito que nos destruye desde dentro y que, en realidad, al odiado ni lo roza. David había amado a Blanca durante la mayor parte de su vida, había sido su mejor amigo, su mayor apoyo, y no había una prueba más rotunda de eso que el hecho de que ella recurriera a él cuando unas pruebas médicas la habían condenado y necesitó un hombro en el que llorar su propio duelo.

—Gracias, Elisa. De verdad.

Solo asentí como respuesta, porque no necesitaba preguntarle qué era lo que me agradecía. Supuse que se refería a todo, a la tregua, que tal vez era ya un armisticio.

—Quizá venda la tienda. —Me sorprendió muchísimo su confesión y me hizo gracia que siguiera refiriéndose a la cadena de electrodomésticos que habían fundado sus padres como «la tienda» cuando en realidad eran ya doce establecimientos, repartidos por Madrid, Barcelona y la costa de Levante, con una facturación que ponía los pelos de punta.

—¿En serio?

—Hay un grupo inversor que lleva tiempo queriendo hacerse con las tiendas e integrarlas en otro *holding* empresarial mayor. No te voy a mentir, cada vez es más difícil ser competitivos en precios, con grandes cadenas extranjeras presentes en todos los centros comerciales de España, una venta *online* mucho mejor que la nuestra... Hay que estar todos los días, a todas horas, usando la imaginación para hacer ofertas decentes. Y me falta motivación.

—Te soltarán un buen montón de pasta.

—Bastante.

—¿Como para retirarte? —Le dio la risa con mi comentario y negó con la cabeza.

—Una parte de la empresa pertenece ya desde hace años a un grupo inversor, otra parte la conservan mis padres y el resto es mío y de Sonia. Aun así... sería un buen dinero, sí. El suficiente para comprar tranquilidad durante un tiempo, para pensar a qué me quiero dedicar en realidad. ¿Te das cuenta de que nunca tuve esa opción?

—Claro. Lo pensé muchas veces cuando eras un crío. —El recuerdo me dibujó una sonrisa nostálgica—. Que mientras Blanca soñaba con estudiar Turismo para viajar a un montón de lugares y aprender idiomas o algunos otros amigos vuestros se peleaban con sus padres para estudiar Sociología en vez de Medicina... Sonia y tú aceptasteis vuestro destino en la empresa familiar sin dudar.

—Bueno... ella fue más lista que yo y desertó pronto.

—Sí.

—Y yo ya no les debo ninguna obligación a unos padres que no me respetan y empiezo a pensar que tampoco me quieren demasiado, dado que ni siquiera me han llamado en el último mes para ver cómo me encontraba después de lo de Blanca.

55

David

Se me cortó la voz al hacer esa confesión. Era algo que había pensado demasiadas veces. De dónde habrían salido aquellos padres que nos habían tocado a Sonia y a mí en el reparto. No eran malas personas —o no lo habían demostrado, al menos, hasta que repudiaron a su hijo por su condición sexual, vaya—, pero siempre habían sido fríos, distantes, demasiado estrictos. De niño nunca le di demasiada importancia, quizá porque no tenía nada con lo que compararlos, pero, al entrar en la adolescencia y conocer a Elisa, supe de inmediato que preferiría haber nacido en una familia como la suya. Mis padres eran una casa fría, Elisa era un hogar cálido. Encontré en ella la libertad y el diálogo que en mi familia eran más difíciles de ver que una aurora boreal. El cariño y el consuelo cuando algo iba mal, frente a la exigencia por reponerse cuanto antes. Risas, diversión y un poco de locura coloreando la sobriedad aburrida en la que me había criado. La encontré a ella y, en parte, me encontré yo.

En mi casa nunca habíamos sido proclives a los reproches, supongo que porque cualquier muestra de debilidad era mal tolerada durante las cenas, que eran los pocos momentos que compartíamos, pero hubo una discusión una noche que se me quedó grabada y que sé que no olvidaré jamás.

Fue durante las navidades de mi tercer curso en la universidad. Yo llevaba apenas unas semanas saliendo con Blanca, pero lo que me parecía toda una vida convertido en su mejor amigo. Teníamos planes para pasar la primera madrugada del año en una discoteca muy hortera del centro, pero cenaríamos en Nochevieja separados, cada uno con su familia. Solo que... a mí ese no me parecía un buen plan. En la casa de mis padres se reunían mis tíos, mi abuela, que aún vivía en aquella época, y toda una recua de primos. Pensé que mi ausencia no se notaría demasiado si cenaba en casa de Blanca y Elisa, que estarían solas esa noche, como todos los años. La Nochebuena solían pasarla en casa del hermano mayor de Elisa, pero la última cena de cada año era cosa de las dos. Y aquel año, se pusiera como se pusiera mi familia..., también mía. Mi madre montó en cólera. No me lo había visto venir, pero la escuché hablar de lo poco que me importaba la familia, de que pasaba más tiempo en casa de «esa chica» que en la mía... y me harté.

—*Hijo, es que a veces parece que quieres más a la madre de tu novia que a mí.*

—*Mejor no me hagas responder a eso.*

Y no le respondí porque tampoco buscaba hacerle daño, pero la realidad era que Elisa siempre me había caído mejor que mi madre, siempre me había encontrado más cómodo en su presencia, siempre me había sentido más querido... y no me van los eufemismos ni las mentiras, así que, incluso con los ocho meses sin hablarnos a la espalda, sabía que había querido más a Elisa que a mi propia madre. Que aún lo hacía. Y quise que lo supiera.

—¿Puedo decirte algo que es muy probable que esté completamente fuera de lugar? —le pregunté y vi como arqueaba una ceja, en un gesto tan característico de ella que me hizo sonreír.

—¿Algo más fuera de lugar que tu salida del armario y la confesión de que mi hija conspiró contigo a mis espaldas?

—Algo más... agradable.

—Adelante. Tú dirás.

—A pesar de todo lo que ha pasado en estos meses, siempre te he querido muchísimo. Siempre te he querido... como a una madre. Más... más que a mi propia madre.

56

Elisa

Qué jodidamente difícil había sido siempre no quererlo. No es que a mí me fuera a cambiar la opinión sobre nadie una declaración de amor filial de un hijo que no lo era y al que había odiado desde hacía más de medio año. Pero ni con todo el esfuerzo del mundo fui capaz de evitar que se me dibujara una sonrisa emotiva.

—Eso no es cierto, David. No puedes querer a tu suegra más que a tu madre.

—Ni me puedo creer que tú reduzcas todo lo que hemos vivido a una relación suegra–yerno. Sabes que siempre fuimos mucho más. Me crié en tu casa, joder.

—Sí. Pero tienes unos padres, aunque...

—Venga ya, Elisa. —Me reí con un tono un poco psicótico—. Ni tú misma te crees lo que estás diciendo. Nunca has sido tan tradicional. Hay padres que son unos cabrones a los que nadie debería querer y hay padres tan alucinantes que puedes quererlos aunque no seas su hijo. Y luego están los míos, que están más o menos en el medio.

—¿Vas a intentar arreglar las cosas con ellos?

—No. No soy yo quien tiene que mover ficha. Solo lo haría si Sonia me lo pidiera, y ella no tiene la menor intención de hacerlo. Ya me ha dicho que pasará con Marcos y conmigo la Nochebuena y a ellos que les den.

—No sé, David...

—Sí, sí sabes. Soy gay, no un asesino en serie o un mal hijo que los haya decepcionado por algo grave. Ellos sabrán.

—Ya.

—Y dejemos ya el tema, porque entiendo que estés sensible... No hay derecho a que alguien como tú y Blanca... Y luego mis padres no sepan agradecer que todos estemos sanos y...

Aunque el argumento se le entrecortó, entendí lo que quería decir. Y algo debía de estar curándose dentro de mi alma porque no le vi sentido a buscar la justicia en relación a la pérdida. No era justo que una madre sola como yo perdiera a su hija única, pero tampoco creo que el mundo fuera un lugar mejor si los malos padres lloraran las muertes de sus hijos. Esos juegos con el universo y sus normas son una forma estupenda de volverse loco cuando se está en pleno proceso de duelo.

—Sigo pensando que hay algo *contra natura* en el hecho de quererme más a mí que a tus padres —le confesé—. Pero...

57

David

Ni siquiera escuché el resto de su argumento porque había pocas expresiones que odiara más que esas dos palabras. *Contra natura*. Como si decir una mierda en latín le fuera a dar más credibilidad a una idea. Como si alguien tuviera la capacidad de discernir qué permite la naturaleza y qué no en cuanto a nuestras emociones. Como si estuviera fijo en el ADN a quién debemos querer, como si nuestras experiencias vividas no importaran nada.

—Con la puta cantidad de cosas que dicen por ahí que van *contra natura* —dije las palabras con un deje de asco que es imposible que a Elisa le pasara desapercibido—, lo raro es que aún queden algunas que nos están permitidas.

—Pero...

—Pero nada, Elisa. Constructos sociales. Eso es lo que son. Y los asocian a la naturaleza como para tener más credibilidad. —Respiré hondo—. Perdona. Es que he escuchado varias veces en los últimos meses esa mierda de *contra natura*. A mis padres, precisamente, les pareció una definición cojonuda de la nueva situación sentimental de su hijo.

—Madre mía...

—Sí. Y no solo ellos. Yo *he sido* hetero toda mi vida, ¿sabes? Mis amigos están acostumbrados a hablar de tetas en mi presencia y a llamar a los *gays* «maricas» o «maricones» o lo que sea. No todos mis amigos, obvio, pero sí algunos... Y el *contra natura* siempre sale cuando le dices a un homófobo que sus ideas son una puta mierda.

—Puede... puede que tengas razón. Pero ¿sabes, David?

—¿Qué?

—Perder a una hija *sí* es algo que va *contra natura*.

58

Elisa

—O no —me rebatió.

—¿Perdona?

—Lo que te ha pasado, Elisa..., es lo más jodido que me puedo imaginar que le pase a alguien en toda su vida. Yo no soy padre y... dudo que llegue a serlo algún día. Pero soy hijo, soy... soy una persona, joder, no me imagino un dolor mayor que ver morir a alguien a quien viste nacer. —Los dos nos quedamos en silencio un segundo; a veces las palabras pesaban demasiado—. Pero no te pierdas en buscar las razones, los *contra natura* o no de todo el asunto. Súfrelo por lo que es, porque Blanca era una persona increíble, de esas que pueden llenar una habitación solo con su presencia, porque nadie que la conociera volverá a sonreír del todo sin ella. Pero no busques culpables ni dejes que te convenzan de que ya nunca podrás volver a sonreír. Algún día...

—¿Sí?

—Algún día te reirás. A carcajadas. Con ganas. Te reirás cuando algo sea realmente gracioso.

—¿Esa frase... —lo miré, con una sonrisa pícaro dibujada en los ojos— no te la has sacado de *Sexo en Nueva York*?

—Joder. Tu hija me hizo ver esa maldita película un millón de veces.

No nos reímos a carcajadas, como si algo fuera realmente gracioso, pero... nos reímos. El sonido de un motor nos sacó de la burbuja de palabras y confesiones que ya para mí siempre sería aquel salón, y los dos corrimos a mirar por la ventana. Al fondo del sendero que conducía hasta la casa se veía una quitanieves algo rudimentaria, pero que ya no tenía una tarea tan complicada después del tiempo calmado del último día y medio y el sol que derretía la nieve por sí mismo.

—¡Ahora vuelvo! —gritó David mientras salía de la casa corriendo.

59

David

El operario municipal que retiraba la nieve del camino me indicó que en un par de horas, tres como mucho, el recorrido hasta la entrada a la autovía estaría despejado. Yo asentí, me fijé en que el sendero del jardín de la casa ya estaba transitable y, entonces, fui consciente de que mi relación con Elisa tenía cuenta atrás. Como cuatro meses antes había descubierto que también la tendría la que mantenía con Blanca. Estaba harto de cuentas atrás y de mierdas, joder. Estaba harto de perder gente.

—Dos horas, o tres como máximo —le dije a Elisa en cuanto entré de nuevo en la casa. Me pareció ver una sombra de tristeza en su cara.

—¿Te queda algo por recoger?

—Nada. Ya está todo en el coche.

—Así que solo comernos los bocadillos y... ya.

—Sí, será mejor que emprendamos la marcha ya comidos, para no tener que parar por el camino.

—Pues sí.

Fui a la cocina y traje dos platos con los bocadillos y las dos últimas Coca-Colas que quedaban en la nevera. Comimos en silencio, preocupándonos por tonterías como que no cayeran migas en el sofá o que las latas no dejaran cerco en el cristal de la mesa de centro. Los dos teníamos muy presente la despedida y no había demasiado que pudiéramos decir.

—Ha sido una casualidad increíble que nos encontráramos aquí, ¿no? —me preguntó, después de que la ausencia de conversación se hiciera tan densa entre nosotros que nadie habría creído que llevábamos ocho meses sin hablarnos hasta tres días antes.

—Supongo. A veces... no sé...

—¿Qué?

—Es una gilipollez.

—Casi todo lo es, David. ¿Qué pasa?

—Tengo una sensación extraña... Como si ella lo hubiera planificado.

—¿En serio?

—Tú siempre subías al pueblo en este puente y Blanca me sugirió un millón de veces que viniera a recoger los esquís, que ya no pintaban nada aquí, que era una tontería que se perdieran... No sé... A lo mejor solo estoy imaginando lo que querría que fuera, pero...

—Yo también quiero pensar que fue idea de ella. —Me miró y sonrió con tristeza—. Ya no puede contradecirnos, ¿no?

60

Elisa

Los dos sabíamos que era una fantasía, pero... ¿a quién le importaba? Mis planes cuando me había subido al coche en Madrid tres días antes eran encerrarme en el lugar del mundo que más me recordaba a Blanca, llorar, desesperarme, buscarle sentido a su muerte, maldecir a la vida y seguir en el camino de autodestrucción que había empezado veintiséis días atrás. La presencia de David, aunque inesperada, molesta y dolorosa en el primer momento..., me había regalado una experiencia diferente, unas cuantas verdades y el mejor recuerdo posible de ella.

—¿Marcos y tú sois felices? —le pregunté, porque ya no podía negarme que su vida me importaba. Que él me importaba.

—No... ¿Cómo voy a ser yo feliz con todo lo que ha pasado?

—Ya, David, pero digo... ¿como pareja?

—No sé si es posible que una pareja sea feliz si uno de sus miembros está siempre profundamente triste. No sé si esto es lo que quieres oír, pero... no soy capaz de hacerlo feliz a él, así que supongo que acabará mandándome a la mierda.

—¿Tú quieres vivir, David? ¿Quieres ser feliz?

—Supongo.

—Pues aplícate tus propios consejos. No te pierdas en lo triste que deberías estar o en la culpabilidad que crees que tendrías que sentir. Si quieres a ese tío y él te quiere a ti... Joder, tienes lo que todo el mundo sueña. No lo dejes pasar.

No sé por qué se lo dije, pero me pareció tan obvio que no podía guardármelo dentro. Él me miró sorprendido, y algo incrédulo por llegar a conseguir esa felicidad a corto plazo, pero no dijo nada. Aún no estaba del todo reconciliada con la idea de David viviendo con otra persona, pero no le deseaba a nadie una prueba de fuego tan dura en su relación. Pasar por un proceso de duelo horrible justo cuando todo empezaba, cuando deberían estar viviendo los fuegos artificiales, y todo ello aderezado con un poco de culpa, otro de represión y mucha pena. Difícil panorama.

61

David

Ella aún no lo sabía, pero yo sentía que empezaba a perdonarme. Y no lo dije, pero eso era justo el primer paso que necesitaba para conseguir lo que Elisa me estaba aconsejando: vivir en plenitud mi amor por Marcos. Porque la poca gente con la que había hablado de ello —Sonia, el propio Marcos y nadie más— pensaba que toda aquella culpabilidad que me atenazaba era hacia Blanca. Que me dolía haberle hecho tanto daño pocos meses antes de que le detectaran una enfermedad incurable que le ponía fecha de caducidad a su vida. Pero eso no era del todo cierto. La gran carga de culpa que arrastraba era en realidad hacia Elisa. Porque Blanca estaba bajo una lápida del cementerio de La Almudena y ya no podía sentir nada, pero Elisa seguía viva. Viva y sola. Y desolada. Y yo no podía ni pensar en ser feliz cada vez que recordaba —y lo hacía muy a menudo— que ella estaría llorando mientras yo vivía.

—¿Me odias un poco menos que hace tres días? —le pregunté, en un tono aparentemente trivial, pero las palabras fueron cogiendo peso a medida que entonaba la interrogación.

—¿Sabes? —No me respondió, pero me habló con una sonrisa impregnándole la voz que hizo innecesaria la contestación—. Me duele no haberle dado a Blanca la reconciliación entre nosotros que ella deseaba.

—¿Haberme perdonado cuando te lo pidió?

—Sí, eso. —La vi llevarse las manos a las sienes—. Ella insistió mucho en que te perdonara, en que volviéramos a hablarnos, en que entendería las cosas si hablaba contigo... Y no quise escucharla. Estoy muy decepcionada conmigo misma, joder.

—Elisa, no podías ni imaginar... nada. Ni lo que yo tenía que confesar ni que teníais el tiempo contado.

—Ya. Pero me duele no haberle concedido ese deseo.

—Aún estamos a tiempo, ¿no?

62

Elisa

—¿Qué? —Sabía a lo que se refería con su pregunta, pero tuve que hacerme la tonta porque aún no estaba preparada para afrontar aquello.

—Que si lo que ella quería era que nos reconciliáramos...

—David, a mí me quedan muchas cosas por asimilar aún. No pienso perdonar todo el sufrimiento de ocho meses en tres días.

—Yo no he puesto fecha. —Me miró con una intensidad que me habría dado miedo si no lo tuviera ya a todo; a cada día del resto de mi vida—. Solo... me gustaría saber si hay alguna posibilidad.

—No lo sé.

Pero sí lo sabía. Y lo sabía más a cada minuto. Porque cada *tic* y cada *tac* que salía del reloj del salón me separaban un poco de él, y el nudo de angustia que me crecía en el pecho llevaba allí veintiséis días, pero se apretaba más cuando pensaba en el momento de decir adiós.

—Ella...

—No irás a decirme que Blanca nos está viendo desde algún lugar, ¿verdad?

Arqueé una ceja porque los dos habíamos sido siempre unos ateos recalcitrantes, por más que a mí me hubiera pesado en las últimas semanas. Me habría gustado tener algo a lo que agarrarme, a un Dios bondadoso acogiendo a mi hija, a la posibilidad de que estuviera en un lugar mejor, a la esperanza de que algún día nos reencontráramos. Pero yo sabía que Blanca ya era solo polvo y huesos. Y esa idea era tan dolorosa que habría matado por tener algo de fe.

—Pues no. Pero me juego la cabeza a que ella sabía que esto iba a pasar. Quizá no aquí y ahora, pero, Elisa..., trabajo a diez minutos andando de tu apartamento. Mi hermana aún tiene relación contigo. Antes o después tendríamos que vernos, supongo.

—Sí.

Ya no se oía el motor de la quitanieves. Habían pasado casi dos horas desde que David había vuelto de hablar con el operario. Empezaba el tiempo de descuento.

63

David

Teníamos que empezar a prepararnos para marcharnos si no queríamos que se nos hiciera de noche antes de llegar a Madrid. Los dos estábamos acostumbrados a conducir bastante, pero no teníamos ni idea del estado en el que encontraríamos la autovía. Si las quitanieves no habían estado disponibles para las carreteras rurales en dos días, era fácil suponer que habrían estado afanados en la autovía durante el viernes y el sábado, por no hablar de que era operación retorno de uno de los puentes en los que más desplazamientos por carretera había en el año.

Y, sin embargo, allí seguíamos. En el viejo sofá de color a medio camino entre el amarillo y el mostaza. Con la mirada puesta en unas llamas que ya no eran ni ascuas, solo cenizas. Y en un reloj que parecía decir adiós con su tictac.

64

Elisa

La pregunta de David ya no flotaba en el ambiente, pero no había conseguido sacármela de la cabeza. ¿Había alguna posibilidad de reconciliación? Creo que, en aquel momento, mi cabeza aún se negaba a afirmarlo, pero mi corazón ya había tomado su decisión. Y quizá solo me quedaran unos minutos para decírselo; si algo había aprendido yo con toda la desgracia de Blanca era a no dejar nada para un «después» que quizá nunca llegaría.

—¿Sabes, David? —Él me miró. Tenía toda su atención. Estoy segura de que sabía que no le iba a hablar del estado de las carreteras, del equipaje que ya estaba en nuestros maleteros o de las posibles goteras que habría la siguiente vez que visitara la casa del pueblo—. Cuando vine aquí, a esta casa, a pasar estos días... lo hice porque estaba segura de que no había nada más suyo que este lugar. Los mejores recuerdos de mi vida son con ella aquí, corriendo detrás de su cuerpecito minúsculo por entre los árboles, enseñándola a montar en bicicleta o dejando que entre mi madre y ella me enseñaran a preparar bizcochos. Le encantaba el invierno aquí, hacer bolas de nieve y tirarlas contra los cristales. ¿Sabes que mi madre la llamaba Blancanieves?

—Sí. Este lugar... es ella en estado puro —dijo, mientras echaba a las paredes y los muebles un vistazo tan triste que estoy segura de que no se sacaba de la cabeza que sería la última vez que los vería.

—Pero me equivocaba. Me puede joder mucho, o quizá no, pero no tengo nada más de Blanca... nada más suyo... que a ti. No la veo a ella en este sofá. La veo a tu lado. No la imagino haciendo la cena en esa cocina. La imagino dándote órdenes para que le pasaras los ingredientes o echándote la bronca por fumar en la ventana o cogiéndote de la mano para llevarte al dormitorio mientras yo fingía no mirar.

—Elisa...

Sus ojos se llenaron de lágrimas y los míos también. Y no quisimos posponer más el adiós. Después de un millón de palabras..., estaba todo dicho.

65

David

—Bueno, pues... gracias por no dejarme morir congelado el jueves —le dije, por añadir un poco de humor a un momento que en realidad era como una enorme bola de nervios que teníamos que tragar.

—Ganas no me faltaron.

—Lo sé.

—Bueno... yo...

—Saca el coche de la cochera. Quiero asegurarme de que no tienes problemas para salir de la parte de atrás. Aún queda mucha nieve por ahí.

—Vale.

No quedaba una mierda de nieve. Nada que no pudiéramos gestionar después de mil visitas al pueblo en invierno. Pero no tenía ni idea de cómo despedirme porque, aunque sus últimas palabras se parecían mucho a una ofrenda de perdón, seguía siendo una realidad incuestionable que era muy probable que aquella fuera la última vez que nos viéramos, salvo que algún encuentro esporádico lo impidiera. Y dolía. Joder, cómo dolía. Qué hartito estaba de despedidas.

Elisa maniobró con agilidad en la salida de la cochera y puso su coche en paralelo al mío. Nos quedamos allí de pie, con las dos puertas del piloto abiertas y un silencio lleno de palabras que no teníamos ni idea de cómo hacer tangibles. El frío se nos colaba entre los huesos, porque habíamos dejado ya los abrigos en los respectivos asientos traseros, pero... nada. No nos movíamos.

66

Elisa

—Bueno, voy a hablar yo, antes de que nos convirtamos en estatuas de hielo y nadie sepa muy bien cómo reconstruir qué ha pasado aquí este fin de semana.

Intenté usar el humor para que la situación fuera más cómoda, pero tuve la sensación de haberlo conseguido solo a medias.

—Vale.

—Voy a hacer que escuches una vez más el término *contra natura*. —David arqueó una ceja, sin acabar de comprender—. Y lo haré para decir que, aunque muchas personas podrían considerarlo *contra natura*, yo también llegué a quererte tanto como a mi hija.

—Elisa...

—Iba a decírtelo antes, pero... no me salieron las palabras.

—Hablas en pasado.

—Sí. Desde que erais muy niños pensé que os quería por igual; Blanca se enfadaba cuando se lo decía. Pero luego, cuando te marchaste..., me di cuenta de que no era verdad. No me sentí como si mis dos hijos se hubieran peleado.

—Sacaste las uñas de madre. Lo que tenías que hacer, vaya.

—Sí. —Sentí como un estremecimiento se me metía en la piel y no tuve muy claro que se debiera solo a la bajísima temperatura ambiente—. Pero te quise solo un grado menos de lo que se quiere a un hijo.

—Comprendo. —David no dejaba de mirar al suelo—. Perdona, estoy un poco... ¿abrumado? Creo que es eso.

—Entonces supongo que es mejor que no te diga que he hablado en pasado por puro pudor. —Detecté perfectamente el instante en el que tomó consciencia de mis palabras y se nos dibujó a ambos una sonrisa—. Porque entonces quizá te cagues en los pantalones o algo.

67

David

—Lárgate, anda.

Me acerqué a Elisa y la abracé. Con fuerza y sin pedir permiso. Porque ya nos lo habíamos dicho todo y ella me había regalado la despedida perfecta. Siempre había sido una mujer generosa; aquel día lo fue más que nunca.

—¿No prefieres salir tú primero?

—No, vete yendo. Yo tengo que echar gasolina, así que me acercaré al pueblo, para no tener que salirme ya después de la autovía.

—Vale. —Silencio—. Entonces... adiós.

—Adiós, Elisa.

Me dio un beso en la mejilla y cerré los ojos como si fuera el mayor beso de amor que hubiera recibido en toda mi vida. Quizá es que lo era.

Me distraje colocando las dos bolsas que llevaba en el maletero, regulando los espejos y moviendo adelante y atrás de forma innecesaria mi asiento. Toda excusa me pareció válida para no mirar por el retrovisor y verla marchar. También había sido una burda disculpa lo de echar gasolina. Tenía suficiente en el depósito para llegar holgado a Madrid, pero que saliéramos al mismo tiempo me parecía ridículo. No me imaginaba una forma peor de despedirse de alguien que yendo en paralelo por la autovía hasta que un adelantamiento o un acelerón pusiera punto final a una relación familiar que había durado más de veinte años.

Y cuando al fin me subí al coche y de la presencia de Elisa en la casa y en mi vida solo quedaban las marcas de sus neumáticos ennegrecidas sobre la nieve..., tuve una idea. Puede que la peor de mi vida. Crucé los dedos para que fuera de las mejores.

68

Elisa

No dejé de llorar desde que dejé atrás a David hasta que alcancé el cruce que unía el camino rural con la carretera comarcal que desembocaba en la autovía. Bueno, en realidad seguía llorando cuando llegué allí, pero me distraje al divisar el Audi color plata por el retrovisor, acercándose a mí a una velocidad bastante superior a la recomendable en un camino helado al que ni siquiera se podía llamar carretera y en el que, claramente, no cabían dos coches en paralelo, por más que él lo intentara. Lo único que nos faltaría para completar el fin de semana más surrealista de la historia sería tener un accidente de tráfico uno contra el otro.

Miré un par de veces a la izquierda cuando me dio la impresión de que intentaba adelantarme, al tiempo que hacía sonar el claxon. ¿Se había vuelto loco o qué? Paré el coche para evitar males mayores y él estacionó detrás de mí.

—¿Qué te pasa? ¿Estás tonto? —le pregunté, aunque me dio la risa porque verlo de nuevo me produjo algo parecido a la alegría.

—¿Dónde vas a pasar la Nochebuena?

—En... en casa de mi hermano Antonio, como siempre. ¿Qué... qué ocurre, David?

—¿Y el Fin de Año?

—Yo...

—Sola, ¿no? Siempre lo pasabais las dos solas.

—Sí.

—Vente con nosotros.

—¿Qué?

—Sé que no te sientes cómoda con la idea de que Marcos y yo... bueno, de que estemos juntos. Y es normal, pero...

—David, no necesito tu compasión. —Me apoyé en la puerta del coche y él se acercó a mí. Tenía que decirle la verdad, que mi vida continuaba y la suya tenía que hacerlo, pero sentía tanta calidez en el corazón por su propuesta que el gesto adusto me duró segundos—. Tengo hermanos, un sobrino, amigas... Pasa ese día con tu novio. Es vuestra primera Nochevieja juntos y merecéis disfrutarla sin mochilas. Yo...

—Tú no eres una mochila. Tú eres familia, Elisa.

69

David

No sé ni de dónde había sacado aquella idea. Tal vez de la desesperación de sentirme solo, de haber encontrado consuelo en aquel fin de semana como no lo había hecho en ningún otro lugar desde que había conocido la enfermedad de Blanca, tal vez del miedo a no volver a verla. Pero, desde el momento en que se me ocurrió, no pude dejar de cruzar los dedos para que aceptara.

—Eres familia, Elisa. Siempre lo has sido. Aunque hayas estado muy enfadada conmigo, aunque hayas creído odiarme, aunque... aunque de verdad lo hayas hecho. Si la vida me sonríe, espero pasar con Marcos el resto de Nocheviejas de mi vida. Pero en esta, y en todas las que quieras acompañarnos, nos encantaría tenerte a la mesa.

—No estoy yo muy segura de que tu novio...

—Marcos lo sabe. Lo he llamado en cuanto el móvil ha cogido cobertura.

—Pero...

—¿Y sabes lo que me ha dicho? —Negó con la cabeza—. Que no me escuchaba tan bien al teléfono desde hacía meses, desde el divorcio. Me ha dicho que haga lo que tenga que hacer para seguir así.

—Al final va a resultar ser un buen tío.

—Tengo la jodida suerte de rodearme de buena gente. Siempre la he tenido.

—Eso es cierto.

—Entonces... ¿tu respuesta es...?

—Mi respuesta es que has perdido la cabeza. Que no se le ocurre a nadie normal esa idea de que pase el Fin de Año con vosotros.

—Y, aun así, no dices que no, ¿eh?

Me sonrió. Y fue radiante, por primera vez. Cuando asintió, no pude evitar abrazarla. Y fue más fuerte, más auténtico y más nuestro que ninguna de las veces anteriores. No de aquel fin de semana. De toda nuestra vida.

—Has estado a punto de chocar contra mí, niñato gilipollas. —Me pegó un puñetazo en el brazo.

—Sería una buena excusa para que cambiaras esa chatarra de coche que tienes.

—Pues precisamente estaba pensando en hacerlo cuando pasó... bueno, que dejé ese plan en pausa, como tantos otros.

—Si quieres puedo acompañarte la semana que viene a echar un vistazo a los concesionarios del barrio.

—Pues...

—¿Te llamo y vamos concretando?

—Vale.

—Bueno... —Me acerqué y le di un beso en la mejilla—. Te llamo.

Me despedí, pero no le dije adiós; y me subí al coche, aún algo nervioso. Ella hizo lo propio y pronto nos perdimos de vista en la autovía. Yo volví a llamar a Marcos, al que había dejado con la palabra en la boca en la breve comunicación anterior, y fuimos hablando durante tanto tiempo que se me hizo corto el camino de regreso. Le expliqué todo lo que había pasado el fin de semana,

cruzando los dedos para que me perdonara por no haberle dicho antes que Elisa estaba en el pueblo cuando yo llegué. Hizo un amago de gritarme, pero enseguida comprendió que había una parcela de mí que siempre compartiría con ella y que no me había sentido preparado para airearla hasta ese momento. Me prometió que me esperaría con una lasaña vegetal casera, hecha con verduras de nuestro propio huerto.

Se veían ya en la distancia las luces de Madrid, con sus cuatro grandes torres presidiendo el *skyline* de la ciudad que me había visto nacer, crecer y romperme, cuando empecé a sentir paz. Me había pasado años acarreando culpas y secretos. Ocho meses con un cargo de conciencia que pesaba como mil elefantes. Cuatro, asumiendo que la mujer a la que aún consideraba el gran amor de mi vida iba a marcharse. Veintiséis días sintiendo que levantarse por la mañana no merecía la pena en un mundo en el que no estuviera ella. Y tres, intentando reconciliarme con un pasado que solo me odió porque no había otra opción. Todo el mundo me decía que algún día volvería a ser feliz, pero a nadie se le había ocurrido mencionarme que el mejor sentimiento del mundo era la paz. El corazón latiendo a un ritmo tranquilo. La certeza de que al llegar a casa me encontraría algo que me haría sonreír. La seguridad de que el martes, o tal vez el jueves, podría coger el teléfono y llamar a Elisa para convencerla de que se comprara un Volkswagen Beetle Cabrio en color amarillo, porque no le podía pegar más ese coche. Paz. Joder, me sentía en paz.

No sabía lo que me depararía el futuro, pero la perspectiva no era mala. Estaba enamorado de Marcos y sabía que él lo estaba de mí. Los dos habíamos sacrificado muchas cosas para conseguir vivir nuestro amor y la vida no nos había dejado hacerlo en plenitud hasta entonces. No sabía si Elisa se sentiría cómoda formando parte de nuestras vidas, pero esa era una opción que setenta y dos horas antes me habría parecido de ciencia ficción y en aquel momento era factible. Tal vez nos convirtiéramos en la familia más disfuncional del mundo: la madre de mi exmujer fallecida compartiendo mesa y mantel con mi pareja del mismo sexo. ¿Y a quién coño le importa lo disfuncionales que decidiéramos ser si eso les devolvía algo de paz a nuestras almas? Yo sabía que nunca me desharía del todo de la culpa; y era evidente que Elisa nunca se sacaría de encima la pena. Pero juntos sería más fácil. Para eso están las familias.

Cuando aparqué el coche delante de la pequeña casita que compartía con Marcos y lo vi salir a mi encuentro, soñé que Blanca, desde algún lugar, aunque solo fuera desde nuestro recuerdo, haría que algo tan loco como la idea de su madre compartiendo vida con nosotros fuera posible.

Agradecimientos

Esta novela la escribí en cinco días. Casi en el tiempo real que pasaron David y Elisa en esa casa de las montañas de León que me encantaría que fuera real para fugarme a ella de vez en cuando. Pero eso fue solo teclear palabras. El verdadero germen de esta historia llevaba años dentro de mí sin que me diera cuenta.

Llevo ya unos cuantos años escribiendo historias de amor. Hasta el momento, esta es la primera novela de mi vida cuyo tema principal no es el amor romántico entre sus protagonistas. Y tal vez sea porque yo estoy cambiando, o lo he hecho ya, pero me apetecía mucho escribir una historia sobre el amor familiar. Incluso entre personas que son *exfamilia*. Me apetecía escribir sobre dos personas que no tendrían por qué quererse ya, pero lo hacen. Quería escribir sobre un amor puro luchando por sobreponerse a todas las voces, internas y externas, que no creen en él. Y eso son para mí Elisa y David. Dos personas que se quieren aunque todo les grite que deberían odiarse. Una suegra y un yerno, precisamente esas dos figuras que tantos chistes denigrantes y sexistas han dado en la tradición popular, que desafían todo lo que desde fuera les dicen que deberían sentir. Incluso lo que por momentos se dicen a sí mismos.

¿Que por qué os cuento todo este rollo en los agradecimientos de una novela? Porque al comienzo de ellos he dicho que el germen de lo que he escrito llevaba años dentro de mí. Y eso se lo tengo que agradecer a las personas que sembraron esa empatía en mí. Porque, sin que conozca demasiado bien las causas, mi vida está llena de extrañas relaciones que desafían lo convencional. Amigos, familia, *exfamilia*... Todos ellos me enseñan cada día a ponerme en el lugar del otro, a comprender hasta lo que parece imposible, a vivir la vida sin lastres, prejuicios ni ataduras, porque solo eso es vivirla de verdad.

El segundo agradecimiento es... para «las de siempre». Quizá debería dejar de escribir agradecimientos en cada libro que publico y, simplemente, poner en la portada que sería imposible que hubiera visto la luz sin el apoyo, el aliento, la ayuda y el cariño de Alice Kellen, Neïra, Saray García, Altea Morgan, Susanna Herrero, Alejandra Beneyto y Elsa García. Es un orgullo para mí que ellas sean mis lectoras cero. Y es algo mucho mejor, algo por lo que estar agradecida a los libros y a la vida, poder considerarlas mis amigas.

El tercer agradecimiento, el más especial, es para Ana, por volver a derrochar talento para que la novela haya quedado preciosa. Gracias por el esfuerzo, el trabajo y las ganas. Y por cobrarme solo una cena por las ilustraciones; gracias por eso también.

Y el último agradecimiento, también como siempre, es a vosotros, los lectores que habéis llegado hasta esta página y le habéis dado una oportunidad a la historia de Elisa y David. A los que me habéis descubierto con esta novela, por la confianza. Y a los que lleváis ya aquí unos cuantos libros, por haber permitido que creciera este sueño de dedicarme a escribir, esta libertad de poder crear las historias que me pide el cuerpo con la certeza de que estaréis haciendo de red de seguridad, aunque suela salirme del camino marcado. Un «gracias» se queda demasiado corto para lo que significáis para mí.

Si quieres saber más sobre mí y mis novelas o ponerte en contacto conmigo, puedes encontrarme en mi blog <http://www.abrilcamino.com> o en mis redes sociales: [Facebook](#), [Twitter](#), [Instagram](#) y [Pinterest](#).

Mis novelas publicadas hasta el momento

Romántica adulta



Romántica *new adult*



Índice

[Sinopsis](#)

[1 David](#)

[2 Elisa](#)

[3 David](#)

[4 Elisa](#)

[5 David](#)

[6 Elisa](#)

[7 David](#)

[8 Elisa](#)

[9 David](#)

[10 Elisa](#)

[11 David](#)

[12 Elisa](#)

[13 David](#)

[14 Elisa](#)

[15 David](#)

[16 Elisa](#)

[17 David](#)

[18 Elisa](#)

[19 David](#)

[20 Elisa](#)

[21 David](#)

[22 Elisa](#)

[23 David](#)

[24 Elisa](#)

[25 David](#)

[26 Elisa](#)

[27 David](#)

[28 Elisa](#)

[29 David](#)

[30 Elisa](#)

[31 David](#)

[32 Elisa](#)

[33 David](#)

[34 Elisa](#)

[35 David](#)

[36 Elisa](#)

[37 David](#)

[38 Elisa](#)

[39 David](#)

[40 Elisa](#)

[41 David](#)

[42 Elisa](#)

[43 David](#)

[44 Elisa](#)

[45 David](#)

[46 Elisa](#)

[47 David](#)

[48 Elisa](#)

[49 David](#)

[50 Elisa](#)

[51 David](#)

[52 Elisa](#)

[53 David](#)

[54 Elisa](#)

[55 David](#)

[56 Elisa](#)

[57 David](#)

[58 Elisa](#)

[59 David](#)

[60 Elisa](#)

[61 David](#)

[62 Elisa](#)

[63 David](#)

[64 Elisa](#)

[65 David](#)

[66 Elisa](#)

[67 David](#)

[68 Elisa](#)

[69 David](#)

[Agradecimientos](#)